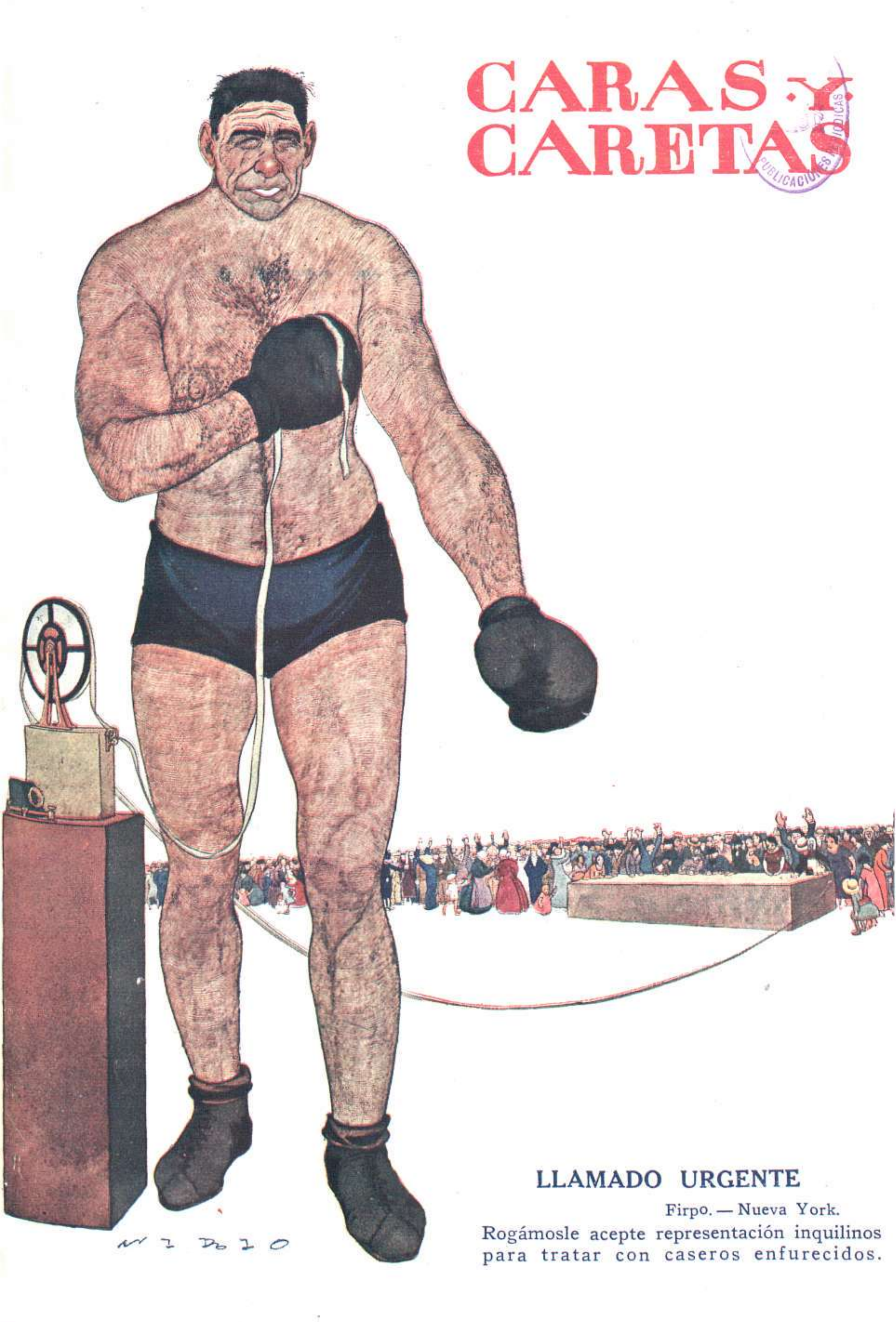


LLAMADO URGENTE

Firpo. — Nueva York.
Rogámosle acepte representación inquilinos para tratar con caseros enfurecidos.


LA BEBE TODO EL MUNDO
Tomada helada
es deliciosa y
mitiga la sed.
"Ginebra Bols"
SU COLOR AMBAR PÁLIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
UNICOS IMPORTADORES
MOSS y Cía. Ltda., S. A.
BUENOS AIRES

LA PELEA DE LA NOCHE BUENA

Por

SAPPER

—Lo que yo no puedo entender — dijo la señora de Jim Maitland, mientras nos sentábamos alrededor de la chimenea, después de comer — es por qué ustedes tenían tanto gusto por la vida vagabunda. ¿Nunca sintieron deseos de tener un hogar propio?

Jim Maitland estiró sus largas piernas en dirección al fuego y sonrió. En seguida me preguntó con aparente incongruencia:

— ¿Se acuerda usted, Dick, de la Noche Buena que pasamos en Creek?

— Sí — contesté — pero no veo...

Pero repentinamente lo vi. Su pregunta no había sido tan incongruente como me había parecido al principio. En realidad, no era absolutamente incongruente.

I

Las noticias sobre la existencia de oro en las minas de las cercanías de Creek, en Australia, habían llevado a esa ciudad una gran muchedumbre de mineros, propagandistas, empresarios, comerciantes, hombres de todas las clases sociales y de todos los grados de moralidad, que iban en busca de la fortuna y resueltos a todo. No recuerdo bien cuando Jim y yo fuimos a Creek; pero sí recuerdo que no nos llevó allá precisamente el deseo de encontrar una fortuna, sino más bien el ansia de novedades, de nuevos experimentos en ese sport siempre excitante que son las relaciones con hombres desconocidos la víspera.

La primera persona con quien nos relacionamos fué con el tuerto Mike, un pícaro de aspecto repulsivo que había perdido el ojo izquierdo en circunstancias que nunca supimos bien; pero era un personaje curioso Mike. Su nacionalidad variaba según las personas con quienes se encontraba, y con nosotros se dijo inglés. Decía que hacía treinta años que trabajaba en minas, y creo que robaba a diestra y siniestra. Conocía, además, todos los juegos del mundo y contaba historias muy entretenidas.

Hacía varias semanas que trabajábamos en una mina cuando Mike lanzó la idea de que fuésemos a pasar la Noche Buena a la ciudad, a Creek, que entonces no era sino un infierno de todos los vicios, especialmente el juego y la bebida.

Cuando llegamos al frente del hotel en donde íbamos a alojarnos vimos un calesín al cual estaban enganchados dos hermosos caballos árabes, que un par de docenas de mirones contemplaban extasiados.

— Linda pareja — murmuró Jim. — No sé de quién puede ser.

En ese instante mismo apareció el dueño de la pareja, y pude ver que Jim se ponía serio. Era un joven alto, buen mozo, de unos treinta años más o menos. Jim quedó silencioso y nada dijo hasta que nos hallamos sentados ante una de las mesas del bar del hotel. Mike había ido a revisar los cuartos que nos habían dado.

— ¿Se ha fijado usted en ese hombre, Dick? — me preguntó Jim. — Es el dueño de la pareja de caballos árabes.

— Sí — contesté. — ¿Quién es?

— Juan Santiago Hildebrand, décimoquinto marqués de Sussex, hijo mayor del duque de Plumpton.

— ¿Nada más?... Es ex raño que semejante personaje se halle aquí.

— Efectivamente, es muy extraño — asintió Jim.

Poco después nos separamos y no lo vi durante algunas horas. Escribí en mi cuarto dos o tres largas cartas, y como no tenía nada que hacer bajé al bar del hotel a tomar algo. El bar estaba lleno de mineros que habían ido a celebrar la Noche Buena, y el primero que vi fué a Mike.

Mike me dijo que para la noche se preparaba algo, pues los muchachos querían saber quién era un tal Hildebrand que había pedido que le sirviesen la comida en su cuarto.

—Allí viene — y Mike me indicó con la vista a un hombre que acababa de entrar.

Juan Santiago Hildebrand avanzaba seguido por una media docena de mineros que lo miraban con impertinente curiosidad. Seguramente se había dado cuenta ya de que se preparaba algo en su contra, pues había en su continente una altanería que, sin ser provocadora, se manifestaba resuelta a todo.

Se acercó al mostrador y los mineros se detuvieron. A los pocos segundos el que parecía jefe se volvió a la concurrencia y dijo en voz alta:

— ¡Muchachos! ¡Silencio! El señor Hildebrand quiere tomar algún refresco, y el más ligero ruido puede perturbar el placer del señor Hildebrand.

Siguió un silencio mortal, y yo pensé en lo que iba a hacer el marqués.

— Está bien — dijo, con voz más bien débil que firme. — Por eso no les pido a todos que me acompañen; pero si alguno de ustedes, buen bebedor, quiere beber conmigo...

El minero que hacía como de jefe de los seis a que ya me he referido se rió de buena gana, y yo le dije a Mike que me parecía que no iba a pasar nada.

— Me daría vergüenza que usted bebiese solo — dijo aquél acercándose al mostrador. — Tomará usted una copa conmigo — y se instaló al lado del marqués.

De pronto Mike me dijo:

— Ya lo creo que pasará algo; aquí está ya Pete Cornish.

Todas las conversaciones cesaron mientras Pete Cornish avanzaba hacia el mostrador. Era un hombre muy pálido, y cuya palidez se veía como acentuada por una ancha cicatriz roja que le cruzaba la cara. Pero lo más notable en él eran los ojos, unos ojos muy azules, que parecían mirar provocativamente debajo de su abultada frente. Tenía unos seis pies de alto y parecía extraordinariamente fuerte.

— Fíjese en él — me dijo Mike. Hace seis años que no lo veo; pero apuesto cualquier cosa a que no ha cambiado. Y Pete Cornish es el diablo encarnado... Una vez le rompió el espinazo a un hombre arqueándolo sobre las rodillas... Ha pasado quince años de su vida en la cárcel.

Pero yo no me preocupaba mucho de las reminiscencias de Mike porque no dejaba de mirar a Pete Cornish. Se detuvo precisamente al lado del marqués y durante uno o dos minutos permaneció en silencio. El minero que había manifestado deseos de beber con el marqués y que estaba a su lado, fué el primero que rompió el silencio. Miró a Pete y, sonriendo con forzada sonrisa, le dijo:

— Hola, Pete. ¿Nos acompaña?

— Bueno — contestó Pete tranquilamente. — ¿Y quién es su compañero?

— Hildebrand — contestó el minero, que agregó, dirigiéndose al marqués: — Este es Pete Cornish.

— Mucho gusto de conocerlo, señor Hildebrand



EL MARQUÉS MIRÓ UN INSTANTE FIJAMENTE A PETE,
Y DE PRONTO LE ARROJÓ EL VASO A LA CARA.

— dijo Pete. — ¿En qué se ocupa usted? ¿Propaganda de minas?

— He venido a ver una propiedad que tengo aquí — contestó lacónicamente el marqués.

Los ojos azules de Pete no dejaron de mirarlo un instante, aun cuando tenía la copa en los labios. Había algo de sombrío en su fija intensidad, algo casi aterrorizador al lado de la tranquilidad de la voz y de la inmovilidad de Pete Cornish.

Cuando concluyó de beber, Pete, sin dejar de mirar fijamente al marqués, sonrió y dijo:

— Me parece reconocerlo, señor Hildebrand. Sí, estoy seguro de que lo reconozco, de manera que tomará usted una copa conmigo.

No era una invitación sino un mandato, y el marqués se sonrojó un poco.

— Muchas gracias — dijo — pero por ahora no quiero beber más.

— Le he dicho, señor Hildebrand, que usted tomará una copa conmigo — replicó Pete amablemente.

El minero que estaba al lado del marqués golpeaba impacientemente el piso con el pie.

— El señor tiene razón, Pete — dijo. — No es capaz de tomar otro whisky.

Los ojos azules miraron al minero.

— No sé quién le ha dado a usted vela en este entierro — dijo Pete.

El minero murmuró algo; pero Pete, desde ese instante, ignoró su existencia.

— Ahora, señor Hildebrand — siguió diciendo, — tomará usted conmigo — y empujó un vaso lleno hacia el marqués.

— Ya le he dicho que no quiero beber más — insistió el marqués, que agregó fríamente: — gracias; yo no bebo sino cuando quiero y con quien quiero.

Saludó en seguida casi imperceptiblemente y se dió vuelta para retirarse; pero antes de que hubiese dado dos pasos Pete lo tomó del brazo.

— ¿Quiere usted dejarme en paz? — preguntó tranquilamente el marqués, en cuyas mejillas habían aparecido dos manchas rojas.

— Cuando haya usted tomado conmigo, señor Hildebrand, y oído mi brindis; no antes.

Durante un momento Juan Santiago, décimoquinto marqués de Sussex, se quedó inmóvil. No era arrebatado, y había comprendido que Pete lo vencería sin esfuerzo si peleaba a puñetazos con él; pero, al mismo tiempo, era de una estirpe que no conocía el miedo.

— ¿Y cuál es su brindis? — preguntó al fin.

— Malditos sean los ingleses y especialmente su aristocracia — contestó Pete suavemente; y agregó: — Sírvase, señor Hildebrand.

El marqués de Sussex sonrió ligeramente, se acercó de nuevo al mostrador y tomó el vaso. Miró un instante fijamente a Pete, y de pronto le arrojó el vaso a la cara. El vaso se rompió; pero el marqués no se preocupaba de ello, pues, con la mayor tranquilidad, sin el menor ademán de impaciencia ni de cólera, se dirigía ya a la puerta del bar.

Creí que Pete se lanzaría detrás de él; pero no lo hizo. Se limpió la cara sin apuro, y sin decir una palabra salió del bar por la otra puerta, la que daba al patio del hotel.

II

Fué el minero que se había quedado cerca del mostrador el que rompió el silencio.

— ¡Vaya con el mocito! — exclamó. — Pero les aseguro, muchachos, que Pete lo matará.

Un murmullo de asentimiento corrió por todo el local, murmullo que fué acallado por la repentina reaparición del marqués. Se detuvo después de dar algunos pasos, miró en torno suyo y sonrió.

— ¡Ah! — dijo. — ¿Se ha ido ya? Antes de llegar a mi cuarto pensé que me había retirado demasiado

pronto y podía creer que le tenía miedo; pero ya lo ven ustedes, señores, mi mujer está conmigo y no es agradable verse metido en un lío.

El minero avanzó un par de pasos.

— Vea, señor Hildebrand — le dijo afanosamente, — ya se ha puesto usted a prueba; es usted valiente; pero, por Dios, no se exponga y váyase. Conozco a Pete Cornish y le digo que lo matará por haberle tirado el vaso a la cara. No es un hombre, es una fiera cuando se le ofende. Váyase ahora mismo con su mujer. Sus caballos pueden correr unas cincuenta millas. Nosotros le ayudaremos como podamos. ¿Verdad, muchachos?

Otro murmullo de asentimiento corrió por todo el local; pero el marqués siguió sonriendo.

— Muchas gracias, señores — dijo tranquilamente; — pero si ustedes se imaginan que mi mujer y yo vamos a correr cincuenta millas, ni cincuenta yardas para darle gusto a un renegado irlandés, están equivocados. Y ahora debo pedirles excusas: yo me llamo Sussex: Hildebrand es una especie de sobrenombre de familia.

Y el marqués salió, sonriendo siempre. Esta vez un algo como alivio se difundió en el local, y el tuerto Mike expresó, a mi juicio, el sentimiento general cuando me dijo:

— Yo nada sé de Sussex ni de sobrenombres de familia; pero lo que sé es que esta noche va a pasar aquí algo serio y que él será la víctima.

III

Poco después me encontré con Jim. Se había afeitado y cambiado de traje. Fuimos a su pieza y allí, con las piernas tendidas hacia el fuego de la chimenea, se preparaba a leer un diario cuando le interrumpí diciéndole que había novedades. Oyó con atención el relato de lo ocurrido en el bar y una débil sonrisa de sorpresa cruzó su rostro.

— No sabía que fuera así — dijo sentenciosamente. — En realidad, siempre había creído que no era notable sino por ser el hijo mayor de su papá y porque con el correr del tiempo llegaría a ser duque.

Y por primera vez, creo, desde que lo conocí, vi irónico a Jim.

— ¿Por qué se expresa usted así? — le pregunté.

— Por nada, viejo amigo — contestó. — En todo caso, nada que me interese... Es historia vieja y creía que la había olvidado hacía mucho tiempo... Sólo al verle de repente esta tarde me acordé... Eso es todo.

— Bueno; pero estoy seguro que esta noche va a pasar algo aquí — repliqué. — Cornish me parece el pícaro más redomado que en mi vida he visto, y no me gustó el silencio absoluto con que salió del bar. Habría sido más natural que hubiese dicho o hecho algo.

Jim se encogió de hombros.

— Juan Santiago debe pelear sus batallas — dijo.

— Parece muy capaz de ello — repuse; — pero me gustaría que su mujer no estuviese aquí.

— ¿Su mujer? — preguntó Jim lentamente. — ¿Dice usted que su mujer?

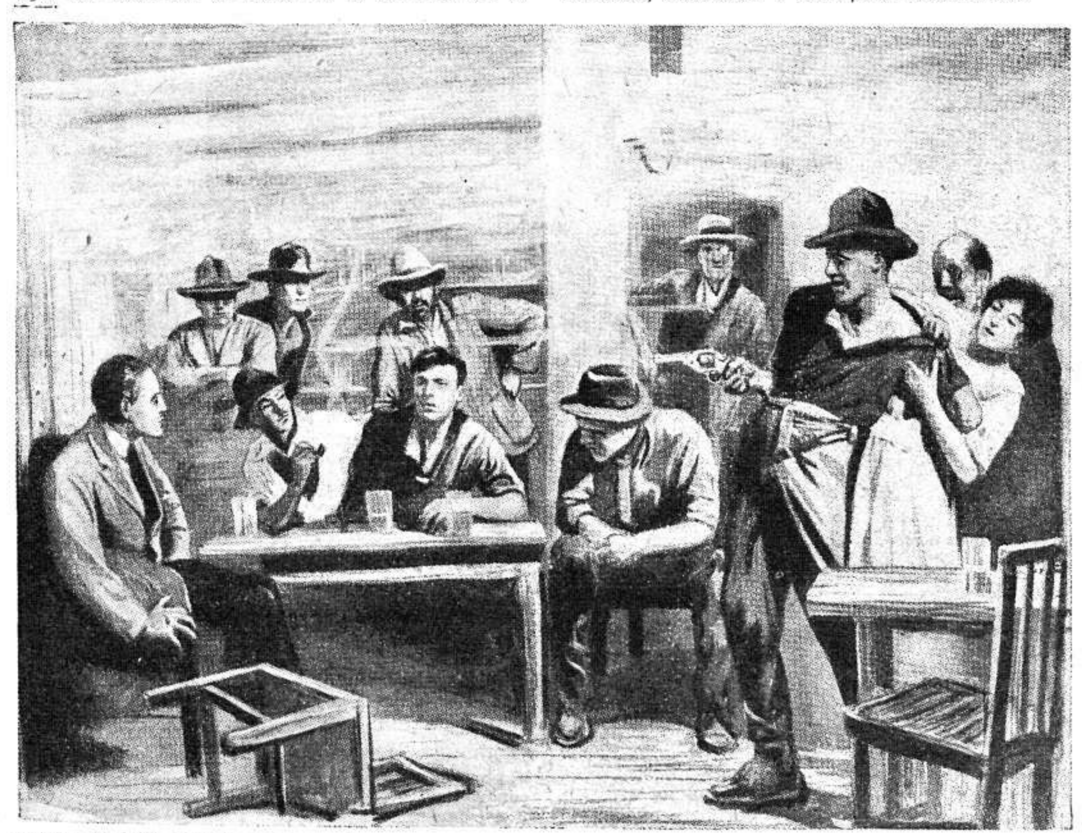
— Sí; está en el hotel con él.

Jim me miraba asombrado.

— Ruth... En este hotel... ¡Santo cielo!... ¿Cómo puede ser?...

— El mismo lo ha dicho — insistí — al mismo tiempo que decía quien era.

Ya Jim estaba paseándose de un extremo a otro del cuarto, con las manos en los bolsillos. Parecía profundamente preocupado y de rato en rato se detenía para mirar por la ventana, fruncido el ceño. Se oían gritos de borrachos y ruidos de músicas semibárbaras, mezclados a carcajadas estentóreas.



BAJO LA LÁMPARA ESTABA DE PIE PETE CORNISH, SOSTENIENDO CON UN BRAZO A UNA MUJER CUYO ESPANTO OCULTABA SU BELLEZA. EN LA OTRA MANO TENÍA UN REVÓLVER.

— Ese hombre debe estar loco — dijo Jim de repente. — Porque es preciso estar loco para traerla a un sitio como éste en Noche Buena.

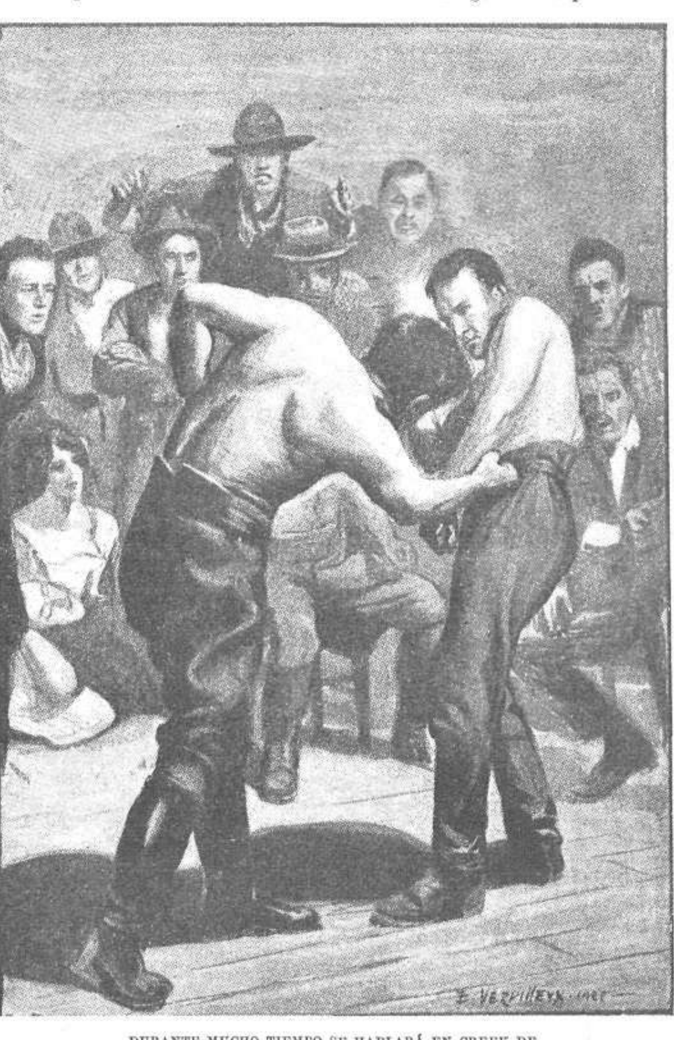
— No son los mineros los que me preocupan — dije — sino Pete Cornish. Ellos respetarán siempre a una mujer; pero ese bandido... Seguramente querrá matarlo.

— A usted se le ha metido Pete Cornish en la cabeza — me interrumpió Jim menospreciativamente.

En eso la puerta se abrió y entró Mike.

— Cornish — dijo casi a gritos — está como loco en el hotel. Dice que matará al hombre que le tiró el vaso a la cara y que le quitará la mujer. Está borracho y tiene dos revólveres... Está tirando al blanco.

Antes de que Mike concluyese de hablar, me di cuenta de que estabámos solos; Jim bajaba a saltos la escalera para ir al bar.



DURANTE MUCHO TIEMPO SE HABLARÁ EN CREEK DE LA PELEA DE LA NOCHE BUENA.

IV

Poco después, cuando fuí al bar, oí, antes de entrar, el ruído de seis disparos de revólver, pero tan seguidos y parejos que parecían de ametralladora. Cuando entré me encontré ante una escena asombrosa, que desde entonces no se ha borrado de mi memoria.

Repartidos en pequeños grupos había unos veinte mineros, todos borrachos. En el centro del local, colgada de una cuerda, una lámpara de nafta daba una luz más bien lúgubre. Bajo la lámpara estaba de pie Pete Cornish, sosteniendo con un brazo a una mujer cuyo espanto ocultaba su belleza. En la otra mano tenía un revólver.

Al frente, sentado en una silla, de espaldas a la pared, estaba el décimoquinto marqués de Sussex, y como un halo, alrededor de su cabeza, había una serie de agujeros en la pared. Como Mike nos había dicho, Pete estaba tirando al blanco.

El marqués estaba sentado, pero erguido y con los nudillos de las manos golpeaba la madera de la silla. Estaba blanco como un papel; pero su expresión no era de miedo sino de rabia. No apartaba la vista de los ojos azules de Pete, que se clavaban en los suyos.

— No te muevas, querida — decía Pete, burlonamente a la mujer, — porque puedes hacerme errar el tiro, y lo peor sería que mataría a tu adorado maridito...

Sonaron de nuevo seis disparos y seis agujeros nuevos aparecieron en torno de la cabeza del marqués.

— ¡Otro revólver! — gritó Pete, y un repugnante ser que nada parecía tener de humano sino la figura, le pasó otro, cargado con seis tiros.

En eso Juan Santiago dió un salto; era lo único que podía hacer; pero daba lástima, porque estaba en poder de Pete como un perrillo faldero en poder de un bulldog. El marqués se lanzó sobre Pete para quitarle el revólver; pero Pete le dió un puñetazo en la cara y lo echó rodando por tierra.

—¡Querías quitarme el revólver, eh! — empezó a decir Peter, con su voz llena de vicio y de maldad.

Pero en ese mismo instante se oyó un tiro aislado. Pete lanzó un juramento atroz, y Jim se echó a reir. Los ojos azules de Pete, después de recorrer todo el bar, se fijaron en Jim, y hubo un momento de silencio mientras los dos se miraban... El silencio fué roto por la mujer, que balbuceó:

— ¡Jim!

— ¿Es usted el que ha disparado — preguntó Pete dejando libre a la muchacha y avanzando hacia Jim.

— Sí — contestó Jim con la misma tranquilidad. — Y le aconsejo que se esté quieto; tengo cinco tiros más. Retírese, Ruth.

Pero ya la mujer, casi una muchacha, estaba de rodillas al lado de su marido.

Los cinco disparos de Jim, tan rápidos que sonaron casi continuamente, se llevaron un trozo de la camisa de Pete.

— Todavía me queda otro revólver — exclamó Jim, — de modo que todo intento suyo para atacar le costará caro. Dick, ¿quiere usted cargar éste?

A Pete no se le movía un músculo. La cicatriz de la cara echaba llamas y sus ojos azules no dejaban de mirar a Jim.

— No ha estado mala la puntería — dijo por fin. — ¿Pero qué se propone usted? ¿Vamos a pasarnos así toda la noche?

— Claro que no — replicó Jim, que agregó: — Me han informado sobre el brindis que usted dijo al marqués de Sussex que iba a decir cuando bebiese

con usted y me ha interesado la cuestión. Así, después de haberle aplicado a usted sus mismos procedimientos con el revólver, haremos un segundo ejercicio. Vamos a boxear aquí mismo, y hasta que uno de los dos quede en el suelo.

Por los ojos de Pete pasó un reflejo de júbilo; era boxeador que siempre había vencido. ¿Estaría loco el inglés ese? Pero el único que habló fué Mike.

— Por Dios, señor — le suplicó a Jim, — no se meta usted. Es un profesional del box y es capaz de matar a un hombre, aun con guantes...

Pero Jim no le hizo caso. Estaba ya sacándose la camisa y dándome sus instrucciones.

— Si pelea correctamente — me dijo — no hay nada que hacer; pero si echa mano de recursos prohibidos, ayúdeme... Ya sé lo que me espera...

Jim miró un momento en torno suyo y vió a la esposa del marqués sentada en el suelo, sosteniendo en las faldas la cabeza de su esposo, aun sin sentido.

— Hace siete años — me dijo Jim — cuando ella me dejó por el marqués, creí que nada había ya en el mundo para mí; pero ya pasó ..

Luego agregó:

— Dick; si Cornish me vence, confío en usted.

En ese preciso instante la marquesa levantó la cabeza y miró a Jim. Sus ojos le enviaban un mensaje maravilloso, porque la marquesa, en esos momentos, no era sino una muy primitiva mujer. Seguramente era el mensaje que Jim esperaba, porque sonrió mientras avanzaba hacia el círculo de luz trazado en el suelo por la lámpara de nafta.

V

Durante mucho tiempo se hablará en Creek de la pelea de la Noche Buena, y ahora que la estoy recordando viene a mi memoria con todos sus detalles. Los espectadores habían formado una especie de *ring* en el círculo de la luz, y en un extremo la marquesa seguía sosteniendo en sus rodillas la cabeza de su aún desvanecido esposo. La pelea duró pocos minutos, porque la furia de Pete y de Jim no les permitió apartarse un segundo de su propósito único: dejar *knock out* al otro en el menor tiempo posible. Desde los primeros momentos se vió que Pete era más fuerte que Jim; pero no estaba bien preparado y Jim era algo más ágil. La táctica de Jim consistió en fatigar a Pete, sin dejar de atacarlo, y después de muchas alternativas, al fin, con un formidable golpe bajo las quijadas, lo tendió en tierra sin sentido. La alegría de Mike fué quizá un poco desbordante; pero no pudo contenerse y gritaba y gesticulaba como un energúmeno. Los asistentes fueron poco a poco abandonando el local, sin que ninguno de ellos se preocupase de Pete, que yacía inmóvil en el sitio en que había caído.

Después de un rato, con la mayor serenidad, Jim se acercó a mí y me dijo, refiriéndose a la marquesa y a su esposo:

— Dígales que no pueden quedarse aquí; que para mayor seguridad se instalen en mi cuarto—y salió.

Ya el marqués había vuelto en sí; pero la marquesa era la que parecía no entender nada de lo que había pasado. Tuve que repetirle tres veces la proposición de Jim, hasta que la entendió y la aceptó.

Cuando llegamos al cuarto de Jim lo encontramos ya vestido y relativamente presentable, en tren de abrir una botella de champaña. La marquesa avanzó directamente a él y le dió un beso, diciéndole toda trémula:

— Apenas pude conocerlo, Jim, sin su monóculo.

Jim sonrió y contestó:

— Temo tener que pasarme sin él uno o dos días.

— ¡Santo cielo! — exclamó de repente el marqués. — ¡Si es Jim Maitland!

— Un valiente — dijo su mujer, que me pareció no estar completamente serena.

— Volví en mí cuando estaban peleando y no lo reconocí — agregó el marqués. — Por mi parte me hace sufrir mucho la idea de no haber podido arreglar mis asuntos por mí mismo. Ha sido una fina atención de usted tomar por su cuenta a ese animal.

Jim sirvió champaña y dijo tranquilamente:

— No estoy plenamente seguro de que lo hubiera hecho si Ruth no hubiese estado presente.

Se calló un instante y continuó, sonriendo:

— Pero, sí, sí, lo habría hecho... Yo no puedo ver impasible ciertas cosas... Y usted no podía hacerlo todo, marqués...

Se calló de nuevo un instante y prosiguió:

— Marqués, durante siete años no lo he querido mucho, a decir verdad; o mejor dicho, no lo he querido nada; pero el tiempo todo lo cura...

Y volviéndose a la marquesa:

— ¿Está usted contenta, Ruth?

— Sí, Jim, muy contenta — contestó ella jubilosamente. — Pero un tiempo estuve triste porque pensaba que usted habría creído que porque Juan Santiago era marqués...

— Bueno, ya pasaron siete años — interrumpió amablemente Jim.

— ¿Y no se ha casado usted, Jim? — le preguntó la marquesa.

— Sí; pero así como usted prefirió a su Juan Santiago, mi mujer cree que yo soy malo.

— Entonces debe estar loca — exclamó Ruth indignada. — ¿En dónde está?

— Allá, en alguna parte de Inglaterra.

— Cuando estemos todos allá me dejará usted conocerla; la llevará usted a nuestra casa.

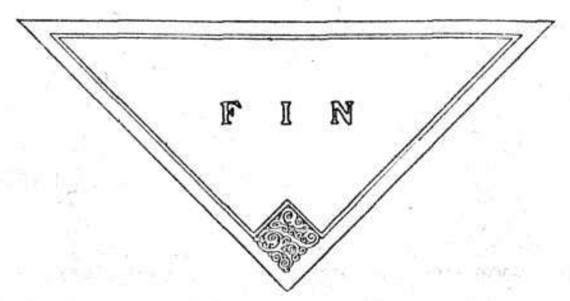
Jim se rió y replicó:

— No sé lo que pasará; pero si regreso a Inglaterra iré algunos días al hogar de sus antepasados, si ustedes me lo permiten.

— Y si no lo hace usted — interrumpió el marqués — tendrá usted que pelear conmigo. Mientras tanto, Ruth, dale un beso.

— Era lo que iba a hacer — dijo su mujer.

Y lo hizo.



La caballerosidad del viejo Quilques

—Yo, francamente, no la quería mucho... como pa volverme loco... pero era una criolla en muy güenas carnes y con unos ojos asentadores...

—¿Asentadores? ¿Qué quiere desir con eso? — interrumpió el comisario, — porque hay ojos que se entresierran como pa dormir un sueñito; algunos que se abren como ventanas, pa que salga tuita el alma por ellos, y otros que se acostumbran a mirar de costao, como si quisieran despresiarlo a uno... pero d'esa laya... que usté menta...

—Yo les doy el nombre de asentadores — respondió Quilques — porque cuando se fijan en los ojos del pobre enamorao, áhi se quedan nomás, como el que s'echa a descansar en su casa, sin intensión de moverse en tuito el día... Son los ojos más indinos y traisioneros que se conosen y disgrasiao del que los mira, porque enseguida se queda encandilao pa rato... Y ansina eran los d'ella. Yo ya les había descubierto la maña y en cuanto me apuntaban, bajaba los míos... pero, tenía que recrearme dispués a la juerza... con los primores del cuerpo... qu'era casi pior, p'al caso; lo mesmo que hundirse en un tembladeral o chamuscarse en una fogata... Como pa elegir ¿no? Y ella lo sabía de sobra, ¡canejo!, porque estaba sigura que la vítima cairía, o mirando pa arriba o mirando pa abajo...

Yo, naturalmente, como veterano qu'era, no me enriedé en el laso... como pa no desenriedarme, llegada la ocasión, pero andaba medio asonsao... y sin ganas de churrasquiar...

En mi mesma situasión habían unos cuantos... pero uno, sobre todo, me estaba incomodando bastante. Era un mosetón bien plantao... pero muy inosente... Se llamaba, pa más seña, Inosensio... A veses los padres son un poco endevinos...

Güeno; figuresén que el infelís enamorao me venía a contar, tuitos los días, lo que los dos conversaban:



Que anoche, Laurensia m'hiso promesa de casarse conmigo, cuando yo comprase un campito pa haserle un rancho e lujo; que ayer me miró con tal juersa que quedé medio mariao y tuvo que agarrarme la pobre pa no cáirme al suelo; que hoy me ha sitao en el puesto de ño Mariano, pa conversar sin testigos.

—Pues tuito eso que le ha dicho a usté — yo le contestaba, riyéndome, — me lo ha dicho a mí, antes; y me ha sitao, pa mañana, en el puesto de ño Lucas... y a otros amigos en otros puestos...

El hombre no créiba lo que le contaba... suponiéndome despechao, y se iba a buscarla por áhi, como ánima en pena, sin ganas de comer ni de trabajar, como yo...

—Perdonemé que lo interrumpa — dijo el juez, — pero la mosa esa pertenesía a la clase e las mujeres burlonas, que abundan en tuitas partes y que acaban por no encontrar con quien ayuntarse... A más, me parese quera muy afisionada a los puestos...

—Como miembro e comité político — interrumpió Quilques riéndose, — pero ésta tenía más suerte, porque estaba muy bien rilasionada en el pago, y abundaban los puestos como en la Diresión de la Langosta.

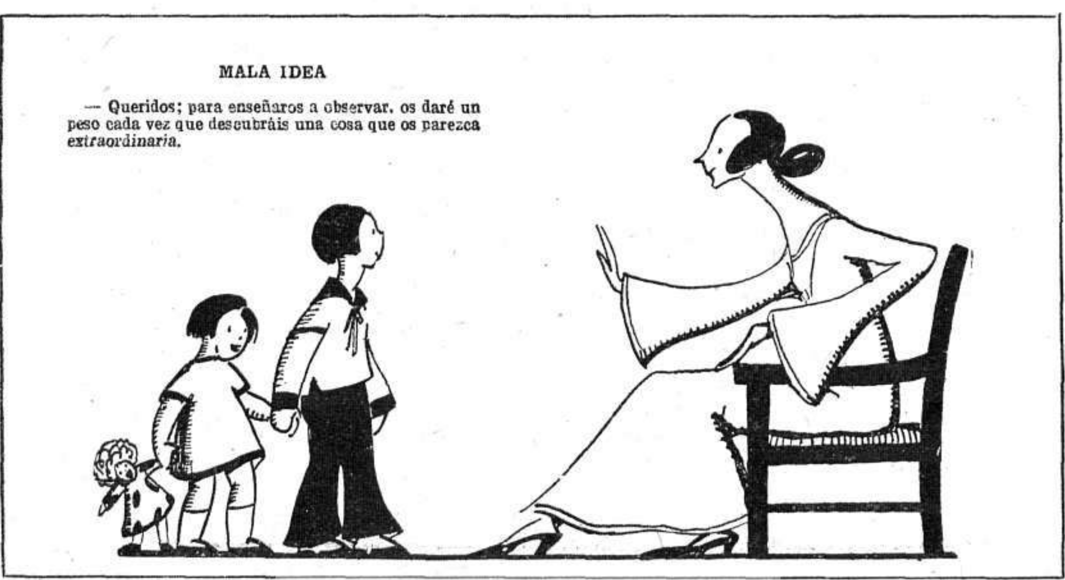
—Y tenía otra güena condisión, algo paresida a la del bíter con soda — dijo el comisario, — porque parese que tuitos los enamoraos acababan por perder el apetito...

—Es que con el amor el estómago pierde tuitas las ganas, porque el corasón no almite competensia. Hay que dárselo tuito pa satisfaserlo.

—Quedamos enteraos — dijo el juez — y satisfechos con la esplicasión. Por eso algunos enamoraos se quedan flacos como carneros enfermos de enteque...

—Ansina es — continuó el viejo, — y tanto yo como Inosensio y los demás bobetas que andábamos escoltándola, nos quedamos sin grasita y casi sin caracú, al cabo e unos días. A tuito esto Inosensio, qu'era el que más la perseguía, empesó





MALA IDEA

— Queridos; para enseñaros a observar, os daré un peso cada vez que descubráis una cosa que os parezca *extraordinaria*.



a disconfiar qu'ella lo engañaba, hasta que un día se le jué al humo y le preguntó, plantiándole la cuestión, sin dejarle puerta de escape:

— Yo nesesito, ahura mesmo, que usté me jure que yo soy el preferido e su corasón, pero antes de contestarme sepasé pa su gobierno que si no es mía no va a ser de naide.

Yo, que en ese momento dentraba a su casa, escuché la conversasión y me di cuenta de la gravedá del caso. Estás, por veleta, entre la punta el cuchillo y la paré, me dije, pero ahura va a ser más endiablada tu situasión. Atropellé al medio e los dos y pronunsié más o menos estas palabras:

— Señorita Laurensia, perdonemé si yo también, demostrando poca o ninguna compasión, la ataco cuando la veo apurada. Pero no hay más remedio. Usté va a desidir la suerte de Inosensio en forma que puede serme desventajosa, y es por eso que me atrevo a haser mi defensa, sin esperar mejor momento. Yo también la quiero con tuita el alma y por su amor soy capás de haser cualquier locura, hasta la de dir al casorio si usté lo ordena, pero es nesesario que ahura mesmo me diga si puedo tener alguna esperansa.

Nunca he visto a una mujer más comprometida y eso que he tratao a muchas, y ustedes saben que con ellas no hay trampas bastante juertes pa tenerlas siguras. Al menos a mí me paresió que de esa no iba a escaparse.

Nos miró a los dos, asentándonos los ojasos negros como pa desmayarnos. El pobresito Inosensio tambalió y me agarró el braso pa sostenerse, y yo lo miré a él pa safarme de la armada. Errao el segundo tiro, tuvo que dar esplicasiones... ¡pero de qué manera!...

— Yo, por ahura — nos contestó hasiendo visajes y riyéndose — no puedo dar palabra a ninguno... porque han de comprender que una mujer como yo nesesita pruebas pa saber que es querida, y a más pa convenserse que el hombre a quien dé la preferensia la merese... En una palabra, yo me casaré con el que me quiera más, con el que demuestre que es mejor que los otros...

— ¿Y cómo lo va a demostrar? — pregunté yo, pa tráirla al terreno, porque colegí que se nos estaba escurriendo, como una anguilla, de entre las manos.



— Eso lo sabrán ustedes, mejor que yo — nos dijo, bajando la cabesa. — Arreglesén los dos pa demostrarlo, si es verdá que los dos se han prendao de mí... y también si los dos valen algo, como disen por áhi...

Y se despidió, dejándonos plantaos frente a frente.

— ¡Cha, con la mosa! — dijo el comisario. — Era más versada en tática que un general de escuela. Eso creo que se llama, en lengua melitar, retirarse cubriendo la retaguardia.

— Y chicaniar, en lengua jurídica — agregó el juez.

— ¡Oigalé! — exclamó el viejo. — Han hablao los dos con más sabiduría que un letrao. Por algo son juez y comisario.

— No se burle, viejo — dijo el último — porque si no voy a crer que la muchacha del cuento tenía rasón...

— A mí — arguyó Quilques — no me importa la opinión de los demás cuando yo ya tengo la mía... A más, esperesén a que llegue al final. Dispués dirán lo que gusten...

— Siga nomás, cumpa — dijo el juez, — y esté seguro que vamos a estar de acuerdo.

— Güeno, pues; voy a seguir.

Inosensio y yo nos retiramos algo preocupaos con la salida e la mosa. Esto va a ser, le dije, como una lucha e competensia, ¿no le parese? Yo, por mi parte ya tengo arreglada la cosa.

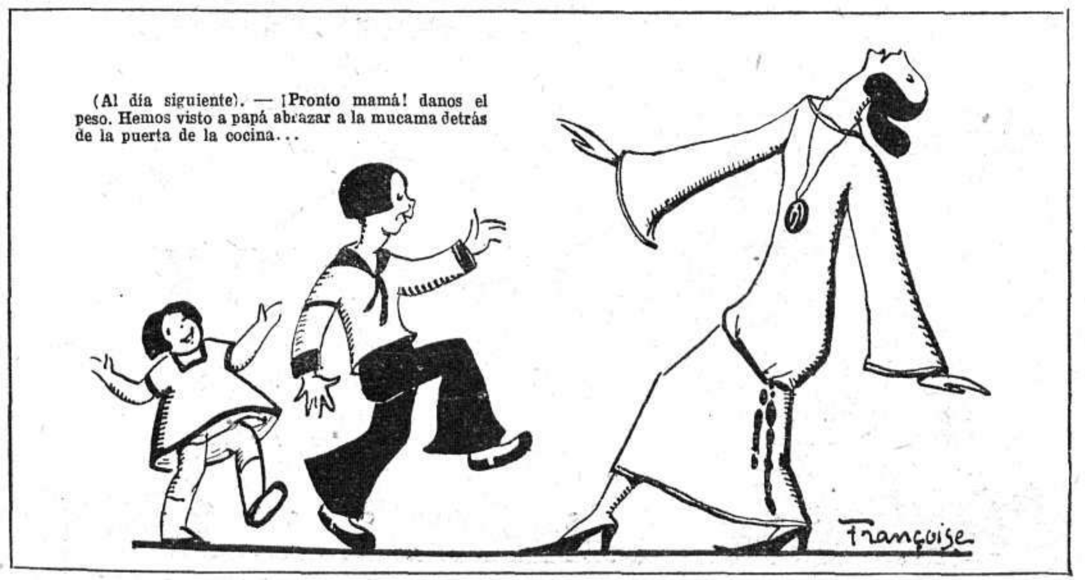
— ¿Cómo es? — me preguntó el pobre, bastante emosionao.

— Un gaucho que es gaucho ha de conoser su ofisio — le contesté, — y el ofisio del gaucho es saber pialar, enlasar, apartar el ganao, marcar, domar potros, esquilar, jugar a la taba, correr la sortija, bailar tuitos los bailes y tocar la guitarra... Güeno; vamos a desafiarnos y dende mañana, que es domingo, empesaremos a cumplir el programa. Ahura vamos los dos a convidar a la ingrata, pa que presensee el desafío. El que salga mejor parao, asigún la opinión d'ella, será su novio. ¿Aseta, cumpa? — le pregunté. Y él me contestó:

— Aseto.

Ella se puso contenta con la notisia, pero no quiso







que hisiéramos tuitos los trabajos que nos proponíamos.

— Ya sé que saben praticar las faenas del campo — nos dijo —. A mí lo que me gusta es el baile, la sortija, la taba, el contrapunto y la guitarra.

— Güeno — le respondimos — haremos su gusto, pero nos ha de prometer solenemente, que el que gane será su dueño.

Y nos juró riyéndose, como tenía por costumbre.

Empesamos con la sortija. Yo era baquianaso en ese juego. Inosensio sacó diez anillos que se los regaló uno a uno, y yo saqué otros diez, regalándoselos igualmente. Habíamos quedao patas, porque era de noche ya cuando conseguí desprender el último. Tocamos la guitarra y cantamos de contrapunto. Nunca el gauchaje se divertió más en su vida que en esa ocasión, porque los dos éramos guitarreros de primer orden, teníamos güena vos y sabíamos improvisar tan bien como Santos Vega. Vino el baile. Ella bailó con nosotros, sin cansarse, unas cuantas horas, pero bien se veía que ni Inosensio me había redotao a mí, ni yo lo había redotao a él. La concurrensia así lo sentensió y ella también, riyéndose a carcajadas.

Al otro día montamos dos potros, los más bravos que había en los alrededores, y los dos quedaron arrosinaos sin que ninguno e los dos nos moviésemos un poquito, porque estábamos como clavaos en el animal.

Ella nos miraba y seguía riyéndose la indina, como si dijese:

— Los he hecho trabajar de lo lindo. Son mosos muy voluntarios.

Y yo pensaba:

— Es demasiao esto, pero ella se lo merese tuito... No se gana un premio de esa laya abriendo la boca como un babieca.

El vesindario había tomao parte en el holgorio, sabedor de nuestra rivalidá, y los otros pretendientes, que eran flojasos en tuitos los juegos, nos desían palabras intensionadas... de envidia, por supuesto. Nosotros éramos los taitas y ellos el rejugo e la mosada del pago... pero seguían ronsiando a la prenda. El más disgrasiao nunca pierde la esperansa...

A tuito esto Inosensio, viendo que no podía venserme, se iba poniendo juera e sí. Cuando domábamos los potros, me pechó dos veses, sin pedirme disculpas. Y yo, como no lo podía venser a él, echaba chispas. El pobre potro aguantó la rabia, porque de cada taleraso que le daba se paraba e manos, echando espuma por boca y narises.

— Mire, amigo — le dije, — usté anda medio alsao porque no ha podido ganarme, y no tiene rasón, porque a mí me ha susedio lo mesmo y no me enojo. Es el destino, y si algo prueba es que los dos somos dinos d'ella, ni un poco más, ni un poco menos... Tenga pasensia, como la tengo yo ¡que canejo!

— Ta bien — dijo él, siempre de mal humor; — me vi a tranquilisar, pero ha de ser con la condisión de que la juéguemos a la taba, por dies tantos solamente, ni uno más. Si usté gana, yo me voy del pago, y le dejo el campo libre; si pierde tendrá que dirse usté.

A mi me dió rabia la propuesta. Era infame ¿no? En rialidá no estaba, como ya dije, muy enamorao, por más que la mosa valía la pena, pero, aunque lo hubiese estao, nunca habría asetao semejante partida. Tuita la sangre criolla se me jué a la cabesa y le grité:

— Usté no es un gaucho e ley, si no no vendría a proponer esa canallada. ¿Se ha créido ¡canejo! que yo soy un cualquiera? Ningún hombre desente juega a la taba a una mujer, por dejada e la mano de Dios que sea, cuantimás a una que merese tuita considerasión y respeto. Por una criolla como esa se pelea y se redama sangre, pero no se le insulta. Aunque usté ha demostrao ser un cobarde, le voy a enseñar cómo prosede un gaucho que es caballero. Saque el cuchillo que lo voy a atacar. El que quede vivo, tendrá el derecho de pedirle su amor...

El sacó el facón y se me vino jurioso. Sabía qu'era un gran cuchillero, pero yo no era manco, grasias a Dios. Me atajé como pude y le mandé un viaje a la muñeca, porque, francamente, no quería matarlo. Jué sertero el golpe y el cuchillo se le cayó e la mano. Estaba desarmao y como no soy asesino, le dije:

— Recoja el cuchillo y vamos a seguir.

El, se agachó, agarró el cuchillo muy calmoso y lo metió en la vaina, disiéndome:

— Me ha dao una lesión y se la agradesco. Disculpemé, porque estoy medio loco...

— Güeno — le contesté; — está disculpao, porque bien sé qu'el amor lo obliga a uno a haser disparates. Deme la mano y seguiremos siendo amigos... en el sufrimiento y en la esperansa.

Me dió la mano y me abrasó, casi llorando.

— Y ella — preguntó el comisario — ¿estaba presente?

— No sólo estaba sino que ni siquiera se movió de su sitio y ¡Dios me perdone! creo que se puso contenta al vernos peliar. Era una mujer sin alma...

Me aserqué a ella y le pregunté, muy amablemente:

— Esperamos su contestasión, niña. Nuestro destino depende ahura de su boca florida.

Y me contestó, como pesando lo que iba a decir:

— Es sierto que los dos han cumplido su palabra, pero ninguno se ha sacao ventaja. Lo de la pelea no estaba convenido, y por lo consiguiente, yo no puedo querer a los dos a un mesmo tiempo...

Tenía rasón, ¿no?; pero yo volví a la carga:

— Denos una esperansa, niña...

Ella reflesionó y acabó por desirnos:

— Güeno; el que se haga primero propietario de un campito, que me vaya a visitar... Dispués veremos.

Y se jué, con sus amigas, pa su casa.

— ¡Lindo! — exclamó el jues golpeándose las manos. — Era una mujer de pelo en pecho...

— Yo no sé si ajuera el pecho tenía lo que usté dise, pero adentro le puedo garantir que no tenía nada...

Y agregó, con cara de arrepentimiento:

— ¡Y yo que no la quise jugar a la taba! ¡Algunas veses en la vida me he portao como un sonso!



Santiago Maciel



EL MISTERIO NOS RODEA

(APOTEGMAS DE UN PASTELERO)

De igual manera todo lo ignoramos.
¿De dónde hemos venido? ¿A dónde vamos?
Ninguno pudo hasta hoy gritar: ¡Eureka!
¿Qué es el alma? Lo ignoro y lo deploro.
¿Qué es la manteca? ¿Qué? También lo ignoro.
¿Existe el alma? ¿Existe la manteca?

¿Una mosca que zumba
pensará en sus memorias de ultratumba?

Lo que vemos por todos aceptado,
mañana se desdeña por absurdo.
Lo que ayer fué genial, mañana es burdo.
¿La ciencia es un pastel recalentado?

¿Qué pasaría, se me ocurre a veces,
si ladrasen los peces?
¿Qué sería del mundo, si el mar fuera
una enorme perrera?

El amor, a la corta o a la larga,
es un dulce que amarga.

No haya miedo que yo ridiculice
las pavadas que dice el majadero,
porque, a menudo, el sabio verdadero
también las piensa, pero no las dice.

Uno inventa un sistema filosófico,
y otro bate la crema.
Y, ¡horror!, llega el momento catastrófico
y se cortan la crema y el sistema.

Son ciertos desagrados de familia,
afortunadamente,
como las empanadas de vigilia.
Con una vez al año hay suficiente.

¿Qué serán esos astros prodigiosos
que brillan en el cielo?
¿No sería un consuelo
saber que son bombones luminosos?

Hay que aceptar en muchas ocasiones
la oratoria con ciertas restricciones,
pues algún orador de la Argentina,
en sus declamaciones,
pone, en lugar de azúcar, sacarina.

¿El matrimonio, ¡oh cielos!, es jalea?
¿Y los hijos, ¡oh dioses!, son grajea?

¡Está bien arreglado
el que prueba el almíbar del pecado!
Voraz, ansioso y sin cesar lo traga,
y nunca le empalaga.

¿Quién ha inventado la ambrosía mítica,
el plum puding, la lógica,
los bizcochos, la ciencia pedagógica,
la compota, el turrón y la política?
¿No se pone con esto
la existencia de Dios de manifiesto?

Tranquilo o anhelante,
luche, escriba o arengue,
guerrero, confesor o comerciante:
¿qué es el hombre? Un misérrimo merengue.
¿Pensando en ello, humanidad incrédula,
no sientes frío hasta en la misma médula?

¿Qué hace el santo varón que sube al cielo?
¿Chupar eternamente un caramelo?

Va en la sombra sumida
la vida, de la cuna al cementerio.
¡Problema pavoroso! ¿Qué es la vida?
Un misterio. ¿Qué es Loza? Otro misterio.



LUIS GARCIA

DIBUJOS DE MACAYA

Bachilleres egresados del C. Nacional "Bernardino Rivadavia"



Señor Leopoldo Boffi. Señor Mauricio Bliffeld. Señor Federico Bellisio. Señor Alfonso Boga. Señor Raúl Bussio Señor José Barbagelata. Señor Francisco Borrelli.



Señor Serafín J. Boari Señor Edgardo De Rossi. Señor José A. Echenique. Señor Rodolfo Frugone. Señor Marcos T. Hernández. Señor Guillermo Moscardini. Señor Sabino Meaglia.



Señor Santiago Muzzio. Señor Roberto Monticelli. Señor Luis M. Pedemonte. Señor Belisario Pérez. Señor José Strático. Señor Carlos M. Speroni. Señor Rafael Spagnolo.



Bachilleres egresados del C. Nacional "Bernardino Rivadavia"






Señor Salomón Skliar. — Señor Carlos Suárez. — Señor Leonardo Saluzzi. — Señor José A. Triarca. — Señor Macías Villaverde. — Señor José A. Zucherberg.

PARA LOS QUE HAN LLEGADO A LOS SESENTA

A. Lapthon Smith, distinguido médico londinense, ha publicado recientemente un libro interesante, titulado «Cómo ser útil y dichoso de los sesenta a los noventa». Condensamos aquí algunas de sus prescripciones:

1.º Reduzca el total de sus alimentos. Tres comidas son mejores que cuatro; pero dos son mejores que tres.

2.º Aumente el agua que toma. Ninguna ciudad ni ningún ciudadano pueden regular su drenaje sin agua suficiente.

3.º Dos ejercicios al día son mejores que uno cada dos días; los bacilos del colon en el intestino grueso son la causa de la vejez.

4.º Si quiere usted conservarse joven, busque la compañía de los jóvenes.

5.º Procúrese ocupaciones. Trabaje reciamente seis días, y descanse de verdad en el séptimo.

6.º Cuando vea un cómodo sillón en una mañana de sol, húyale, y cámbielo por un paseo. El corazón funciona más vigorosamente con el ejercicio y se engrasa con la pereza.

7.º No cambie usted sus hábitos de vida a los sesenta años. Si ha sido fumador, procure fumar con moderación, y si ha sido bebedor moderado, beba con moderación.

8.º No se exceda en nada.

9.º Cuando pase usted de los sesenta, no intente calentar su cama fría con su propio calor. Es más rápido y fácil poner un calentador.

10. Al llegar a los sesenta, si antes ha sido usted descuidado en su persona, comience ha vestirse bien. Así se parecerá mejor. Unos cuantos baños tibios cada semana tornarán joven su piel.

11. Si cuando llegue usted a los sesenta lleva barba, córtesela gradualmente. Aféitese luego y téngase por rejuvenecido.

12. No se atormente.

13. Si sus negocios son pesados, consiga jóvenes que los arrastren y siéntese a dirigirlos.

14. No convierta su casa en museo de Bellas Artes y antigüedades. La felicidad, por regla general, está en razón inversa del número de artefactos que usted posea.

15. Si al llegar a los sesenta no tiene usted algún negocio, invéntelo, por pequeño que sea.

16. El cáncer, la neumonía y la influenza son las causas principales de muerte entre los sesenta y los noventa. Si no las tiene, no permita que sus amigos se las contagien.

17. No asista a entierros. El funeral de su amigo es seguido casi siempre del de usted.

18. Los microbios están en todas partes, acechando a las gentes de circulación pobre. Un corazón grasoso es un corazón débil: fortalézcalo.



AGUA SALLES

que es una preparación perfecta para devolver al cabello encanecido su primitivo color, y eso de manera tan hermosa que no se distingue.

El **AGUA SALLES** no hace daño al pelo, al contrario, lo fortifica y le da brillo. No ofrece peligro alguno ni inconvenientes aplicándola según indica el prospecto que va con el frasco.

Es un producto antiguo y bueno usado desde hace 60 años en Francia y desde hace más de cuarto siglo en la Argentina.

DE VENTA EN TIEDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

SALLES PERF. QUIMICO

73, Rue Turbigo — París

Depósito en Buenos Aires:
A. LOURTAU y Cía., Paraná, 182

Depósito en Montevideo:
Sarandí, 429

EL ZORRO Y EL SURI

por

LUIS L. FRANCO

Don Cruz el suri (avestruz) estaba enamorado. Aunque, como es de ley en estos casos, se había vuelto muy solitario, no faltó quien lo viera, cariacontecido y taciturno, dando de corto en corto profundos suspiros, y hasta decían (si bien esto es menos fácil de creer) que había perdido un tanto el apetito...

El zorro, su amigo y compadre, no sufría de amores, pero sí de una enfermedad parecida: de hambre, o, mejor dicho, hambres, ya que en varios días y sendas noches de santo ayuno, ni langostas, como Juan el Bautista, había comido... Con cristiana resignación lo había aguantado todo, pero, de veras, ya empezaba a creerse al principio del fin, cuando tuvo noticias del estado en que se hallaba don Cruz, y decidió «sobre el pucho» hacerle una visita; pero no en buena fe y leal amistad como debiera esperarse, sino muy al contrario. En efecto, pensaba nada menos que interrumpir su ayuno a costa del amigo y compadre... Y Dios se lo perdonase, ya que conociendo los motivos, hasta los jueces se lo perdonaran...

Vería entretanto si resultaba lo que tenía planeado. Puesto en campaña, y aunque le costó no pocas vueltas, logró dar con el suri.

Después de los saludos y cumplimientos de regla el zorro dió comienzo a su obra. Sabiéndolo enamorado al suri, nada mejor, para «ganárselo», que elogiarle su persona.

— ¿Y sabe, don Cruz, que está buen mozo? ¡Caramba!...

Naturalmente, la campechana modestia del elogiado quedó patidifusa ante tamaño piropo. Tartamudeando, empezó a balbucir en su descargo las razones que su sesudo buen sentido le dictaba; pero el zorro lo cortó de golpe, como amigo rudo a fuer de sincero:

— ¡Oh, don Cruz, cállese!... A fe de quien soy que le digo la verdad... Usted sabe que lo que menos me gusta son las zalamerías...

— Así es, pero...

Y no obstante insistir en sus razones anteriores, alegando no merecer ni en broma aquellas halagos, que por otra parte nunca los oyera, en el fondo le nació la duda, y poco después pensó que el zorro bien podría no estar equivocado del todo...

— Como le digo, sí, señor — prosiguió éste. — ¡Buen mozo y bizarro!... ¿Pero sabe que le hace falta una cosa? ¡Un par de botas, don Cruz! ¡Entonces sí que quedaría un gaucho de mi flor!...

El suri pensó un momento.

— ¿Botas? ¿botas? Y suponiendo... ¿a dónde podría conseguirlas?

— ¡Oh, amigazo, es la cosa más fácil! ¿No sabía que yo fuí zapatero un tiempo?... Pues si no, sépalo. Ya no ejerzo el oficio, pero para usted...

— ¡Bah, no faltaba más!... tomarse semejante molestia...

— Al contrario, don Cruz, al contrario. Y como le decía, poniéndome a hacerlas, no me han de salir del todo malas, créame... Y ahora que me acuerdo, en casa tengo un cuero de potro...

Y tras resistir más débilmente el suri y de insistir con más empeño el zorro, la cosa quedó convenida. Voló este último a su casa, y al momento estaba de vuelta con el cuero. Lo cortó y recortó convenientemente.

— A ver — dijo, — estire una pierna, don Cruz.

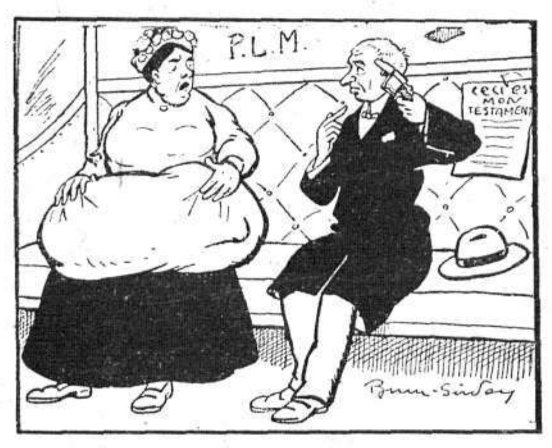
Obedeció el suri, y el zorro le encoró a maravilla la aventajada planta y la esbelta pierna. Hizo lo mismo con la otra extremidad, y en seguida dió a ambas una mano de carbón.

Con patente complacencia, agachando la cabeza, el suri se miraba las botas.

— Ahora, don Cruz — indicó por último el zorro, — tiéndase un rato al sol para que se seque y se amolde el cuero.

Siguió el suri la indicación del maestro, pero al querer levantarse, como se supondrá, no pudo conseguirlo. Ni que tuviera grillos.

Huelga decir que de esta suerte, a resguardo de la proverbial patada de su compadre, el zorro logró sin peligro su propósito.



EL DESESPERADO CORRECTO

Confío, señora, que el humo no la molestará.

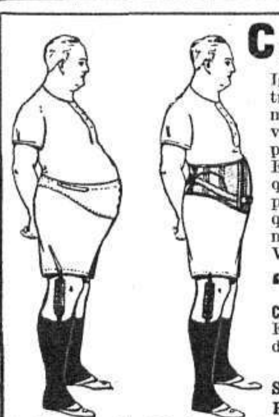


LECCION DE SOLFEO

— ¿Entonces, maestro, no hay más que tres llaves?
— Perdón, señorita; ¿usted toma la música por un manojo de llaves?

Cabecera de la mesa en el banquete que, en honor de los señores Joaquín Otero y Rodolfo Fausto Rodríguez, se celebró en el Aue's Keller con motivo de la designación del primero de dichos señores como vocal interventor del consejo escolar 6.º y el éxito literario obtenido por el segundo en el último concurso patrocinado por la Municipalidad de la Capital.





Caballero...

Ignora usted que la obesidad trae consigo enfermedades muy graves: usted debe prevenirlas comprando por doce pesos una faja «POUPEE». Es tan grande la demanda que a contar del 30 del mes próximo la subiremos a quince pesos. Decídase hoy mismo y pida por teléfono si Vd. no puede personalmente.

"LA POUPEE"

Cerrito, 122-U.T. 3958, Riv.-Bs.As. Fajas para todas enfermedades. Atendemos recetas de médicos.

SOLICITEN FOLLETOS Remitimos al interior mandando la medida del vientre y $ 0.50 para embalaje y flete.



LA MARCA DEL CONOCEDOR
LA GARANTIA DEL QUE COMPRA A CIEGAS

CADA PIEZA LLEVA ESTA ETIQUETA

Representante: 

Henry P. Lewis, Maipú, 187. Buenos Aires



MALTA
URANO
IMPORTADA
la preferida por los médicos para su consumo propio.
Robustece a la madre que cría, rejuvenece al anciano, nutre a la niña inapetente.
Satisface las exigencias de las autoridades y está en venta en los almacenes y farmacias. Si encuentra dificultad para adquirirla, diríjase a sus únicos importadores
1170 - BARTOLOME MITRE - 1174
TELEFONOS:
Unión Telefónica, Rivadavia, 1990 — Coop. Telefónica, Central, 133
GARANTIDA IMPORTADA
MALTA URANO
PASTEURIZADA
BUENOS AIRES

Necrología



Dr. Ricardo Osuna. Su deceso ha sido muy lamentado en Corrientes, donde tuvo larga y destacada actuación en la magistratura, la cátedra y el foro.



Señora María Lüttichan de Albino. — Capital.



Capitán señor Pedro N. Gómez. — Resistencia (Chaco).



Señora Clotilde Arrogui de Santa Cruz. Virtuosa dama cuya desaparición ha sido hondamente deplorada en el extenso círculo de sus relaciones. — Capital.



Señora Manuela Rodríguez de Cieza.— Carmen de las Flores



Señora Francisca A. Nicora de Zapettini. — Carmen de las Flores.



Señora Dominga T. B. de Cirigliano. — Baradero.



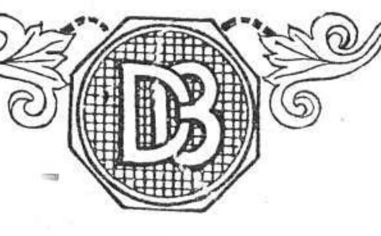
Señora Aurelia P. de Brito. — Capital.



Señor Italo Arina. — Capital.



Señor Prudencio Coll. — Rosario.



AUTOMOVILES
DODGE BROTHERS

La seguridad del funcionamiento de los automóviles DODGE BROTHERS es debida al esmero con que cada unidad es inspeccionada durante su fabricación y montaje.

Son empleados 1100 expertos para este solo trabajo. En cada coche se hacen unas 5285 inspecciones.

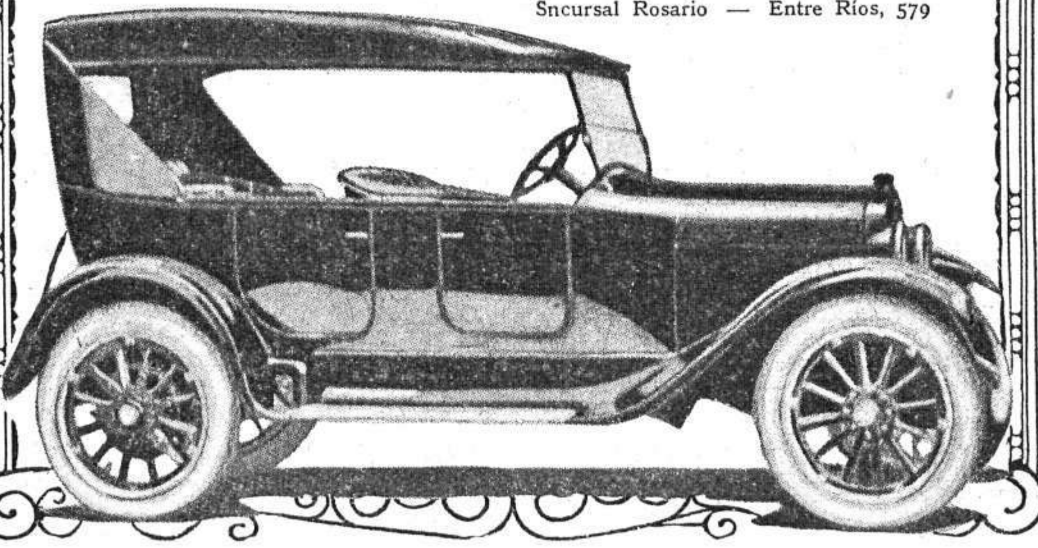
Estos exámenes son tan estrictos que la menor variación motiva el rechazo inmediato.

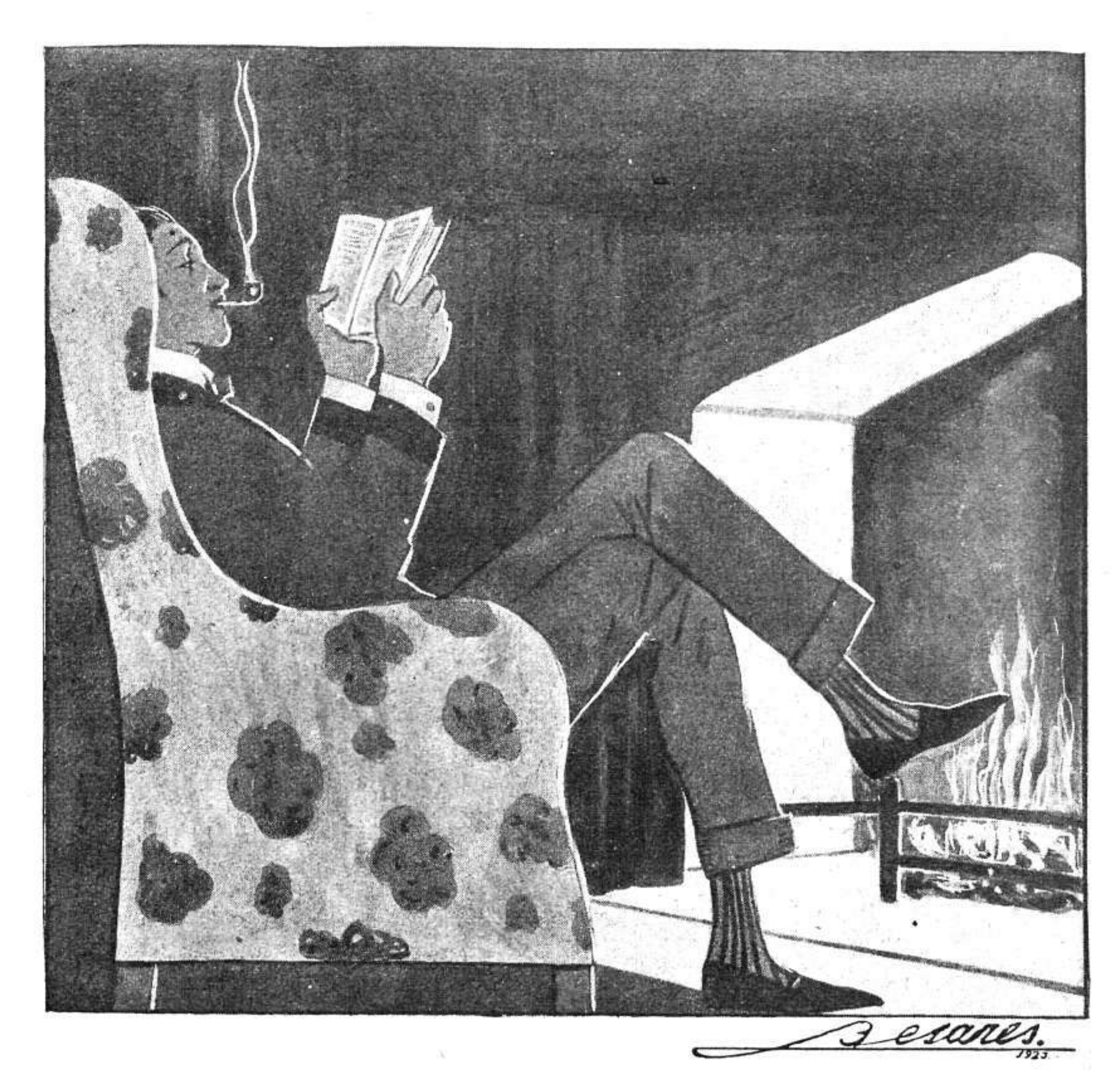
DODGE BROTHERS aspiran constantemente a hacer que cada coche sea perfecto y seguro.

El motor es de 30-35 HP.

El precio:
completamente equipado con su quinta goma... **$ 4.550** m/n
(*Sobre wagón Buenos Aires*)

JULIO FÈVRE hijo & Cía.
Av. Leandro N. Alem, 1620/40. Bs. Aires
Sncursal Rosario — Entre Ríos, 579





LA VIDA DE LOS ATOMOS

por

PIO BAROJA

Una noche de invierno estaba solo en mi cuarto leyendo. No se oía en la casa ni un ruido ni un murmullo; sólo dos relojes, el uno en mi despacho, el otro desde el pasillo, rompían con su tic-tac el silencio de la noche.

El más pequeño, el de mi cuarto, introducía entre el tic-tac habitual de un reloj respetable otros dos golpes intermedios y parecía decir:

— Vámonos ya... Vámonos ya...

El grande, el del pasillo, despreciando estas fantasías impropias de un reloj serio que se estima, murmuraba por lo bajo:

— Bien va... Bien va...

Yo les oía correr a los dos relojes y perseguirse con sus ruidos, y desdeñaba profundamente en el fondo de mi alma el estéril trabajo que se tomaban en alcanzarse el uno al otro.

Había leído en una obra moderna de Química el desarrollo de la teoría atómica y estaba preocupado, hasta sentía indignación.

— No me convencen los átomos — murmuré. — Creo que tengo derecho a que no me convenzan los átomos. ¿Somos positivistas o no?... Pues entonces... ¿Quién ha visto el átomo? ¿Quién ha pesado el átomo? ¿Por qué se atreve a decir nadie que es indivisible? ¿Por qué? Sobre todo, lo que más me molesta, esto lo digo en secreto, es que digan que el átomo es insecable.

Mi gato negro, creo que también tengo derecho a decir que tengo un gato negro, estaba subido a la mesa, colocado sobre la *Psicología celular*, de

Haeckel, y me miraba accionar, con sus ojos amarillos, con una indiferencia mortificante. Creí descubrir en su expresión cierto asomo de ironía, que me parecía impropia de un sobordinado y de un ser que al fin y al cabo vive a mis expensas.

Me levanté de la mesa y me senté en un sillón junto a la chimenea, encendí la pipa y me puse a mirar las llamas. Mi perro gruñó porque le molestaba apartándole del fuego.

No podía alejar mi pensamiento de la teoría atómica ni del átomo. ¡Lo insecable! ¡Hay cosa más imbécil que lo insecable!

— El átomo es una antigualla — dije; — una hipótesis, que hay que destruir inmediatamente. No existe más que la materia única. Cuando salga cualquiera con sentido científico y filosófico, negará el átomo.

Mi perro, medio dormido, me miraba de vez en cuando de reojo con cierto respeto.

— Sí — le dije yo. — Hay que dejar esa vejez del átomo; tenemos que remontarnos más allá, al subátomo, si se me permite la expresión.

Mi perro cerró los ojos, como aceptando la frase.

— Ya no estamos en aquellos tiempos — seguí diciendo, — en los cuales llamar al oro Au, y a la plata Ag, y al azufre S., significaba algo. Ya no estamos en esos tiempos. No. No estamos en esos tiempos.

Como no me contradecía nadie, para entretenerme me puse a contemplar al fuego que hacía chisporrotear a las leñas sostenidas por los morillos, que representaban dos negras egipcias, y a mirar la brasa de mi pipa. Estaba mirando ésta, cuando una chispa escapada de allá se levantó en el aire y se quedó inmóvil.

Yo, escandalizado ante aquella sustracción a la ley de la gravedad, cogí las tenazas y traté de tirar la chispa al suelo; pero ella, sin hacer caso de leyes, permaneció en su sitio y comenzó a dar vueltas, formando círculos en el aire, hasta que... paf, reventó como un cohete en mil lucecillas blancas, rojas, verdes, moradas, escarlatas, amarillas, de todos colores, mates y con brillo.

Aquello me pareció ya faltar. Lentamente en aquellas chispitas se fueron dibujando formas vagas, y al concretarse aparecieron figuras de hombres, mujeres, moscas, perros, cínifes y lagartos, y empezaron todos a revolotear y a danzar vertiginosamente alrededor de mi cabeza.

— ¡Au! ¡Au! — ladraba un perrillo de color de oro en mis oídos.

— ¡Hache! ¡Hache! — estornudaba un señor idiota, inodoro, incoloro e insípido.

— ¡Br! ¡Br! — zumbaba un cínife, que exhalaba un olor acre y fuerte.

— ¡Qué gentuza es ésta! — murmuré yo indignado. — ¿Quién sois?

Entonces uno de aquellos bichos, que semejaban una luciérnaga por la clase de luz que despedía, y que silbaba como una máquina de vapor haciendo ¡Ph! ¡Ph!, se paró delante de mí descaradamente y me dijo:

— Somos átomos.

— ¡Mentira! — grité; — los átomos no existen.

— Ag... ag... ag... — esclamó una señora vestida de blanco, con una risa argentina.

— ¡Conque no existimos, imbécil! — me replicó el átomo fosforescente con desprecio. — ¡Vosotros los hombres sí que no existís! No sois más que nuestra casa, nos servís para nuestra alimentación, para nuestra vida; nada más.

— ¡Vosotros!... Vosotros no tenéis vida — le dije yo. — ¡Qué vais a tener!

— ¡Oh, Humanidad, Humanidad! Siempre serás idiota — gritó el átomo fosforescente. — Ves que nos movemos, que nos enamoramos como los hombres, eres testigo de nuestra sensibilidad y de nuestra voluntad, y niegas que tengamos vida.

— ¿Voluntad? — salté yo. — ¿No comprendes, mequetrefe, que sobre todas tus acciones pesa un determinismo inexorable; que yo puedo hacer que contraigas matrimonio, y que te divorcies cuando me dé la gana?

— ¡O... O! — dijo un átomo de oxígeno. — Eso es demasiado.

— S... S... — murmuró el átomo de azufre con un dedo sobre los labios, y añadió: — Dejadle hablar al átomo inteligente.

— Eso que dices del divorcio — repuso la luciérnega — no prueba más sino que estamos más adelantados que vosotros. ¿Qué átomo que tenga dos átomos de sentido común soporta una mujer por toda su vida?

— Sí, eso está bien dicho — le repliqué yo, — si os divorciarais por gusto; pero vosotros, desdichados, no tenéis voluntad como los hombres.

— ¡Bah! — arguyó él. — Vosotros os creéis libres porque no podéis comprender el mecanismo del trabajo atómico en vuestro cerebro; pero si nuestros actos son fatales, los vuestros lo son también del mismo modo; somos factores de vosotros, y de fatalismos atómicos no se pueden obtener libre-albedríos humanos.

— ¿Y el alma? — dije yo recordando que en Psicología, Lógica y Etica había aprendido una porción de martingalas para demostrar su existencia.

— ¡El alma! Pst. Esté yo en el cerebro de un hombre y verás inteligencia; que falte este cura, y verás estupidez.

— Pues ¿quién eres, que te das tanto tono?

— Soy un átomo de fósforo. Mira.

Y el átomo se retorció, se puso los pies en la cabeza, se convirtió en un anillo luminoso y brillante y subió por el aire; bajó luego, y dijo:

— Ves. Eso es una idea.

Yo estaba atónito.

El átomo fosforescente, aprovechándose de mi estupefacción, siguió haciendo fantasías un tanto chocarreras.

Se puso formando un aspa, y dijo:

— Ahí tienes una idea geométrica.

Luego se torció hasta trazar un ángulo agudo, y murmuró:

— Esto es una idea de odio.

Después se despatarró, abrió los brazos, y dijo:

— Esto es un pensamiento de amor.

Yo, como he dicho, estaba atónito; los átomos danzaban a mi alrededor, chillando, gritando todos a coro:

— ¡Somos la materia única, lo indivisible, lo *insecable!*

Al darme cuenta de estas palabras me estremecí en mi asiento, y esclamé:

— ¡Falso! ¡Falso! Estáis formados de partes.

Entonces hombres, mujeres, perros, cínifes y lagartos estallaron; una substancia tenue, de color de ceniza flotó en el espacio... Me sonreí con una sonrisa alegre y triunfante... Veía la materia única, mi X primitiva, la materia eterna y eternamente divisible...

Pero, demonio. Se me había apagado la pipa.

DIBUJO DE BESARES



Parte de la distinguida concurrencia que asistió al baile dado en honor de un núcleo de conscriptos de la clase 1902.

UNA EXCITACIÓN DE LLOYD GEORGE A LAS IGLESIAS INGLESAS

El primer ministro Lloyd George pronunció recientemente un discurso en el banquete dado por 300 miembros prominentes de la Iglesia Libre.

Entre otros párrafos, se expresó en la siguiente forma:

« Se están construyendo hoy en día máquinas más terribles que las que se usaron en la última guerra. ¿Para qué? ¿Para atacar ciudades y tierras y destruir y quemar mujeres y niños inofensivos? Fijad vuestra vista en lo que está pasando. Si las Iglesias de Europa y América permiten que esto fructifique, valdría más que cerraran sus puertas. »

« Nosotros hemos reducido nuestros armamentos, y si otras naciones siguen nuestro ejemplo no ha de haber serias amenazas para la paz. Pero es muy difícil para una nación mantenerse indefensa mientras otras se preparan para la guerra. »

Mr. Lloyd George dijo que, de venir la próxima guerra, sería una lucha sobre la misma civilización.

Hablando de lo inesperadamente que se desencadenan las guerras, dijo: « El germen de la guerra, al igual que otro germen cualquiera, se ignora, y nadie cree tenerlo hasta que se da a conocer. Es inútil luchar con un epiléptico cuando está sufriendo un ataque. Una atmósfera muy cargada se cierne alrededor del mundo y el material explosivo se encuentra diseminado sobre la faz de Europa. »

« Cuando el fósforo ha caído, ya es demasiado tarde para apelar a la Liga de las Naciones, ya lo que se quiere es el nuevo espíritu. Encerrad los explosivos y, sobre todo, aquellos que están dados a lanzar fuego. Las Iglesias deben procurar promover este nuevo espíritu tan necesario. »

A través del guante

la mano, perfumada por el uso del Jabón Heno de Pravia, exhala el intenso y persistente aroma característico de ese jabón de tocador. El Jabón Heno de Pravia perfuma deliciosamente las manos que lo usan y éstas comunican á los guantes su perfume, que permite apreciar la distinción y el gusto refinado de su dueña.



Es jabón puro, sin mezclas ni adulteraciones de ningún género. Su inconfundible perfume se mantiene tan intenso al final como al principio de la pastilla. La espuma, ligera y abundante, presta suavidad, aroma y blancura á la piel. Si compra Vd. una caja de tres pastillas observará, al consumir la tercera, que con el tiempo ha mejorado en dureza y fragancia. El fallo del público es unánime en reconocer estas buenas cualidades.

De venta en los principales establecimientos de América.

Perfumería Gal.-Madrid

Representante General para Argentina y Uruguay, Jorge E. Chadwick, ESMERALDA N.º 132, Buenos Aires.



Gran fiesta campestre organizada por el "Centro Almaceneros Minoristas y Anexos", conmemorando el 13 aniversario de su fundación.

Fiesta social dada por los señores de Calvento festejando un acontecimiento de familia.



EL REO

Era la primera vez que visitábamos el pueblo. Cuando entramos en el mesón había aún grupos de gente en la plaza. Algo había sucedido. Las tiendas estaban cerradas. A la sombra de los soportales las mujeres hablaban animadamente. Los hombres, que las escuchaban, mostrábanse perplejos. Algunos, empero, alzaban los puños y expresaban su cólera. Los guardias tuvieron que dispersar la gente y obligar a cada vecino a que se metiera en su casa. En la posada nos lo explicaron mal; sin embargo nos lo explicaron. No era la primera vez que El pasaba por allí. Se hablaba mucho de El en toda la comarca. Lo habían reconocido en la manera de partir el pan. Le gustaba conversar con los niños y los vagabundos, los cuales le seguían a lo largo de los caminos. Mas la gente de la villa lo repudiaba porque les hablaba un lenguaje que no entendían. No se le conocía casa ni hogar. No tenía oficio ni beneficio. Con El habían llegado doce mendigos que no se atrevían a cruzar el pueblo y que se habían quedado junto al río. Casi todos ellos eran hombres hechos y derechos y algunos traían los aparejos de pescar. El más joven, todavía barbilampiño, llevaba siempre un libro en la mano. Era el único que sabía leer.

Todavía, cerca de la Casa Comunal, una mujer del pueblo se estaba lamentando:

— La otra vez que pasaron estos pillastres se comieron todo el pan que tenía en la despensa y no me lo pagaron.

Otra mujer recordaba las palabras que había dicho un sacerdote:

— No os dejéis engañar por los falsos profetas que se abrogan la soberanía de Dios.

Todos los vecinos se habían apresurado a cerrar bajo llave dinero y alhajas. Las madres no dejaban salir a los chicos. Los viejos se lamentaban diciendo que en sus tiempos tales cosas no acontecían.

Nosotros no nos atrevíamos a salir de nuestro albergue. Allí reposamos un rato y tuvimos unos momentos de paz. Mas ved aquí que gentes venidas no se sabe de dónde invadieron la posada. Ya el posadero se restregaba las manos pensando en las ganancias. Los forasteros pidieron vino. Y, como fuese que no hubo bastante para todos, uno de ellos dijo:

— Si El estuviese entre nosotros convertiría el agua en vino.

Y otro añadió:

— El multiplicaría el pan.

Comieron y bebieron con mesura y tranquilidad. Nosotros los mirábamos desde un rincón del comedor. En esto llegó una mujer, joven y hermosa, y preguntó por El. Como le contestaran que estaba en manos del juez, se puso a llorar amargamente. Venía con el cabello suelto y medianamente vestida. Había caminado tres días seguidos por montañas, valles y llanuras. Al llegar al río, bien había visto a los doce, pero no les quiso decir nada, porque adivinó que no sabían qué había sido de El. No quiso probar ni un bocado de pan y, cuando se marchó, lloraba aún.

Un hombre bien vestido preguntó a uno de sus acompañantes:

— ¿A dónde habrán ido a parar los dos collares de perlas que el año pasado regalé a esta mujer?

Cuando ella hubo salido, llegó otro forastero, que fué a sentarse a una mesa ocupada por un ciego, un leproso y un tullido. Tenía hambre, pero ya no había nada que comer. Entonces levantó la mano por encima de sus amigos, y les dijo:

— Seguidme.

El posadero reclamó lo que se le debía, pero el forastero recién llegado le respondió:

— El te lo pagará.

Se dirigieron a la plaza. Los guardias ya no estaban. Algunos comerciantes habían vuelto a abrir las tiendas; mas, al ver tanta gente, las cerraron de nuevo. Los vecinos volvieron también a la plaza. Llevaban palos y piedras.

En esto las puertas de la Casa Comunal se abrieron de par en par. Había allí el juez, el escribano y dos soldados con las armas. El estaba allí también.

Los vecinos gritaron:

— ¡Matadlo!

El posadero exclamaba:

— Me han robado.

Los otros, como si supieran que todo aquello tenía que pasar, callaban.

— ¡Matadlo! ¡Matadlo! — seguía aullando la turba.

El juez le preguntó al reo:

— ¿Es a ti a quien quieren matar?

El respondió:

— Es a mí.

Tenía frente alta, cuadrada. El cabello era rojo. Los párpados inmóviles prolongaban su mirada. Debajo de la nariz, noble y fina, arrancaba un bigote color de ámbar que iba a fundirse en una barba obscura y un poco rizada. En sus labios había como un sello de paz. Sus manos parecían de mujer: blancas, delgadas y un poco largas.

Cuando levantó los ojos para contestar al juez pareció que un destello de luz atravesara el aire.

El magistrado no preguntó nada más. Pero volvióse de cara al pueblo, inquiriendo su voluntad. El pueblo repitió:

— ¡Matadlo!





Las puertas de la Casa Comunal se cerraron de nuevo. Vinieron los guardias para dispersar la multitud. Solamente se retiraron aquellos que no alborotaban. Se retiraron tristes y cabizbajos. Mas el ciego no necesitaba lazarillo ni el tullido necesitaba muletas. El leproso dejó la sábana con que cubría su mal. Y vino de nuevo la mujer lagrimosa. Como pasó por nuestro lado, sentimos la fragancia de sus cabellos impregnados. Las gentes la reconocieron y algunos le arrojaron piedras. Pero El no estaba allí para detenerles la mano. Un guardia anunció que el reo sería ejecutado a la mañana siguiente, junto con dos condenados más. Entonces un viejo exclamó:

— Ya veis qué les espera a los que van contra la ley. Ya veis lo que se gana protegiendo haraganes y ladrones.

— Es un impostor — añadió otro. — Dice que su padre posee un reino donde hay innumerables riquezas. Pero nosotros hemos sabido que su padre era carpintero. Es enemigo de los mercaderes y de los sacerdotes, a los cuales maltrata con palabras encubiertas. Sabe hacer sortilegios y ha pasado días enteros en el desierto en conciliábulo con el demonio. Odia a los ricos y a los poderosos, y a todos los que están conformes con la ley.

En aquel momento llegó un muchacho diciendo que a la orilla del río, debajo de un árbol, se había encontrado el cuerpo de un ahorcado; que los guardias sólo habían podido detener a uno de los mendigos que aquel día habían llegado al pueblo, y que este mendigo negaba que lo fuera, afirmando que era pescador.



La noche sobrevino. El posadero nos sirvió la cena de muy mala gana. Antes había limpiado bien el comedor para que nadie pudiera contagiarse la lepra. De nuevo oímos gran batahola. Nos dijeron:

— Ahora lo están flagelando.

Una mujer entró en la posada dando muestra de gran alegría. El hombre que la acompañaba dió varios golpes con un bastón muy grueso. Después de cenar, ambos fueron a yacer en el mismo lecho.

La gritería se apaciguó. Los vecinos, al fin, se recogieron en sus casas. Y durante toda la noche los guardias pudieron dormir en silencio.

A la mañana siguiente, al despuntar el día, tres catafalcos se levantaban en lo alto de un cerro. Desde nuestra posada se veían muy bien. Había mucha gente armada. Había magistrados y sacerdotes. Hasta nos pareció ver a aquella mujer que había preguntado por El el día antes. Había tal gentío que se levantó gran polvareda. Momento hubo en que pareció que la nube ocultaba el sol.

A la puerta de nuestra posada, cuando ya nos íbamos del pueblo, encontramos dos hombres que hablaban de El. El más viejo decía:

— Esta vez la justicia se ha hecho según el deseo del pueblo.

Pero el más joven le contestó:

— Yo te digo que resucitará.

De Lomas de Zamora

Grupo de niñas que tomaron la primera comunión en honor de Nuestra Señora de Paz, patrona de Lomas. Presidió la ceremonia el obispo de la Plata, monseñor, Francisco Alberti.

¿Juventud Perenne?

(Revelaciones de una célebre y hermosísima Actriz)

Desde que me he retirado de la vida de teatro asáltanme, muy a menudo, vehementes deseos de entrar en comunicación espiritual con el público, al que tantos favores y delicadas atenciones debo, atenciones y favores recibidos durante mi larga actuación en los escenarios del mundo entero. La nostalgia de la vida de tablas me hace añorar los días de triunfos y de gloria vividos en medio de las palpitaciones de las más diversas multitudes, días de agasajos y de fiestas, días de vida intensa y verdaderamente vivida.

Por eso, ya que no desde los tablados teatrales, continuaré, por medio de la pluma, a mantenerme en constante comunicación con los públicos de ambos mundos, transmitiendo para ellos las impresiones recogidas durante mi paso por los coliseos de los distintos continentes. Comentaré preferentemente los grandes acontecimientos del arte y me especializaré en dar a conocer los secretos y los entretelones de nuestro mundo tan curioso y tan interesante.

El hecho de hallarse pendiente en estos momentos la atención pública de las extraordinarias experiencias y teorías del doctor Voronoff sobre el posible rejuvenecimiento de los seres humanos, me induce a escribir hoy sobre un tema cuya importancia no escapará, por cierto, al criterio de mis lectoras.

El tema a que me refiero es el que atañe a la conservación de nuestra personal belleza juvenil, de esa belleza que, para nosotras, las mujeres, es algo verdaderamente inapreciable, por cuanto de ella depende muchas veces el entero destino de nuestra vida.

No sé cuánto podrá haber de cierto en las nuevas y curiosísimas teorías del ilustre doctor Voronoff, pero de lo que tengo la plena seguridad es de que desde los primeros años de mi vida teatral me hallo en posesión de la clave que me ha permitido conservar, a través de todas las vicisitudes y agitaciones de mi carrera, ese aspecto perennemente juvenil, clave que para felicidad de todas las mujeres daré a conocer en breves líneas.

Para el fin de la conservación de la belleza no son necesarios cuidados extraordinariamente graves y molestos, ni el empleo de costosos y complicados preparados, verdaderamente mucho más dañinos que útiles, pues si, por un momento, logran dar un falso aspecto de artificial belleza, muy en breve terminan por perjudicar seria e irreparablemente a aquellas mujeres que ingenuamente acuden a medios tan poco certeros. Este es el motivo que me ha inclinado a rechazarlos constantemente, utilizando, en cambio, sencillísimas recetas de preparación casera.

Por ejemplo, para la conservación del aspecto siempre fresco del cutis nada hay que ofrezca tantas seguridades de éxito como la cera pura mercolizada, substancia que yo siempre me he aplicado de noche, después de las representaciones, de la misma manera como se hace con el cold-cream, retirándola por la mañana con un poco de agua tibia. Sus efectos son estupendamente maravillosos, pues ella permite que la piel se mantenga en un estado de constante renovación, haciendo que la cutícula gastada y muerta caiga, para ser reemplazada por la piel nueva que de este modo viene a aparecer a la superficie.

¿Arrugas? Yo jamás las he conocido, porque alternando el uso de la cera mercolizada con el del parsidium es imposible que en parte alguna de nuestro cuerpo se estampen esos horribles sellos del tiempo implacable.

Recuerdo que una vez, después de haber realizado una interesante y triunfal tournée por las ciudades de la costa mediterránea del Africa Septentrional—Cairo, Alejandría, Trípoli y Túnez — debido a la acción deletérea del clima africano, mi cara se había llenado de puntitos negros, pecas y barrillos. Pues, ¿creéis, acaso, que para librarme de semejantes presentes griegos yo acudiera como algunas compañeras de arte al doloroso y costosísimo procedimiento de la extirpación? Pues no, no fué necesario valerme de procedimiento tan heroico para que en breves semanas esas feas señales del clima tropical desaparecieran de mi rostro. Bastó para ello que me hiciera unas cuantas abluciones con agua estimolizada, preparada con una tableta de sencillo stymol disuelta en agua caliente; los barrillos, pecas y puntitos negros desaparecieron como por encanto.

En esa misma oportunidad tuve ocasión de conocer el borite, delicioso polvo blanco, de fórmula de origen faraónico, que, aplicado sobre el cutis, como si fuera talco, tiene el poderoso efecto de combatir de una manera absoluta las desagradables consecuencias de la excesiva *transpiración*, siendo francamente insubstituíble como aséptico y desodorante de la piel. Su uso, especialmente después del baño, procura una incomparable sensación de bienestar y de frescura.

Mi cabellera, rubia y ondulada, ha sido uno de los factores que más éxitos me procuraran, y, aun hoy, después de tantos años, ella conserva intacto su prístino poder de seducción. No por nada le he dedicado mis preferentes cuidados, haciendo de ella, quizás, mi gala más estimada. He tenido la precaución de peinarla siempre con el mayor esmero, y de lavarla con un shampoo preparado por mí misma con stallax disuelto en agua tibia, shampoo que tiene le inapreciable virtud de dejar la cabeza completamente limpia, eliminando toda clase de impurezas, y fortificando notablemente las raíces del cabello, que de esta manera adquiere una vitalidad mayor y un aspecto ondulado, sedoso y brillante que es lo que constituye la verdadera belleza de una cabellera, sea cual fuere su color.

Este recetario, tan sencillo y económico, y cuyos componentes pueden hallarse en cualquier farmacia del orbe civilizado, es el que ha contribuído eficazmente al mantenimiento de mi belleza, tal cual ella se ofrecía a los ojos de mis adoradores cuando yo contaba veinte años de edad. Quizás el doctor Voronoff logre descubrir el elixir de eterna juventud, pero, por lo que a mí se refiere, desde hace mucho tiempo he resuelto el problema en la forma más arriba indicada, y... queridas lectoras, os invito a probar en vuestras personas lo que en la mía ha dado y da tan espléndidos y reconfortantes resultados.

Artemia Le Vally



Sin palabras...

Por
José M. Braña

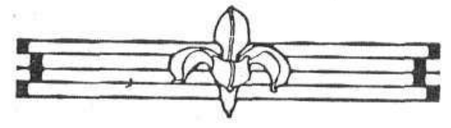
No lo he olvidado...
Nos hablamos de amor sin palabras...
Una sola mirada bastó
para comprenderse mi alma con su alma.

Y en aquella hora,
hora breve, dichosa y dorada,
cuánto, cuánto hablaron
su alma y la mía sin una palabra...

¡Oh, lenguaje mudo
y hermoso y sincero de todas las almas!...
¡Cuántas cosas hermosas se pueden
decir sin palabras!

Nuestro idilio de amor fué muy breve,
fué tan sólo una ráfaga
que agitó nuestras almas tranquilas,
dichosas y blancas!...

Y una tarde dorada y brillante
su alma y mi alma
se dijeron adiós para siempre
— como al conocerse — sin una palabra!...



TORMENTAS

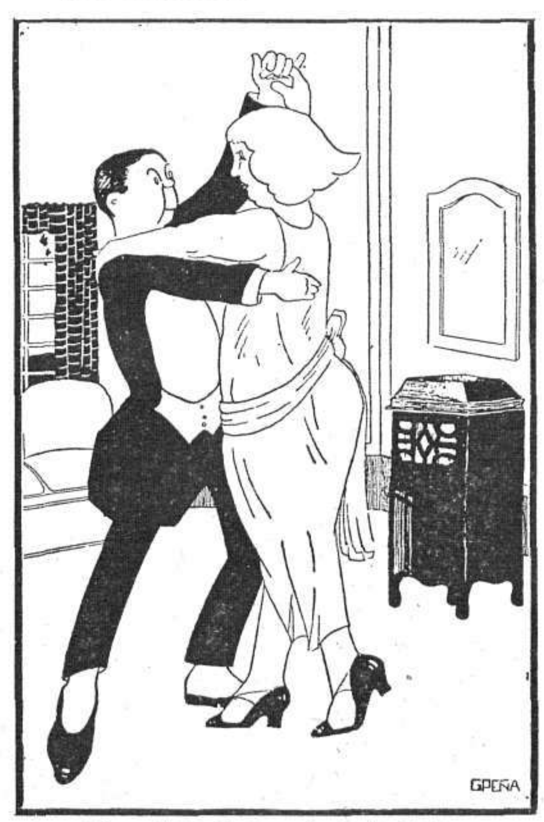
Por
ANTONIO ZAPATA GARCIA

I Despertado en su nido
por hórrido estallido,
el pobre labrador, sobresaltado,
se levanta apurado
y escucha el desconcierto
del rudo temporal que le destroza
las mieses que hay en torno de su choza
y las humildes flores de su huerto...
Y gime el triste paria:
— ¡Señor! ¡Señor!: ¿qué os hice, para tanto
infortunio traerle al noble encanto
de contemplar floridos mis trigales
— hijos de mi labor jamás precaria —
si en vuestras celestiales
manos puse mi fe y cuanto adoro? —
dijo, y acerbo lloro
inundaba su rostro macilento...
—Yo os venero, Señor, y la plegaria
está siempre en mis labios — repetía...
— ¿Por qué, entonces, ¡Señor!, el cruel tormento
de ver trunca esta noche mi alegría?...
....

II ... Una noche también, la saña impía
de aquella a quien recuerdo todavía,
destrozó mi alegría
— la flor más estimada —
con la traición airada...
¡y en el rudo turbión de los rencores
rodaron mis amores,
lo mismo que en la noche de insosiego
las mieses y las flores
en que cifró sus ansias el labriego!...



— El te ha prometido casarse. Pero, ¿dónde tenía la cabeza cuando te prometió eso?
— ¡Sobre mis hombros!...



Ella. — Usted debe ir mucho en el subterráneo.
El. — ¿Por qué?
Ella. — Por la postura.


PRODUCTOS
SUPREMA
La fragancia...
concentrada de las flores, cortadas en el preciso momento de su perfección está contenida en los exquisitos e inimitables productos
SUPREMA
La belleza del cutis...
que da ese aspecto de eterna juventud, puede usted obtenerla si usa diariamente en su toilette los finos
PRODUCTOS SUPREMA
POLVO GRASOSO SUPREMA
Muy fino y adherente; la caja, $ 1.10
AGUA COLONIA SUPREMA
Perfuma y refresca el cutis; el frasco, $ 2.20
SOCIEDAD GENERAL DE PERFUMES
PRODUCTOS
SUPREMA
P. BURS & Cía.
BOLIVAR, 1725
BUENOS AIRES
DE VENTA EN TODAS PARTES.
Remitimos GRATIS a quien la solicite una muestra de POLVO GRASOSO SUPREMA
SUPREMA
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
2.20

De Ramos Mejía



Recepción dada por la familia Morel con motivo de un acontecimiento social.

EL COLOR DE LAS NUBES

¿Por qué unas veces vemos las nubes blancas como nieve, en tanto otras parecen negras como carbón? *En realidad no existen nubes de distintos colores*, todas son blancas, como vapor de agua, pero las circunstancias como se presentan son las que les confieren sus variadísimos tonos.

Todas las superficies blancas tienen la propiedad de reflejar la luz. Cuando flotan muy altas en la atmósfera, el sol, al reflejarse en la parte inferior, produce ese admirable *espectáculo de los cúmulos asemejando* montañas de algodón. Pero cuando van bajas, la luz solar ilumina solamente la parte alta, y la inferior, que queda en la sombra, aparece negra, por contraste con la del sol. Cuando el cielo está totalmente cubierto las nubes son de color grisáceo por recibir el reflejo de los tonos apagados del suelo.

Al amanecer y al ponerse el sol la luz rojiza que produce el polvillo atmosférico se refleja, y da a las nubes ese magnífico arrebol que tanto admiran quienes contemplan el sublime espectáculo del sol fundiéndose en el horizonte.

FÁBRICA DE LOS BIZCOCHOS CANALE

EL PRODUCTO MÁS GENUINO DE LA INDUSTRIA ARGENTINA



LA SEMANA SANTA EN TILCARA

Cuando desde el rústico púlpito de la iglesia de Tílcara el párroco local terminó el sermón de agonía, las campanas doblaron la muerte del Señor. Sobre el espíritu de los fieles reinaba una fe y un sentimiento profundo. La convicción real de la muerte sagrada los llenaba de piedad y desesperación. Un murmullo de rogación unánime surgía de todos los seres arrodillados y mustios. El sacerdote se fué, la gente rezaba y el ritual de la piadosa ceremonia proseguía. Afuera, por las calles silenciosas y vetustas, los paisanos de las aldeas vecinas continuaban llegando con ofrendas de flores y de cirios. Las mujeres arrebujadas con un manto negro dignifican la solemnidad del Viernes Santo. La tarde se moría lentamente y la ciudad obscurecida cobraba una misteriosa fascinación de duelo y de tragedia. En el firmamento las estrellas comenzaron a brillar como lunares de sangre y de topacio.

A la noche la festividad se acrecienta en tributos y homenajes. En diferentes sitios de las calles céntricas los habitantes nativos han levantado pequeños catafalcos de flores, adornados con crespones negros y cintas moradas. Los túmulos mortuorios de decoración floral son algunas veces fijos y otras portátiles. Esa especie de altar funerario era un interrogante de reposo para el viaje eterno y desolado de la muerte. Allí el último homenaje revestía todo el carácter de las exequias augustas y supremas. La liturgia de estos funerales religiosos es una herencia espiritual del fanatismo indígena, fiel a la iconografía alegórica de los mitos venerables y sagrados de la raza extinta.

Poco a poco una muchedumbre abigarrada y negligente va ocupando las cercanías de la iglesia. Toda esa plebe aborigen se desespera por entrar al templo a rendir la oblación ignara de su espíritu. La religión cristiana los domina con una vehemencia mística e insólita. El ídolo sacro es el delirio de los ojos y la mente. Un mutismo fervoroso y absurdo apresa el carácter huraño de los seres. La noche avanza. En el atrio colonial la gente se aglomera. Algunas mujeres depositan óbolos en las bandejas de plata colocadas en sitios estratégicos. Por el pretil de la iglesia la iluminación interior surge como un reguero de estrellas. En lúgubre marcha, la multitud se interna en las naves del templo, odorante a incienso, mirra, cirios quemados y flores benditas. Jesús sacrificado y la aureola dolorosa de los santos llenan más de beatitud la ferviente plegaria de las almas. El menor ruido extraño o tos inoportuna conmovía de emoción la serena conciencia de los humildes feligreses.

El templo se llena de quietud y recogimiento. Nadie murmura una letanía religiosa. El sermón de soledad concluía ante una atención expectante y solemne. Luego unos hombres hirsutos y lívidos se acercan hacia el mausoleo sagrado y levantan en silencio un ataúd cubierto de siemprevivas, lirios y azucenas. La marcha se inicia dificultosamente. Las personas se aprietan en una lucha esforzada y sorda. La procesión monótona y extraña sale a recorrer la ciudad callada y obscura. Un sacerdote estrafalario va orando a paso lento, seguido por un cortejo de hombres y mujeres. En cada altar ocasional detienen el féretro y producen una breve ceremonia. El cura dice un responso hosco y suplicante. Todos se arrodillan y las mujeres rompen en un llanto espontáneo e irrestañable. La escena es cruda y angustiosa. Los rasgos sombríos de la fantasía nocturna — huérfana de cánticos y músicas dolientes — pueblan de terror esos aparentes senderos de la muerte.

El hermetismo de la tradición religiosa es original y sugestivo. El culto a la divinidad tiene para ellos la dulzura inefable del sacrificio humano por la indulgencia de los pecados terrenales y la inmortalidad del alma. Una devoción desinteresada y constante germinará cosechas adorables de purificación y virtud. Los actos de fe y contrición revisten verdaderos símbolos de salvación espiritual. De allí la severidad de las fiestas de Semana Santa y el beneficio de las cosas bendecidas por la sangre del Señor. Las palmas, flores y cintas que han colaborado en la ceremonia adquieren un valor inestimable de gracia y de recuerdo. Hojas, pétalos y objetos son talismanes milagrosos para conservar la salud y la felicidad de los hogares. Algunas veces tienen hasta el poder formidable de dominar los elementos de la naturaleza y el espacio. La prueba filosófica es un enigma eterno del destino.

El sentimiento respetuoso de los ritos antiguos es el carácter personal del pueblo de Tílcara. El entierro abstruso y tétrico en la noche profunda tiene algo de impío y de macabro. Hasta que regresa el fúnebre ataúd al santuario brillante y vacío las calles son sendas tortuosas de peregrinación lánguida y triste. Los blandones y los cirios encendidos vacilan en las manos de los penitentes errantes por las penumbras del villorrio dormido. Sin embargo hay un simbolismo de amor y misericordia en estos actos misteriosos y ridículos. El secreto de la ética religiosa refleja en sus espíritus una justiciera aprobación divina, y es de allí la razón por la cual sus evocaciones folklóricas son tan impresionantes y fantásticas como los cuentos de Hoffmann y de Poe.

JVLIO ARAMBVRV

Padrinazgos presidenciales



Familias A. Fidalgo y F. Riera con sus respectivos hijos, de los cuales los dos últimos varones son ahijados del Presidente a quien representó el doctor V. de Ortusar. — Villa Iris.



Los señores Lazzarini y el teniente coronel Angel de Hernández, que en nombre del Presidente les apadrinó su séptimo hijo varón, Soldini (F. C. C. A.).

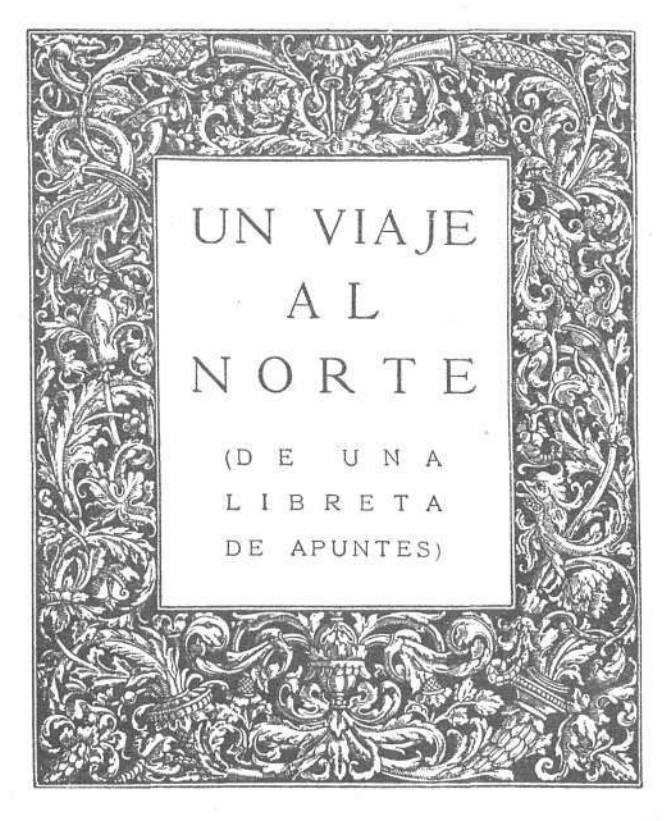


Bautizo del séptimo hijo varón de los esposos Cabrera-Figueroa. El diputado nacional doctor Pedro Canal representó al Presidente. — Mercedes (Buenos Aires).



El gobernador, doctor Enrique Mosca, en representación del Presidente apadrinó el séptimo hijo varón de los señores Medina-Comelli. — Santa Fe.


SIEMPRE
¡Discos nuevos
de gran éxito!
Ya están en venta las últimas novedades
Bailables, clásicos, óperas, populares
Soliciten suplemento gratis N.° 17
AMERICA
Concertola
CONCERTOLA
Soy el instrumento de diversión más completo y perfecto que existe!
Mi presencia es indispensable en todo hogar.
Allí donde yo estoy proporciono alegría, instrucción, placer.
OFRECEMOS
este hermoso modelo de salón (Concertola N.º 5) con mueble en fina madera, lujosa y sólida terminación, máquina ultra poderosa, membrana y brazo acústico última creación, con doce piezas y 600 púas,
por sólo $ 250 m/n. al contado
o bien
$ 25 AL CONTADO Y 10 MENSUALIDADES DE $ 25 %
CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI
AVENIDA DE MAYO, 979 - BUENOS AIRES
PIDAN
Catálogo N.º 21. Grafófonos, Concertolas, Victrolas.
Catálogo N.º 22. Todos los mejores discos de las buenas marcas.
ENVIANDO $ 0.20 EN ESTAMPILLAS.
enemos sucursales. — No cerramos los sábados.



Hemos cambiado de tren y han comenzado las peripecias. ¡Oh, qué cosa más interesante es un viaje de muchas horas en un tren perteneciente a una empresa sin empresario! Estos ferrocarriles tienen la virtud de hacernos recordar con nostalgia la época feliz de la «galera», ¡y no es poca virtud! Algún día, cuando estos trenes que ahora pertenecen al Superior Gobierno caminen regularmente, también será recordada con nostalgia la época actual, y acaso se utilicen como mojones imaginarios para señalar en la historia el desenvolvimiento progresivo del país. Se dirá «la época de la galera», y luego «la época de los ferrocarriles de la nación», y, finalmente, «la época del ferrocarril».

Porque el ferrocarril, lo que se llama en el mundo *el ferrocarril*, todavía no ha pasado de Tucumán hacia el norte...

¿Qué es, entonces, esto en que vamos metidos?

Es una máquina con asma, guiada por un maquinista arbitrario, que arrastra por encima de unos rieles de madera y hojalata, de un paralelismo ilusorio, una serie de viejas «diligencias» desencuadernadas, quejosas, lamentables...

....

....

Como, según todos los cálculos, debiéramos llegar a destino a las nueve de la noche, no se engancharon a este tren coches dormitorios, y el restaurante se desprendió después de la comida, quedándose en una estación del trayecto...

Pero a las nueve de la noche estábamos tan lejos de la Ciudad del Cerro, después de doce horas de marcha, que para llegar a ella los entendidos decían que serían menester otras doce...

Por suerte venía con nosotros un boliviano que había permanecido en Europa, con un empleo diplomático, algunos años, y el hombre estaba empeñado en distraernos contándonos cuentos de los mil un días de su estada en París. El hombre se complacía en ello y nosotros también. Los demás de la rueda no sé qué pensarían, y seríame imposible suponerlo. Uno de ellos era un diputado. ¿Qué piensan de Europa nuestros diputados? Supongamos, en el mejor de los casos, que piensan de Europa lo mismo que del Presupuesto. El Presupuesto es una gran lista de empleos públicos que no es necesario atender, pero muy bien renumerados, que se reservan para los parientes primero, y para los correligionarios políticos después. Europa *es una ciudad* un poco más grande que Buenos Aires, donde se envía a los parientes calaveras que fastidian en casa, o a los correligionarios políticos que conviene alejar, con la misión de *representarnos*... París, «que es una enorme tienda», ofrece a los americanos una gran variedad de diversiones y placeres que es difícil encontrar en otra parte, y, además, un viaje a París para un político es lograr la multiplicación de su prestigio... ¡Cómo no, si todo nos lo traen de París, desde los hijos hasta los calcetines! Un diputado no ignora casi nada, y mucho menos eso. ¡A él le han dicho cuando iba al colegio, o cuando iba al mercado, o a cualquiera otra parte, que los hijos se encargan a París y que las medias, para ser finas, y para ser caras, tienen que tener el talón y la puntera reforzadas y ser «francesas»!... ¡Bien es cierto que si no supieran por lo menos eso, harían un triste papel en nuestra cámara!...

....

....

A media noche se ha detenido nuestro tren en campo raso. Averiguamos la razón de tan imprevista parada, y el *guarda*, que está armado de un gran farol con reflector, nos informa:

—*Iá enseguidita marcharemos... no es nada... es que se h'acabao la leña...*

Esperamos media hora, una hora. El fogonero ha descendido de la máquina armado de un hachita y ha cortado unas cuantas ramas de árboles. ¡Con aquel combustible el convoy camina hasta la próxima estación!...

El boliviano que viene de París nos dice tranquilamente que esas cosas no ocurren en Europa. A ningún fogonero, nos advierte, se le ocurriría llevar un hacha entre sus herramientas...

El diputado se admira y enmudece. Seguramente piensa en lo feliz que él sería si pudiera representar en el Congreso a *algún pueblo de París* en lugar de representar al suyo nativo.

....

....

En la estación, naturalmente, se hizo nueva provisión de leña. La operación demoró un poco porque no había por allí ningún peón, ni una carretilla, y tuvieron nuestro maquinista y el fogonero que traer la leña a brazadas desde una pequeña pila distante unos cien metros de la máquina.

Eran las dos de la madrugada, negrísima y fría. Nosotros veíamos ir y venir a la pareja gracias al farol del guarda que llevaban y que era igual a un gran ojo enrojecido de un beodo que fuera y volviera buscando un camino en la negrura.

La estación permaneció con sus puertas cerradas todo el tiempo que estuvo allí el tren. Cuando, hecha la provisión de leña, el guarda creyó oportuno reanudar la marcha, dió unos golpecitos con los nudillos de los dedos en el vidrio de una ventana.

Al rato uno de los postigos de la ventana se abrió y salió por ella un débil y amarillento resplandor de candil, y en seguida media cara de mujer...

— *Nos vamos, señora...* — avisó cortésmente el guarda.

— *¡Ah! ¿Sí? ¿Iá han cargao leña?... Bueno. Welindo duerme... Váia no mas...*

— *Tá bien, señora... Hasta pasao mañana...*

La ventanita volvió a quedar cerrada. El mismo guarda, haciendo las veces del *jefe* que dormía, tiró de la cuerda de la campana, que sonó alegremente unos instantes, y... respiramos satisfechos. ¡Nos movíamos!...

Al rato el tren corría a gran velocidad, lo menos a ochenta kilómetros por hora. El boliviano, que estaba recomenzando a contar sus días de París, se asustó, y estábamos ya por alarmarnos todos cuando acertó a pasar por allí el guarda, quien nos aclaró el asunto.

— *Vamos aprovechando una cuestita... ¡Si pó!... Pá ganar tiempito...*

Unos minutos después, terminada la cuesta, el tren tornó a su pasito de mula serrana...

....

Aumenta el frío. Son las cinco de la mañana, pero, como si fuera media noche, nos envuelve la más negra de las negruras. El tren continúa su marcha maravillosamente.

Hemos agotado los cigarrillos, el agua del «lavamanos» de hojalata que está en el extremo de un vagón y la charla. No nos queda más que la esperanza de llegar a nuestro destino envuelta en un tul espeso, lechoso, de sueño...

¡Si pudiéramos dormir, aunque no fuera más que media hora! ¡Y sin cigarrillos, sin agua, sin ganas de conversar!

El boliviano — simpático amigo — ha olvidado a París, y su «champaña-frappé» para pensar con nostalgia en un vaso de chicha. Debió quedarle la lengua fuertemente adherida al paladar, y reseca.

El diputado — inolvidable e insustituíble compañero de viaje — tiene la cara más seria que nunca y ha adoptado en su asiento la postura que debe adoptar en la cámara cuando, obligado a formar «quorum» por imposición partidista, abre el grifo de su elocuencia el «gallito» de su grupo.

Los demás intentan dormir sentados, convertidos en un difícil nudo sobre el banco sonoro y movedizo...

El guardatren ha vuelto a pasar, fiel cumplidor de su deber de vigilante. Nos ha dicho que estamos próximos a la estación General López, que es el empalme.

— *Y al Cerro, ¿cuándo llegaremos al Cerro, o es que no llegaremos nunca?...*

— *¡Oh!* — nos ha respondido, asombrado. — *De llegar, hemos de llegar...*

¡Profunda filosofía!... El diputado nacional hace un gesto con la diestra como «pidiendo la palabra», y trabajosamente nos narra una larguísima anécdota de sus pagos. La anécdota, por cierto que nada novedosa, es ésta, en síntesis: Preguntado, en un cerro, un coya cuidador de media docena de cabritas, si llovería, por un forastero poco dado a los estudios astronómicos, miró el coya largamente el anubarrado firmamento, y, acomodando su «acuyico» con un oportuno golpe de lengua, respondió al preguntón:

— *De iover, puede que yueva... salvo que no yueva...*

Nuestro amigo el boliviano no pudo despegar su lengua ni para reir. Después nos dijo *que le estaba doliendo muy mucho el coxis, de tanto estar sentao.*

....

....

Ha comenzado a amanecer, lentamente, y ha comenzado a caer una lluvia finísima, como de pulverizador.

¡Ya estamos en General López!...

El guarda nos ha mirado sonriendo al vernos descender en el andén, como diciéndonos: «¡Han visto, amigos!»

En la estación encontramos a un muchacho atendiendo al aparato telegráfico. Terminado el manipuleo, nos dijo:

— *Hay que esperar el cruce del tren que viene del Cerro...*

El guarda, el infaltable guarda, que en eso se nos aproxima, pone su farol sobre una mesa forrada con hule y nos aclara.

— *Sí, señores; hay que esperar el cruce, porque no hay más que una vía de aquí pá'allá, y iá salió el tren que vuelve a Tucumán. Dentro de media hora* — agregó, consultando su reloj — *pasará el "túnel" y seguramente a las ocho estará acá...*

Continúa lloviendo finísimamente, y el frío nos parece aumentar a medida que desfallecemos de hambre y de sueño.

Felizmente, el telegrafista tenía preparada una «pava» llena de café para su desayuno. Se la hemos comprado a un peso por cabeza. ¡De aquella «pava» salieron tres grandes vasos de agua negra, caliente, con gusto a azúcar, riquísima!...

El telegrafista y el guarda hicieron luego más cantidad de aquel menjurge, imponderable, digno de dioses.

Más tarde llega una buena mujer, arrebujada en un gran manto negro, con una bandeja colmada de empanadas y empanadillas. Las empanadas son de «carne»; las empanadillas, de «dulce»... y no cuestan más que *un diez.* ¡Venga una empanada y una empanadilla! ¡Bien aventurados los que comen, y mucho más bien aventurados los que fuman! ¡El buen telegrafista nos ha obsequiado con un cigarrillo envuelto en chala, con un fuerte tabaco negro, saturado de anís!...

....

En la estación General López desciende del vagón de segunda un señor envuelto en un amplio y arrugado guardapolvo de brin, que saluda muy amablemente al diputado y se dedica a averiguar en seguida dónde puede encontrar «algo caliente» para beber o engullir.

Es un «viajante de comercio» que utiliza los coches de segunda clase para ganarse la diferencia de pasaje. Su costumbre de viajar le ha permitido dormir sobre el duro y tembloroso banco de madera. Cuando él mismo nos informa que ha dormido «lo más bien» todos nos admiramos, pero cuando agrega que hace catorce años que viaja por estas tierras y en estas «líneas» nuestra admiración se asombra y miramos al viajante como a un héroe, un héroe auténtico, para quien la cotidiana repetición del heroísmo ya le ha quitado hasta la emoción inherente al acto que realiza...

....

Aclaró ya lo suficiente como para contemplar a través del manto de la lluvia, y a través de nuestro sueño, los cerros que nos circundan.

¡Poetas, nuestros poetas de la Avenida, de la calle Florida, del Concurso Municipal, venid a ver esta maravilla!...





Demostración ofrecida por el personal docente de esta localidad a la señorita Cecilia Borja, directora de la escuela número 1, con motivo de su jubilación.

LAS AVES COMO POLICÍA DE ASEO

La población pesquera de las Islas Británicas ha declarado guerra a las gaviotas, ha clamado por el retiro del nombre de ciertas especies de la lista de las aves protegidas, por el daño que, según se dice, causan a la industria de la pesca. Las gentes que creen en las historias de los pescadores, son susceptibles de ser engañadas y guiadas hasta en los errores más funestos. La gaviota busca su alimento sólo en la superficie de las aguas y en las costas. Podrá tal vez, ocasionalmente, atrapar algún pez útil, pero decir que ella hace algún perjuicio apreciable es del todo absurdo.

Por otra parte, la presencia de la gaviota es esencial para la salud del hombre. Mientras estas aves llenan cometidos de menor importancia — tales como destruir larvas a lo largo de las costas y la de destruir algunos enemigos de los peces que quedan expuestos durante la baja marea — su principal función en la economía de la naturaleza es la de hacer la policía de las bahías y litorales, del mismo modo que los buitres la hacen en tierra firme. La destrucción al por mayor de las gaviotas en Yucatán, para obtener sus plumas, fué seguida por un gran aumento de mortalidad humana entre los habitantes de las costas, lo cual era debido irrefutablemente a la pérdida de las aves que hasta entonces habían conservado a las bahías y puertos libres de las materias corrompidas que el mar constantemente, para depurarse, arroja a las costas.



Si Vd. necesita fortificarse

no someta su salud a continuos ensayos de remedios nuevos. Tome la

"EVANDRINA"

que es el mejor tónico para fortificar su sistema nervioso.

Hará desaparecer ese hastío y mal estar que le invade.

En venta:

DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda. - Defensa 215,

sus secciones y en todas las buenas farmacias.

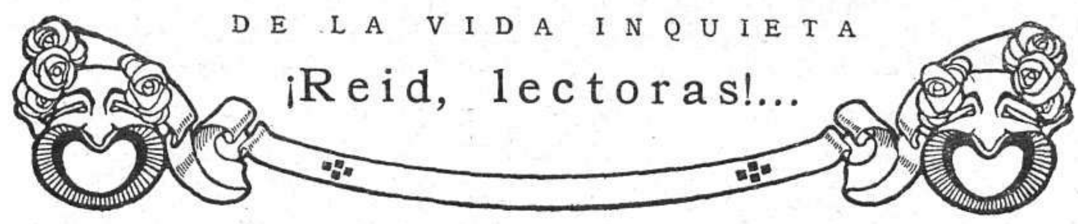
De San Fernando



Distinguidas señoritas que asistieron a la inauguración del Club de Tennis presenciando los interesantes partidos que se jugaron.

Alumnas de la escuela normal que jugaron el partido inaugural de pelota al cesto.





DE LA VIDA INQUIETA

¡Reid, lectoras!...

HACE algunas semanas cierto sabio médico alemán demostraba, en un erudito estudio relativo a los grandes beneficios físicos y morales de la hilaridad, que la raza blanca ha perdido la saludable costumbre de reír. Los dolores, los lutos, la depresión nerviosa que ha dejado tras sí la «gran guerra»; el encarecimiento de la vida que obliga al individuo a dedicar cuotidianamente al trabajo un esfuerzo extremado, y también la preocupación universalmente divulgada y arraigada de que la elegancia y el buen tono estriban en la constante represión de nuestras emociones espontáneas, ha desterrado de los pueblos occidentales al divino brujo del Buen Humor.

« Somos — escribe el profesor teutón — demasiado graves, demasiado serios, y con ello nos perjudicamos; porque la tristeza afea el rostro de la mujer y produce un efecto atónico en los centros vitales supremos. »

La observación, desgraciadamente, es harto verdadera. Hemos perdido el divino sentido de la risa: en la exhibición de películas cómicas, o en los circos ante las farsas de los payasos, el público no se ríe estrepitosamente; su espíritu reflexivo, propenso a las amarguras de la ironía, se satisface con la sonrisa; la carcajada infantil en labios de un adulto no estallará nunca. Nuestra hilaridad es contrahecha, difícil; reímos para mostrarnos amables, nada más; reímos en «e», en «i», en «u»... pero la carcajada tronitronante de los estómagos dichosos o de las almas ingenuas, el secreto de las carcajadas rabelesianas en «o» o en «a», ha desaparecido.

En nombre de la higiene y de la estética el maestro alemán aconseja ciertos masajes faciales que, al levantar las comisuras de los labios, infiltrará en éstos la inclinación al regocijo.

Este dinamismo, aparentemente tan frívolo, es precioso, y debemos cuidarlo de igual manera que atendemos al funcionamento de nuestros riñones. La vida individual es una pasmosa maraña de «reflejos»; lo que consideramos más grande influye en lo que nos parece más pequeño, todo repercute en todo, y por lo mismo, así como nuestro júbilo nos mueve a reír, un gesto risueño — aunque sea automático — de nuestros labios puede inclinarnos a la alegría. Reímos cuando estamos contentos, es evidente; pero reconozcamos también que muchas veces nos regocijamos por dentro, porque de súbito, maquinalmente, nos habíamos echado a reír.

En el Japón la risa constituye un rito. « Mis lágrimas — dice un proverbio nipón — sólo mi almohada las vió correr ». Para « los hijos del sol naciente», entre cuyas manos pequeñas acaso esté el porvenir del mundo, la aflicción es una inferioridad. El japonés siempre, aun ante la muerte, procura sonreír; los músculos de su rostro estoico parecen educados para la hilaridad y, sin advertirlo, la practican. La risa artista de Atenas renace en Tokio. Un japonés nos dirá sonriendo: « Mi madre acaba de morir; la inhumamos esta tarde; pero la presencia de usted acaba de hacerme feliz... »

El Occidente no comprende todo el heroísmo, todo el bello sacrificio, toda la dilecta elegancia también que hay en ese cuidado de no apesarar a nuestros semejantes con la exhibición de aquellos dolores que únicamente nuestros ojos deben llorar. El Occidente es triste; lo es desde hace muchos siglos, y ahora su mal parece agravarse. Lo anuncian así ciertos síntomas de rigor carcelario, de austeridad monástica, de misoginismo, en suma, producidos aquí y allá en el derivar de la vida cuotidiana. Porque es, al cabo, la mujer, manantial supremo de alegría, contra quien tales golpes van dirigidos.

En Bélgica, por ejemplo, tan apacible, tan virgiliana, el besarse «en público» acaba de ser prohibido. ¿Por qué razón?... No se sabe, pues el hecho de que dos personas se quieran y se besan no debía molestar a nadie. Los directores de la moral ambiente, sin embargo, discurren de otro modo.

Días atrás unos recién casados fueron procesados por haber sido sorprendidos besándose en un jardín público. Ellos no negaron su acción, que estimaban absolutamente natural.

— En nuestros besos — declaró el marido — sólo había ternura; somos jóvenes y nos amamos, y, por añadidura la Ley y la Religión nos han dado permiso para amarnos. Estamos dentro de lo legislado...

No obstante su alegato, el juez les condenó a pagar una multa de setenta y ocho francos. Ellos apelaron al Supremo, seguros de su derecho a ser felices, pero, con asombro del sentido común, los tribunales de Lieja han ratificado la sentencia. El beso es inmoral...

Parecida orientación misogina se observa en los Estados Unidos, tantas veces llamados — no acertamos por qué — «el país de la Libertad». Ahora es en los bailes yanquis donde acaba de penetrar una bocanada de la gran melancolía occidental.

Mr. Loft, comisario de la policía de las costumbres, en Nueva York, ha remitido a los directores de los cuatrocientos *dancings* que regocijan la vida noctámbula de la inmensa cosmópolis, una orden que prohibe bailar «mejilla contra mejilla», y que regula asimismo la velocidad de las danzas. Las artistas no deberán dar más de sesenta y seis pasos de «one-step», ni más de cuarenta pasos de «fox-trot», por minuto; y la



infracción de estas disposiciones será castigada con multas severísimas.

Los bailes demasiado lentos — en los que los norteamericanos parecen buscar una compensación, un alivio a la actividad devorante de sus horas de trabajo — han sido terminantemente suprimidos. Nadie debe bailar con excesiva pausa; tampoco hay derecho a bailar con demasiada viveza... y ambos entredichos quitan a la danza su espontaneidad, que es su gracia, su razón de ser...

Una comisión de empresarios y de bailarines — excéntricos, neoyorquinos — fué a visitar a Mr. Loft para, en consideración a sus intereses y en nombre también de la alegría pública, suplicar al celoso comisario que derogase su orden, o al menos que introdujese en ella ciertas concesiones benévolas.

Pero los comisionados agotaron inútilmente su elocuencia contra la tenacidad irreductible de Mr. Loft, quien sin duda es un mal bailarín. Son las danzas pausadas las que más le exasperan.

— Me he prometido a mí mismo — exclamó — acabar con «los balcones», el «escándalo», los abominables «shymmies» y particularmente con el «paso de camello», que nos deshonra a los ojos de los extranjeros.

Después de cuatro años de guerra, de una hecatombe sin precedente en la historia de la crueldad humana, las sociedades actuales, en vez de sentir más exaltado que nunca el deseo de abrazarse, de fraternizar, de cubrir bajo un manto de risas los viejos odios, parece complacerse en llenar nuestras horas de asueto de melancolía y de severidad.

— Es pecado besarse — dice la pobre Bélgica desangrada; sin considerar que de esos besos ha de nacer la Bélgica futura.

Y Nueva York, contesta:

— Es pecado bailar...

Entretanto el doctor Voronoff, en cuyos experimentos los sabios de todos los países tienen fija su atención, demuestra que el injerto de la glándula intersticial de un gorila joven puede devolverle a un hombre viejo el vigor de sus años mozos. El ilustre investigador ha probado que la resurrección de Fausto es posible... Pero si el amor, el aturdimiento y la risa, lo mejor de la vida, nos estan vedados, ¿para qué querremos vivir?... ¿No habrá llegado a nosotros el descubrimiento del profesor Voronoff demasiado tarde?...



EDUARDO ZAMACOIS

Una consulta de médicos da a la receta

que sintetiza la conclusión, todo el valor de la misma vida del enfermo. Por haber sabido interpretar siempre fielmente las prescripciones

conquistamos para nuestras dos farmacias

la de Defensa, 168, y la de Florida, 159, el justo renombre que gozan entre médicos y enfermos como los clásicos establecimientos en esta rama de la medicina.

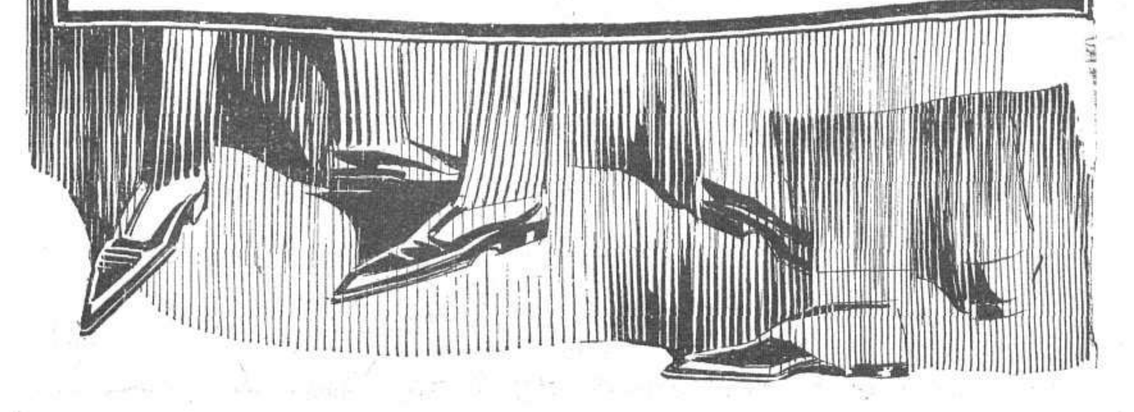
Esta es una de las causas de que tengamos clientes en los cuatro extremos de la República.

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

168, DEFENSA, 192 — Unica Sucursal: FLORIDA, 159 (Pasaje Güemes)

Unión Telefónica del 5921 al 5925, Avenida



De Huanguelén (F.C.S.)

Comisión de damas y caballeros que tuvieron a su cargo la organización de las romerías españolas celebradas en esta localidad.

PLVS VLTRA

Número de Marzo.

Aparecerá el día

3

de Abril.

SUMARIO:

Interesante nota gráfica y literaria: La casa española del señor Rogelio Irurtia, por el Vizconde de Lascano Tegui, fotos de Vargas Machuca.

Tres magníficas reproducciones a cuatro colores: Retrato de la señora Victoria Ocampo de Estrada, óleo de Anselmo Miguel Nieto. "Virgen", óleo de G. Da Cento. "Camino de la feria", óleo de Sotomayor. Retrato a dos colores de la señorita María E. Coelho Cranwell, fotografía de Witcomb. "Inundaciones", por Fernández Moreno, ilustración de López Naguil. "Bellezas del Film", por Clara Patek. Perfiles femeninos: "Nausica", por Alvaro Melián Lafinur, ilustración de Sirio. "Gauchos, Marquesas, Fadistas y Majas". "La baba de Momo", foto de Baldisserotto. "Alrededor de las trece", por el doctor Alberto Meyer Arana, ilustración de López Naguil. "Por tierras de Hungría". "Mar del Plata: Desfile de nubes". "Las dos mariposas", por Arturo Lagorio, ilustración de López Naguil. "Un amor grande", por Delfina Molina y Vedia de Bastianini, ilustración de Sirio. "La Modelo", por Rafael Símboli. "Las críticas del viejo Quilques", por Santiago Maciel, ilustración de Besares, y numerosas fotografías artísticas.

PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

PRECIOS DE SUBSCRIPCION EN TODA LA REPUBLICA

Trimestre (3 ejemplares).........	$ 3.00	m/n.
Semestre (6 »).......	» 6.00	»
Año (12 »).......	» 11.00	»
Número suelto..................	» 1.00	»

EXTERIOR

Año............................	$ oro 5.00
Número suelto....................	» 0.50

Para subscripciones o números sueltos dirigirse a todos los agentes de «Caras y Caretas», o directamente a la Administración, Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

Administración de PLVS VLTRA
Chacabuco, 151/155 - Bs. As. (R. A.)
Adjunto la suma de $..............
por un............de subscripción a
PLVS VLTRA.
Nombre............................
Dirección..........................
(99)

En las siguientes oficinas de los «Mensajeros de la Capital» se anotan subscripciones y se venden ejemplares: B. Mitre, 479; Esmeralda, 527; Libertad, 1027; Chacabuco, 330; Callao, 224; B. Mitre, 2650; Rivadavia, 1294.

VENTA PERMANENTE DE NÚMEROS SUELTOS EN TODAS LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y KIOSCOS DE LA REPÚBLICA.



Pasados los días en que culmina el veraneo mundano y en que culmina también el natural comentario que analiza sus fiestas, saborea sus pequeñas intrigas o trata de verificar el balance sentimental de la temporada — que ha alcanzado este año singular importancia, — parece como si disminuyera poco a poco esa febril agitación... se va aquietando la actividad incesante y llega la tregua bienhechora... Dura el milagro breves días, pero sabemos vivir esos días de verdadero recogimiento las que comprendemos y tratamos de interpretar fielmente las sublimes enseñanzas de nuestra religión...

Tal vez hagamos entonces «examen de conciencia» y nos interese verificar el balance exacto de nuestras actividades. ¿Cuántas horas de la temporada hemos podido substraer al poderoso engranaje de la figuración mundana? ¿Cuáles han sido las horas que hayan podido dejar a ustedes, lectoras amigas, una sola impresión de luz y de serenidad? ¿Habrán sido muchas, entre el numeroso grupo de jovencitas, las que, en medio de ese brillante engranaje de almuerzos y comidas, de bailes y recepciones, de partidos de golf, de animadas excursiones y hasta en momentos de fuerte emoción, cuando los dijes de nácar de mil colores se desgranan locamente sobre las grandes mesas de juego, hayan recordado que en aquel maravilloso cuadro, pleno de bullicio y alegría, vibra también — ¡y cuán hondamente! — el dolor humano?

He creído siempre que el alma femenina debe modelarse con el conocimiento de todas las miserias de la humana condición: si goza de las brillantes ventajas de la vida, porque así sabrá valorar los dones que atesora, y se hará digna de ellos; si el destino no ha sido pródigo para ella, y debe afrontar y vencer dificultades en su camino, porque entonces se templará su espíritu al comprobar que aun así, en su estrecha medianía, puede ofrecer apoyo y consuelo a las que sufren más que ella...

Y es que esa escuela del sentimiento, ese aprendizaje de la solidaridad humana, es muy necesaria en nuestro ambiente. Pocos días ha, al escuchar una vez más la crónica dolorosa que suele inspirar la actuación, atolondrada hasta el extremo, de algunas figuras juveniles que, aburridas de tanto divertirse, inventan extravagancias de todo género para divertirse mejor, recordaba — pues venía al caso — una conversación con cierta compatriota nuestra, dama de gran inteligencia y sólida cultura, que, esposa de un diplomático sudamericano, ha residido largos años en el extranjero, estudiando las modalidades de tal o cual sociedad del viejo mundo o de la joven América del Norte. La actuación de la *jeune fille* la ha interesado especialmente, y posee una curiosa documentación sobre las costumbres que imperan en los altos círculos mundanos de Alemania, de Suiza, como también de los Estados Unidos... E involuntariamente evoco el recuerdo de cómo llegó a establecerse entre nosotras dos — figuras de la misma época que, sin embargo, no nos conocíamos — esa vinculación espiritual que abarca inmediatamente toda una etapa de la vida: aquella en la que se modela definitivamente nuestra personalidad y que nos une por la afinidad de gustos, de creencias, de opiniones... No nos conocíamos sino de nombre; y en nuestra primera y muy íntima charla quiso referirme cómo había nacido en ella una viva simpatía por esta compatriota suya... En plena guerra, viviendo en país extraño y aislada por completo de toda vinculación sudamericana, llegó casualmente a sus manos una de estas crónicas, en las que he tratado de reflejar siempre, con toda sinceridad, las distintas fases de nuestra vida social. Y asegura ella que fué muy intensa su curiosidad por conocer a la incógnita corresponsal que, al comentar horas de bulliciosa alegría o acontecimientos dolorosos, mencionaba también — sin amargura, sin acritud — modalidades que debían señalarse... Tan tenaz fué su curiosidad que logró por fin su propósito, e inmediatamente surgió entre las que habíamos vivido tan cerca una de la otra — sin conocernos — ese sentimiento de mutua comprensión que crea tan firmes y cálidas afecciones. Pocos días después se alejaba nuevamente mi interesante amiga enviándome un libro de Dora Melegari, en que había subrayado el siguiente párrafo: « Il suffit qu'une idée plaise, console, encourage, pour que l'union s'établisse entre celui qui l'a lancée et ceux que l'ont reçue. Tel auteur, parcequ'il a dit simplement la parole qui répondait aux craintes, aux angoisses, aux doutes, aux défaillances *d'un moment*, apparait comme le meilleur et le plus perspicace des amis... » (1).

Y me place hoy repetir sus palabras en aquella prolongada charla sobre usos y costumbres, pensando que tal vez sus ideas hallen eco y se establezca un acercamiento espiritual entre ella y ustedes, amigas mías...

Lamentaba la inteligente dama el que en nuestra sociedad se encierre sistemáticamente a la jovencita que empieza a vivir en un círculo todo luz, alegría y despreocupación... « Pobrecitas — se dice generalmente; — demasiado pronto tendrán que sufrir... »

Pero es que cuando lleguen para ellas las horas de pena o de preocupación no estarán preparadas para defenderse; nada saben de luchas ni de necesidades... Se ha cultivado su belleza física, se ha cultivado su inteligencia hasta cierto punto — muchas veces sin método, — se las han dado algunas nociones de música y pintura, a veces de primorosas labores manuales, pero viviendo siempre como en un palacio encantado en que la numerosa servidumbre es esclava de sus gustos o de sus exigencias...

En su perfecto egoísmo nada saben de miserias ni de dolores...

—Pues bien—añadía mi interesante amiga;—he conocido en Suiza un brillante núcleo de jovencitas que constuían el eje de la figuración mundana; cada una de ellas había elegido un hogar humilde, al que dedicaba por obligación dos o tres horas de su día. No se trataba de remediar con una limosna su precaria situación, no. Esas niñas sabían acercarse a los desheredados de la suerte con la mejor de las generosidades: les daban parte de su vida... He visto a una de ellas — me decía — arreglar personalmente la habitación de una pobre paralítica, madre de dos deliciosas criaturas. Después de dejarlas a las dos lavadas y peinadas como dos muñecas, y de leer el diario a la enferma, volvía a cambiarse de traje para el programa mundano de la tarde, y puedo asegurar a ustedes, lectoras amigas, que esa niña — hija de un eminente personaje oficial — ni ninguna de sus amigas tendrán la necesidad de inventar extravagancias porque estén tan aburridas de las mismas diversiones que necesiten divertirse mejor...

Y esta digresión, amigas mías, ha evocado un recuerdo más: la visita que realizaba yo en otra temporada de veraneo elegante — el año pasado, tal vez... — al solárium de Mar del Plata; recorría la fila de camitas, pero en ese día parecía palpitar en aquel ambiente de dolor intenso un sutil reflejo de oro; los ojos tristes, azorados ayer, tenían luz; los labios tan pálidos sonreían... Una forma tan menuda llena de vendas, pues roía aquel cuerpecito un mal implacable, sostenía con su única manecita un bebé vistiendo largas mantillas y un diminuto biberón... En cada camita había uno de esos bebés o un muñeco vestido de marinero...

— ¿Quién ha tenido esta idea encantadora? — pregunté. Y entonces me informaron que una interesante figura juvenil había visitado el solárium, olvidando por largas horas el brillante engranaje de fiestas y de halagos. En aquellas almitas blancas, condenadas inexorablemente al dolor y a la miseria, debió perdurar el recuerdo de la luminosa sonrisa de aquella hada de rubia cabellera...

De esas almas femeninas, modeladas por el conocimiento del sufrimiento ajeno, es de las que podemos esperar nobles y generosos ejemplos; y ellas no conocerán nunca el tedio de las horas dilapidadas inútilmente....

La Dama Duende.

Los Toldos, marzo de 1923.

---

(1) Del libro *Amis et Enemis*.



Por $ 117

AL CONTADO

un lote de terreno en

VILLA VIRGINIA

CON ESCRITURAS GRATIS

LIQUIDACION DIFINITIVA

Con el fin de liquidar los ULTIMOS lotes que quedan en esta progresista VILLA, ofrecemos al público la oportunidad de adquirir uno, a su elección, de cualquier superficie y ubicación, al precio único de

$ 117 AL CONTADO

con escrituras definitivas GRATIS, ante el escribano Sr. Pascual S. Gargiulo, calle 25 de Mayo, 87, Temperley (F. C. S.), o Bolívar, 171, en Buenos Aires.

En la futura capital de la Provincia, a 25 minutos de la estación de Bahía Blanca

6600 LOTES EN VENTA PARTICULAR

Rodeados de cinco estaciones: Calderón, Bajo Hondo, Grümbein Norte, (F. C. S.) Bajo Hondo y General Arias (F. C. R. al P. B.)

Son terrenos altos y los mejores situados de Bahía Blanca, rodeados de futuros pueblos, y cuya subdivisión en lotes, al alcance de todos, hará que VILLA VIRGINIA sea dentro de poco un emporio de comercio e industria.

¡APROVECHEN los obreros que quieran construir su hogar!
¡APROVECHEN los especuladores!

Donde el Gobierno Nacional está levantando los edificios para cuarteles de la región.

¡NO SON MEDANOS NI CANGREJALES!
Garantizamos tierra vegetal.

Administración: Bartolomé Mitre, 383 - Buenos Aires

Condiciones de Venta

Envíe Vd. a la orden de esta Administración **$ 117,** en giro bancario, giro postal, valor declarado, etc., y a vuelta de correo recibirá el **Título Provisorio** por el lote que haya comprado, cuyo Título podrá Vd. convertirlo en escritura pública en el acto o cuando le convenga con sólo ordenarlo a esta Administración.

TITULOS PERFECTOS

SE NECESITAN AGENTES PARA LA VENTA DE ESTOS TERRENOS CON BUENA COMISION



MANDE ESTE CUPON

Señor Administrador de Villa Virginia: 9
Bartolomé Mitre, 383, Buenos Aires.

Sírvase remitirme planos y datos de VILLA VIRGINIA

Nombre...

Dirección...



La añejez ha puesto su sello inconfundible en el

OPORTO DOM LUIZ

ha redondeado su delicioso sabor dándole, además, una transparencia brillante, un reflejo límpido y dorado que acaricia como un rayo de sol.

Adquiera Vd. con preferencia este vino generoso y haga partícipe de esas gratas impresiones a sus amigos, que reconocerán la delicada atención de Vd. y su gusto selecto.

BUENOS AIRES, 31 DE MARZO DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.º 1278

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR

SEMANA SANTA

LA SOLEMNE PROCESIÓN DEL DOMINGO DE RAMOS



onseñor R. Copello, obispo de Aulón y auxiliar de la Plata, en medio de altos dignatarios eclesiásticos, encabezando la solemne procesión celebrada en nuestra catedral el Domingo de Ramos y precedido del sacerdote que da los tradicionales golpes a la puerta del templo. Un numeroso y devoto gentío asistió a la bendición de palmas y a la misa pontifical, funciones que se celebraron con imponente ceremonial litúrgico, acompañando los fieles al clero en la simbólica procesión que, como los años anteriores, revistió gran pompa religiosa.

FOTO DE ARROYO.



El doctor Mario Sáenz, decano de la Facultad, a cuya actitud al frente del Consejo Directivo, al firmar la destitución del secretario, doctor Quirno Costa, se deben las renuncias presentadas por un numeroso grupo de catedráticos, origen principal del conflicto.



Los estudiantes adictos al actual Consejo Directivo que se posesionaron de la Facultad, pocos momentos antes de ser desalojados por la policía.



El comisario de la sección 2.ª, señor Tello, con empleados de la misma y oficiales del Escuadrón de Seguridad en la puerta del edificio.



Uno de los estudiantes delegado por el grupo universitario que apoya la acción del decano, leyendo un manifiesto a sus compañeros.



Agentes del Escuadrón de Seguridad dispersando a los estudiantes que realizaron una manifestación de protesta contra los dirigentes del Centro Estudiantes de Derecho por haber éstos publicado una proclama en favor de los renunciantes.



Agentes de la Guardia de Infantería dirigiéndose al local de la calle Moreno en previsión de desórdenes.



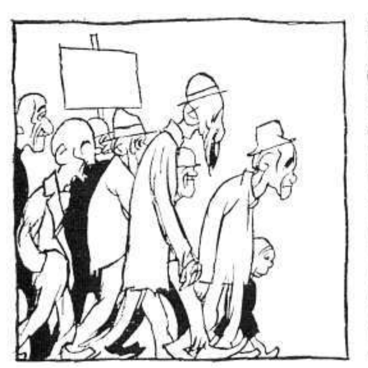
Patrulla del Escuadrón de Seguridad haciendo servicio de recorrido por los alrededores de la Facultad.



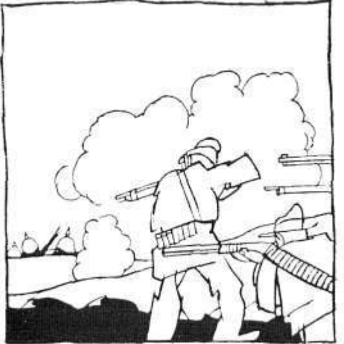
El juez de instrucción, doctor Domínguez, saliendo de la Facultad después de haber intervenido a raíz de los sucesos últimos.

DICHO Y HECHO, POR ALVAREZ

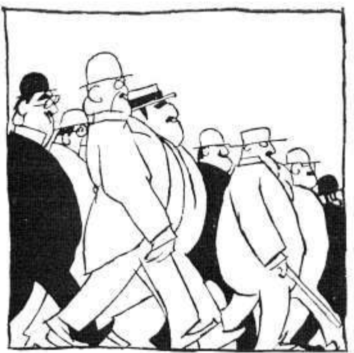
PROTESTAS



Los maestros de Jujuy protestan porque hace diez y ocho meses no les pagan.



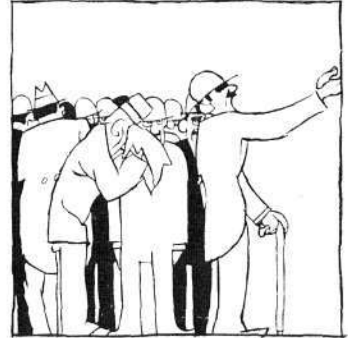
En Humahuaca protestan a balazos.



Los profesores que se han visto obligados a renunciar protestan contra la incompatibilidad de los cargos públicos.



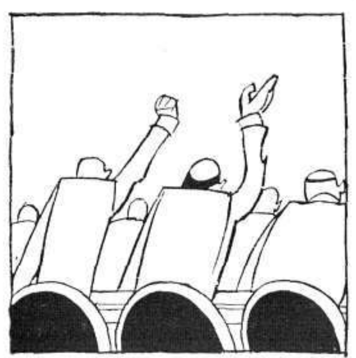
El doctor Roca protesta contra la intervención.



Los cuarenta médicos internos de la Asistencia Pública que van a ser declarados cesantes, protestan doloridos.



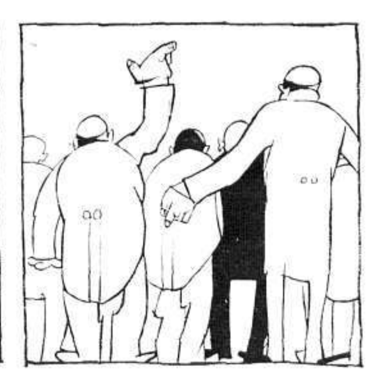
Matienzo y Le Breton protestan contra la Cámara.



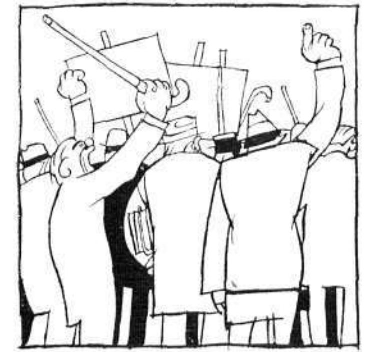
La Cámara protesta contra Le Breton y Matienzo.



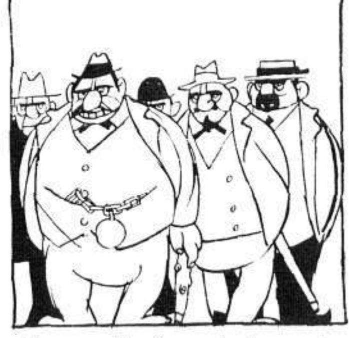
En la Facultad de Derecho, el Consejo directivo protesta.



Los catedráticos renunciantes de la Facultad de Derecho protestan contra el Consejo directivo.



Los estudiantes de la Facultad de Derecho protestan, unos contra los profesores y otros contra el Consejo directivo.



Los propietarios protestan contra la prórroga de la ley de alquileres.



Elpidio. — ¡Y yo que soy el que más debía protestar me callo generosamente!

Nuevos generales


General Severo Toranzo.


General Pascual Quirós.


General José E. Belloni.

Bodas de Plata del Colegio Nacional "Mariano Moreno"


El doctor Manuel Derqui, rector del establecimiento, rodeado de un grupo de profesores y de distinguidas personalidades con motivo de haberse celebrado el 25.º aniversario de la fundación de dicho colegio.

Homenaje póstumo al aviador Hentsch


El presidente del Aero-Club, doctor Jorge A. Mitre, leyendo su discurso ante los restos del malogrado aviador Hentsch, que fueron embarcados con destino a Marsella, acto al que asistieron representantes de nuestro mundo deportivo y numeroso público.

"Raid" interoceánico


El automovilista señor Pedro Malgor y el representante del Automóvil Club, señor Pedro Fiore, que intentan llegar hasta Chile.

Demostración


Amigos y compañeros de los doctores Sandalio A. Estrach y Antonio A. Fernández, a quienes obsequiaron con un banquete por la terminación de sus estudios.

del Ejército



General José L. Maglioni.



General Alberto Noailles.



General José E. Rodríguez.

Demostración al señor Juan B. Mignaquy



Don Juan B. Mignaquy con los miembros de su familia y significadas personas de su amistad que le tributaron una honrosa y elocuente demostración por haber cumplido las bodas de oro en su activa y proficua labor comercial.

Inauguración del pabellón de clínica médica en el Hospital de San Isidro



El doctor Manuel G. Pestaña, a cuya iniciativa y esfuerzo personal se debe la realización de la obra, leyendo su discurso.



Señora Magdalena Belaustegui de Bustamante, benefactora de la Sociedad de Socorros de San Isidro, cuyo nombre llevará uno de los pabellones, recibiendo los plácemes de la concurrencia

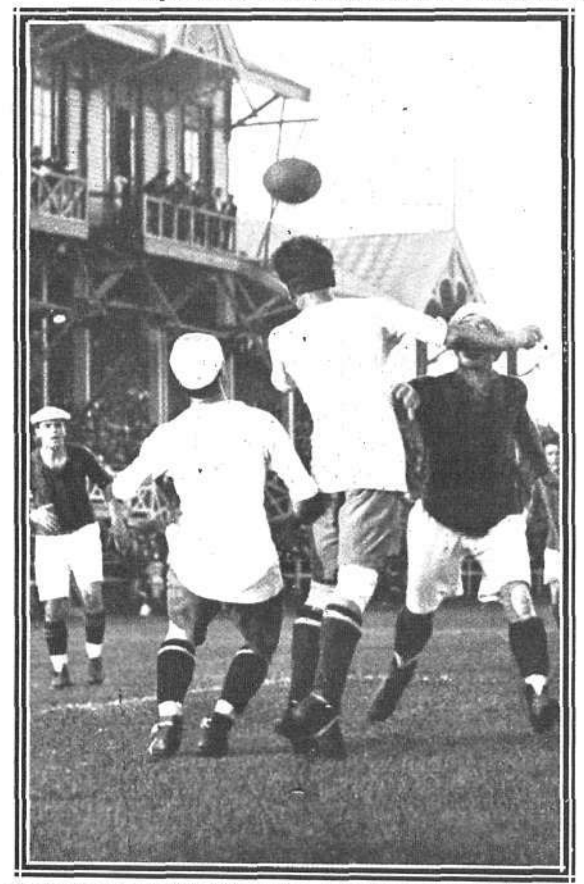


El ministro de Obras Públicas de la provincia, señor Rodríguez Jáuregui, con el doctor Pestaña y la Comisión de Damas, después de inaugurarse las benéficas salas.

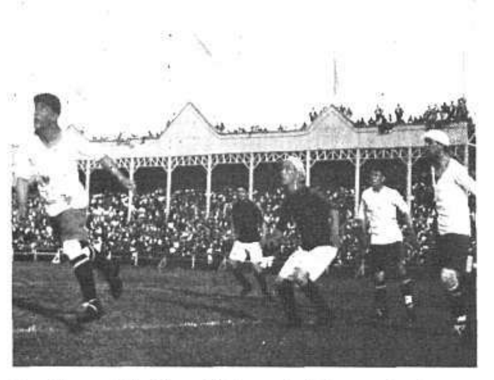
FOTOS DE ARROYO, BELL Y PALERMO

FOOTBALL

Campeonato de la Asociación Amateurs. — San Lorenzo v. River Plate



García, el centro "half" del River Plate, haciendo uno de sus ya famosos quites de cabeza, interceptando así una buena combinación de los delanteros del San Lorenzo.



La defensa del River Plate empleándose a fondo para rechazar un ataque de los contrarios.



El guarda-valla del San Lorenzo, Caldano, luciéndose en una buena atajada.



Galíndez, del San Lorenzo, señalando el "goal" de empate.



Otra buena atajada del guarda-valla del San Lorenzo.



Una interesante instantánea obtenida frente al arco del River Plate al ser "shoteado" un "corner". Tanto los hombres de la defensa como los delanteros del San Lorenzo, se esfuerzan, los unos, por conjurar el peligro, y los otros, por lograr el tanto.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

REGATAS INTERNACIONALES EN EL TIGRE

Brillante realización de la tradicional fiesta del remo



SENIOR FOUR. — Tripulación del Club Remeros escandinavos ganadora del premio "Comisión de la regata internacional del Tigre".



VETERANOS FOUR. — Bote del "Club Canottieri Italiani" que se adjudicó el premio Jockey Club.



NOVICIOS FOUR. — Remeros del Club de regatas "Montevideo" que obtuvieron el premio "Nacional Rowing Club".

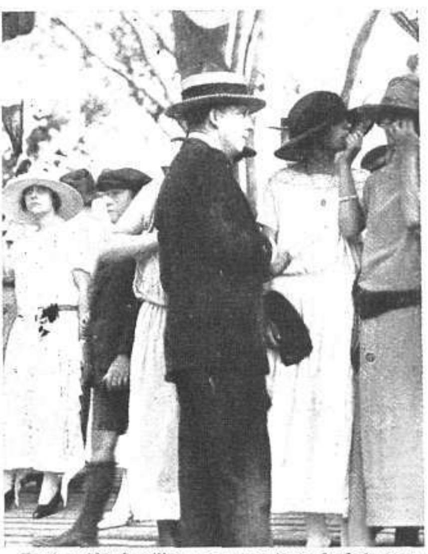


JUNIOR EIGHT. — Tripulación del Club regatas "Hispano-argentino", primero en la carrera, premio "Gobernador de Buenos Aires".



CADETES FOUR. — Bote del Club de regatas "América" que consiguió el premio "Club de Regatas San Nicolás".

FOTOS DE VARGAS



Distinguidas familias que presenciaron desde la terraza del Tigre Club las reñidas pruebas entabladas entre los hábiles remeros.



Numeroso público siguiendo los incidentes de la lucha desde las embarcaciones apostadas a ambas orillas del río Luján.



Grupo de espectadores en el muelle, comentando el resultado de las regatas, cuyo espectáculo fué en extremo lucido.

LA OBRA SANGRIENTA DE UN FURIOSO CRIMINAL



Isabel Gil Gómez, de 11 años, muerta a puñaladas por el desalmado asesino.



José Grino, de 30 años, italiano, autor de varios horrorosos *crímenes que cometió movido por la ira de unos celos de* hombre degenerado.



Elvira Valloti, de 27 años, italiana, a quien su marido hundió el puñal en el corazón.

Una vez más la crónica roja nos ofrece el espectáculo de varias víctimas inmoladas por una nueva bestia irracional con apariencias humanas.

He aquí los hechos escuetos: José Grino, domiciliado en el barrio de la Refinería, en Rosario, vivía separado de su esposa Elvira, que se le fuera del hogar por repetidos *malos tratos;* y resuelto a de nuevo atraérsela y al parecer acometido de violentos celos, se dirigió al domicilio de los esposos Gil Gómez, donde ella se refugiara. Allí la encontró, y sin que mediara palabra alguna, le clavó un puñal en el corazón. La niña Isabel, testigo de la sangrienta escena, huyó horrorizada a la habitación contigua donde se hallaba su padre, José Gil, su hermanito Juan y su *tía María Romeo de Tardio*. El asesino, al perseguir a la niña, alcanzó a María, que trató de amparar a las criaturas, y entonces fué cuando el criminal los acometió, causándoles diversas y graves heridas. Al pretender salir, sonriendo, fué cuando los vigilantes le aprehendieron.



Carolina Carbonell de Gil con sus hijos José y Héctor, que se salvaron milagrosamente de las bestiales acometidas del criminal.



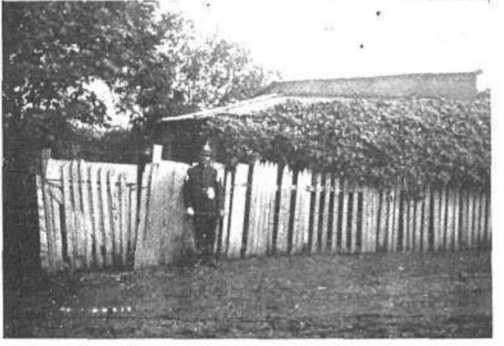
José Gil, español, ciego, fallecido en la Asistencia Pública pocas horas después a consecuencia de sus graves heridas.



Ida, José y Haydé Grino, de 8, 4 y 1 año y medio respectivamente, hijos del criminal, a quienes atiende la madre de éste en su domicilio.



Señora María Romeo de Tardio, herida de gravedad al tratar de amparar a los niños.



La casa en que fué bárbaramente sorprendida la esposa del asesino, muerta de una certera y profunda puñalada que le destrozó el corazón.



Juan Manuel Gil, de 3 años, herido solamente en un brazo debido a la defensa de la señora Tardio.

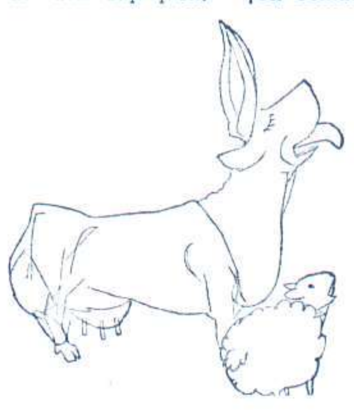
FIGURAS DE ACTUALIDAD

DOCTOR JOSÉ TOMÁS SOJO

PRESIDENTE DEL COMITÉ NACIONAL DE DEFENSA GANADERA

POR ALONSO

Como ven que trabaja con tal fe
no es difícil quizás
que las ovejas rueguen: — ¡Oh José!
y las vacas supliquen: — ¡Oh Tomás!



La Página de la Moda

Tres novedosos trajes de baño



MISS RUTH HARVEY, SUGESTIVA COLEGIALA DE LA «COLONIAL GIRLS SCHOOL» E HIJA DE UN FAMOSO MULTIMILLONARIO, LUCIENDO UNA LIGERA «TOILETTE» EN LA PLAYA DE LA TEMPORADA DE INVIERNO DE ST. PETERSBURG, EN FLORIDA.

MISS EVELYN DULIN, OTRA RICA HEREDERA QUE SE PRESENTÓ EN EL CITADO BALNEARIO LLAMANDO MUCHO LA ATENCIÓN.

MISS MILDRED MC LAREN EXHIBIENDO UNA HERMOSA Y ORIGINAL DE SEDA ESTILO ROMANO, QUE ATRAJO LA GENERAL CURIOSIDAD.



HOMBRES CÉLEBRES

VOLTAIRE

Se llamaba Francisco María Arouet. Voltaire (pronuncia Volter) es un seudónimo que este terrible satírico adoptó cuando tenía 24 años.

Le gustaban mucho los seudónimos, es decir, le convenía ocultar su verdadero nombre para huir de las persecuciones. Por eso empleó además cerca de cien seudónimos diferentes.

Puede decirse que Voltaire no es un solo hombre. Había en su alma tantas tendencias como seudónimos.

Así sucede casi siempre. Por muy bueno que tú seas, niño, cometes cada día muchas faltas y dices muchas mentiras. Si examinas tu conducta verás cómo las cosas que hace el niño respetuoso,

aplicado, no son dignas de las travesuras y maldades que momentos después realizas. Voltaire era bueno y era malo. Su biografía debe servirte de ejemplo.

Nació el 20 de febrero de 1694 en Chatenay (Francia). Su padre, deseando que el niño tuviera una magnífica educación, lo hizo ingresar en el aristocrático Colegio de Luis el Grande, establecimiento dirigido por los jesuítas. Tenía Francisco diez años y bien pronto se distinguió por su talento. Escribía versos religiosos y tradujo al francés dos odas latinas compuestas por profesores del colegio: la «Oda a Santa Genoveva», del padre Le Jay, y la «Oda sobre el verdadero Dios», del padre Lefevre. Además escribió una tragedia, obra que por no satisfacerle arrojó al fuego.

En 1711 egresa Voltaire del colegio considerado como uno de sus más brillantes discípulos. Desdeñando los estudios de derecho se dedica a la literatura. En aquella época hízose amigo de varios aristócratas viciosos y descreídos. Mucho se ha burlado Voltaire de las creencias religiosas cristianas, que consideraba como supersticiones; pero debe tenerse en cuenta que entre los nobles de entonces fué cosa corriente la impiedad religiosa. Tratábase de un mundo corrompido por el vicio que al parecer profesaba ideas católicas y en el fondo se reía de las religiones.



Cuando estudies historia verás cómo aquella sociedad preparaba por medio de sus abusos y maldades el estallido de la Revolución Francesa. Solamente pensaban aquellos nobles en vivir y triunfar a costa del pobre pueblo francés, que soportó injusticias y miserias.

El padre de Voltaire, viendo que el muchacho iba por mal camino, consiguió emplearle de secretario del embajador en Holanda. Allí hizo unas cuantas barrabasadas, recibiendo en 1713 la orden de regresar a París.

Anduvo escondido huyendo de su padre, que lo había desheredado. Al poco tiempo, para conseguir el perdón, decidióse a trabajar en un despacho de procurador. Sin embargo no quiso abandonar la literatura, escribiendo sus célebres «Epístolas» a la condesa de Fontaines. A los dos años el padre lo puso bajo el cuidado de un tío materno, quien casi encerró a Voltaire en su castillo.

Esta reclusión disimulada le sirvió para planear dos de sus mejores obras: el poema «La Enriada» y «El siglo de Luis XIV». Poco después, a la muerte de este rey, fué desterrado el joven escritor con motivo de unos versos satíricos que se le atribuyeron. En 1717 estuvo encerrado en la espantosa prisión de la Bastilla, donde terminó su tragedia «Edipo». Al salir de allí adoptó el seudónimo de Voltaire.

El «Edipo» le produjo bastante dinero, con el cual se dedicó a divertirse, sin abandonar sus estudios. A un hombre de tanto talento le sobraba tiempo para todo.

Fué amigo y enemigo de reyes y príncipes. Federico II de Prusia le quería mucho, aunque al final se disgustó con él. Escribió numerosas tragedias, comedias, poesías y libros. Burlábase de las religiones y era partidario de la tolerancia.

A más de sus trabajos literarios se dedicó a combatir los bárbaros procedimientos que usaba la justicia con los delincuentes: el tormento, la confiscación de bienes, la pena de muerte, etc. En 1763 logró rehabilitar la memoria del protestante Calás, ahorcado injustamente.

Durante veintitrés años residió en el castillo de Ferney. La gente le llamaba el patriarca de Ferney porque allí se dedicaba a hacer todo el bien que podía, abogando por los perseguidos injusta y bárbaramente. Otros hombres sólo han dejado mala fama. Voltaire supo también realizar generosas acciones.

Estos trabajos constituyen la parte humanitaria de su obra. Estuvo casi de continuo perseguido y desterrado.

La reina María Antonieta pidió a su esposo que Voltaire fuese recibido en la corte. Luis XVI consintió en que residiera en París, adonde llegó en febrero de 1778, año de su muerte. Poco antes de fallecer declaró por escrito: «Muero amando a Dios, amando a mis amigos y detestando la superstición».

Tenía un talento grandísimo y una férrea voluntad. Como poeta, literato, historiador y filósofo hizo obras magníficas.

EDUARDO DEL SAZ

DIBUJOS DE MACAYA

LA VOZ INCOGNITA

El viejo parque Lezama, de árboles corpulentos y desaliñados, con agrestes rinconadas de bosque, accidentado por sus altibajos como un pedazo de montaña y amurallado cual una fortaleza colonial, le cautivaba.

A Eduardo Velarde parecíale que esos árboles y esas fuentes, menos acicalados que los de Palermo, más humanos y democráticos, acordaban mejor con su silueta desgreñada y sus ideas en desorden...

El joven pintor, recién llegado de Francia, donde viviera algunos años pensionado por el gobierno, pasaba por una dolorosa etapa sentimental.

Sentado, displicentemente, en un banco, bajo la desmayada ramazón de una acacia, veía juguetear a los niños del barrio y pasar, en busca de apacibles rincones, a las parejas humildes unidas por el amor.

El añoso parque Lezama, de heroica ejecutoria y romántica traza, hacíale recordar Montsouris, viejo parque parisiense en el que las gentes populares suelen holgar, merendando a la sombra de los árboles como en un bosquecillo familiar.

Velarde, dejándose mecer por la pereza, pensaba. Cinco años viviera en Europa, y esos cinco años de vida, inquieta y bohemia, intensa en emociones, bastaban para hacerle extranjero en el propio Buenos Aires.

Muertos sus padres, allá en la provincia, vino a los veinte años a la capital, anhelante de conquistar la gloria, pero, sin duda alguna, no era aquí donde podía realizar su ensueño.

Militó entre los alumnos de Bellas Artes, y pronto sus telas llamaron la atención. La crítica saludó en él a un formidable paisajista, y poco a poco, el camino asperrimo se hizo llano ante sus ojos ilusionados. A los tres años escasos de lucha fué pensionado para estudiar en Francia. ¡Oh aquel tiempo dichoso, lleno de entusiasmos de arte y juventud! Fué un buen ciudadano del barrio Latino; supo de la amorosa compañía de las «midinettes» y tuvo acceso a los talleres de los pintores ilustres. Su vida parisina le fué limando las asperezas nativas, le pulió los sentimientos y las pasiones.

Pero, sin darse cuenta, en medio de aquella vida ruidosa y pintoresca, naufragó su personalidad. Sus paisajes, encendidos por el sol de su tierra natal, acusaban la sangre impulsiva de un temperamento recio. Allí en París se avergonzó de tanto aire, de tanto sol; le pareció algo cruda y primitiva esa visión de la naturaleza. Fué adquiriendo las tonalidades grises y melancólicas del paisaje francés. El delicado otoño, de ópalo y oro viejo, le inspiró telas aristocráticas, pero desabridas. Se dejó arrastrar por las influencias del ambiente y llegó a avergonzarse de la admiración que antes sintiera por Sorolla.

¡Cómo le cautivaba Corot, el poeta de los otoños en el Sena! Se enamoró de aquellos cielos lechosos, opalescentes, de aquel verde penumbroso y húmedo. Nada de plebeyo sol, de pincelazos gruesos y audaces. Suavidad, medias tintas, sinfonía en gris...

A los tres años él hizo gestiones para que le renovasen la pensión, pero el gobierno desatendió sus ruegos. Todo su orgullo de artista se reveló. ¡Ah, querían hacerle volver!... No lo conseguirían, no. Y se quedó por su cuenta y riesgo. Vinieron los días de miseria; convivió con sus camaradas y procuró ganarse la vida pintando para un «marchand de tableaux».

Pero la situación de los artistas se hacía cada vez más difícil. La guerra había acabado con los mercados de obras de arte y la gente no tenía el humor de antes para alentar la vida del artista. Fueron tiempos penosos para Velarde, pero él supo sobrellevar con energía las vicisitudes de su miseria.

Pero vino aquella maldita enfermedad; se sintió cobarde y pensó en la patria. En la legación obtuvo los recursos necesarios para el retorno, y así fué como a los cinco años de ausencia volvió a encontrarse en el Buenos Aires de sus comienzos artísticos.

El tenía parientes, pero muy lejanos, allá en la provincia. Sus amigos se habían dispersado, casi en su mayoría, y algunos de los que encontró le parecieron fríos e indiferentes. Además él no comulgaba ahora con sus caracteres, y sin saber cómo se vió aislado, casi extranjero.

Apenas estuvo convaleciente, reconfortado por el optimismo de su juventud, proyectó una exposición.

El público y la crítica acogieron con frialdad ese puñado de paisajes otoñales, enfermizos y literarios.

Aquel airilibrismo que caracterizaba su obra, aquel sol que iluminaba sus telas con una radiante alegría, habían desaparecido. Estos remansos de agua gris, enmarcados de ramajes umbrosos, bajo cielos de sutil neblina o plúmbeos atardeceres, no interesaron.

Velarde comprendió su fracaso. Miró a su alrededor y se vió aislado, y esta vez se dió cuenta de lo innecesario de su retorno.

Pasaban los días; la vida, con sus vulgares urgencias, le apremiaba. Desmoralizado, falto de orientación y ayuda, fué malvendiendo sus hermosos paisajes para sostener su modesto taller.

Le invadía una enorme pereza y su imaginación estaba siempre asediada por los recuerdos de su vida en Francia. ¿Volver? Sí, volver... Había que hacer un esfuerzo, vencer su indolencia, reunir una cantidad y emprender valeroso el regreso a esa patria espiritual, tan añorada. Pero, decididamente, le faltaban las fuerzas. Se sentía abúlico, desmayado de voluntad. Sentado, todas las tardes, en el mismo banco, aguardaba la hora del crepúsculo. El parque Lezama tenía aromas de bosque, sabor de viejo huerto conventual...

Iba hacia los miradores; abajo, la calle, anegada en sombras; la reja, custodiada por dos leones; el guarda anciano... Tras las techumbres y chimeneas de las fábricas asomaban las siluetas de algunos trasatlánticos: un pedazo de puerto, de ribera, que le hablaba de la posibilidad de marcharse.

Pero luego se desalentaba, mirándose a sí mismo. Estaba pobre, desastrado; las botas, agobiadas por el tragín, eran una ruina...

Y sonreía, irónico y amargado, como si aquellas suelas rotas le robasen el derecho a caminar...

Entró en el parque, pero se detuvo con un gesto de desagrado. Era domingo, y todos sus senderos y plazoletas estaban inundados por el vulgo.

De los columpios y toboganes ascendía una greguería de voces y risas infantiles.

Entre los árboles corrían menudas figuritas, vestidas de colores vivaces. Eran niños que se perseguían, que triscaban por los canteros, amarillos de maleza, que bajaban por la barranca, uno tras de otro, imitando donosamente la marcha de un tren...

Todo aquel alborozo pueril comenzó a interesarle. Por las avenidas del parque Lezama pasaba un aire de vida doméstica, de sana ingenuidad.

Un campanilleo atrajo su atención. Junto a un «carroussel», cuyo organillo mascaba unas notas de armonía española, se alzaba un teatrillo «Mignon». Un «guignol» como los que él viera, en ocasión inolvidable, en la feria de Neuilly.

Estaba el teatrillo al aire libre. Un centenar de sillas, circundadas por una cuerda. El escenario, rodeado de rojas cortinas, abría su boca a regular altura, y tras él, unas lonas formaban improvisada tienda, donde estaban ocultos los artistas que manejaban los títeres.

Un cartel, pintarrajeado en rojo y azul, anunciaba el espectáculo.

Encaramado en una escalera, revestida de rojas cortinas, como en un púlpito, un anciano de largas barbas blancas, tocado con un gorro de terciopelo negro, hacía tintinear una sonora campanilla.

Su voz enfática, voz de viejo barítono, se esparcía por los ámbitos del parque como una vibrante canturrea:

—¡Adelante, señoras y señores! Va a empezar el espectáculo más maravilloso del siglo... El encanto de grandes y chicos... ¡Entrad, niños, entrad!... Media hora de risa por veinte centavos... ¡Las travesuras de la negra Jacinta; las peleas del gigante Tolondrón y el gendarme Frasquito!... Hoy debut de la célebre cantante la «Bella Mariposita»... ¡Unica en sus canciones!

Y seguía con frases de esta guisa, ensalzando el pintoresco elenco de marionetas que habrían de asomar sus siluetas enanas, de actitudes nerviosas y patéticas, dialogando con voces de falsete, entre las bermejas cortinas de percal.

El viejo charlatán se retiraba después de hacer el elogio de la comedieta.

—«¡El castillo a obscuras!»... Entrad, niños, entrad.

Llovían las monedas de níquel sobre la bandeja y los asientos del teatrillo al aire libre iban siendo ocupados por un público heterogéneo, compuesto de familias burguesas, de niñeras, soldados y arrapiezos. Se confundían las cabecitas rubias y morenas y todo era ansiosa expectación en los semblantes.

Eduardo Velarde entregó una moneda y descorrió la cortina. Le atraía el espectáculo por lo ingenuo y pintoresco.

Primero fué la aparición de la negra Jacinta: un titerete de graciosos movimientos, vestido con una falda de grandes lunares. Hablaba gangosamente y decía chistes simples que hacían estallar en grandes carcajadas al concurso.

Después salió el gigante Tolondrón, vestido con una ridícula bata, con unas gafas verdes y unas anchas barbas color azafrán. Reñía con Frasquito, el gracioso gendarme Frasquito, siempre embriagado, pero que al fin y a la postre acababa por arrimarle al gigante una gran paliza, que llenaba de júbilo a la chiquillería.

—¡Yo soy Tolondrooon!... —rugía el gigante, con voz cavernosa, para intimidarlo; pero Frasquito, ágil y risueño, se encogía de hombros...

—¿Y a mí qué, señor Tolondrón? —Y le imitaba con voz chillona, en falsete, haciendo reir con su desplante.

Eduardo Velarde, contagiado de buen humor, reía también.

En la voz de los titeretes descubría el acento abaritonado del buen viejo charlatán que minutos antes agitaba la campanilla.

Junto al diminuto escenario un cartel ponía: «Gran Teatro Mignon. Dirigido por Giovanni Robino. Ultima tournée por Sud América. Se atienden funciones particulares, en domicilio». Velarde pensó en este ofrecimiento. Sin duda algunas familias ricas improvisarían el pintoresco «Guignol» en un salón de sus residencias para recreo de un niño enfermizo.

La voz cavernosa de Tolondrón, quejándose de los palos de Frasquito, cortó el hilo de sus ideas.



SE ALZÓ LA CORTINA DE ROJO PERCAL Y APARECIÓ UNA ESBELTA SILUETA DE MUJER.

Caía el telón entre los ayes del gigante, la risa burlesca de Frasquito y las carcajadas y palmoteos del público.

Vino luego la comedieta: «El castillo a obscuras». Un rey fanfarrón, un pícaro escudero, que era el imprescindible Frasquito con sus erguidos mostachos rubios; una princesa de larga cola y un bufón.

Se movían los hilos y los titeretes avanzaban, casi en volandas, doblando las rodillas bruscamente ante la la princesa. Cada personaje tenía un acento de voz diferente, pero bien se veía el ingenioso esfuerzo de Giovanni Robino. Bronco, el rey; atiplado Frasquito; malicioso el escudero; cascado el bufón. Pero la «Bella Mariposita», la encantadora muñeca que hacía en la farsa de princesa Amarinda, tenía una voz dulce, voz femenina, cálida en los raptos de amor, que llenó de encanto el espíritu del pintor.

¿Cómo era la artista que, oculta tras el escenario, ponía su voz como alma de aquella marioneta? El hacía esfuerzos de imaginación. Era deliciosa esa emoción: oír una voz adorable surgiendo hipotéticamente de aquel cuerpito enano, bien conformado.

Mariposita era una muñeca hermosa. Tenía las mejillas sonrosadas, los ojos azules, los cabellos áureos; pero a pesar de este aspecto tan rubicundo, tan de muñeca, había un detalle que cautivaba. Lucía en una mejilla un lunar, el cual ponía una nota picaresca en su rostro de princesa del norte. Iba encorsetada, ampulosa de formas como una mujer en miniatura, tan femenina y coqueta en todos sus gestos, que el pintor no apartó sus ojos de la escena. ¡Y qué dulce la voz, y cuán juiciosas todas sus palabras!

Y la imaginación exaltada del artista huía de las rojas cortinas y de las figurillas de cartón, carne de la farsa, para refugiarse tras el escenario, en ansiosa búsqueda adivinatoria de la desconocida.

En una escena de amor, cuando el castillo queda a obscuras y el pícaro escudero se disfraza de príncipe para sorprender la buena fe de Amarinda, ésta cantó una romanza.

Era una vieja y romántica romanza de Carlini, pero la voz oculta, la voz milagrosa, emergiendo tras las pintadas decoraciones, cantó con tanto fuego, con tan exquisito dominio, que la concurrencia vibró de entusiasmo.

Mariposita, cómicamente manejada por sus hilos, agradecía, con donosos movimientos de cabeza, la sincera ovación. Después, llevándose la diestra patéticamente al corazón y avanzando en un vuelo hasta las

candilejas, la bella marioneta cantó un fragmento de «La Gazza ladra».

Era delicioso ver los aspavientos de Mariposita, tan en armonía con la voz incógnita.

Velarde, arrastrado por la pendiente de las emociones sentimentales, miró con un ojo, tras el hueco de su mano, al escenario, a fin de ver únicamente a Mariposita. Así le parecía una cantante de verdad, un alma y un cuerpo, en vez del títere impulsado por hilos groseros.

¡Oh, si la voz adorable que le enamoraba tuviera por caja de su música un cuerpito maravilloso y un rostro tan bello como el de Mariposita!. Y una vez más le torturaba el pensamiento aquella incógnita. ¿Cómo sería el rostro de la artista que cantaba tras el teatrillo? Sería bonita, sí, era indudable. Una mujer con esa voz deliciosa tiene que ser bella, forzosamente bella...

Cuando acabó el espectáculo ya atardecía. Comenzaban a retirarse los paseantes y sólo quedaba un puñado de chicos dando vueltas en las calesitas...

¿Y si era fea? ¡Oh, si era fea! ¡Qué desencanto! ¿No valía, más bien, conservar la ilusión? Sí, lo mejor era respetar el secreto; conocer la voz maravillosa y soñarla en la linda muñeca...

Así Mariposita sería para él una intriga sabrosa, una ilusión, algo así como una absurda esperanza. ¿Esperanza de qué?... El lo ignoraba, pero aquella emoción le hacía dichoso.

— He encontrado una novia, pensó. Una novia extraordinaria. Tiene la voz cálida, acariciante, musical, los cabellos rubios, los ojos de cristal, el rostro de cartón... Es la novia más imposible, más hipotética, más incomparable... ¡Pero novia, al fin!...

———

Pensó en Mariposita más de lo conveniente. La voz armoniosa le llenaba los oídos, como una canción olvidada que hubiere resucitado en él.

Aguardó, lleno de ilusión, el domingo. ¡Cuán lenta la semana sin ver a la linda marioneta de la voz prodigiosa!...

Decididamente estaba enamorado. Claro está que el delicioso rostro de Mariposita no podía apartarse de sus pensamientos. Estaban ligados en su recuerdo la voz y el semblante. No podía apartar la figurilla, pues la voz sin ella pasaba a ser una sombra.

¿Pero es que un hombre se puede enamorar de una voz de mujer? Sí, aquello era el sonido de un alma; era el perfume que delata una rosa a la distancia...

Codeándose con los niños ocupó un asiento cercano al escenario. Deseaba escuchar de cerca, muy de cerca, la voz cautivadora.

Frasquito no le hizo reír. Estaba demasiado preocupado para prestar atención a sus viejos chistes.

Tres títeres, entre ellos la negra Jacinta, representaron, con graciosa charla en falsete, una comedieta titulada «Las camas volantes». ¡Cómo reían los niños al ver a aquellos dos peleles, en paños menores, buscando el lecho que los duendes del castillo hacían desaparecer...

Por fin... Era Mariposita. El la aplaudió como se aplaude a una actriz favorita. Le enternecía la visión de aquella menuda mujer, de cabellos rubios, que pasaba por la escena, cómo deben andar los ángeles, casi sin rozar el suelo.

— ¡Buenas tardes, señorita Mariposa! — decía con voz grave el gigante Tolondrón. (Era Giovanni Robino, con su voz de viejo italiano).

— ¡Ah, es usted, señor Tolondrón!... ¿Qué tal?... — (Era la voz suave, voz de alma, de la mujer desconocida).

No oía las palabras, acogía más bien la armonía, el ritmo, como una onda cariciosa.

Mariposita, aunque encarnaba a una princesa huérfana, ataviada de luto, cantó una canción alegre. Un aire andaluz, que iluminó el escenario como una flecha de sol...

Velarde entornó los ojos. Le parecía que Mariposita obedecía a sus hilos por él. Que ella se llevaba la diestra al corazón, allí en el corpiño relleno de estopa, para jurarle amor, que su voz, su voz, subterránea a veces, en alto otras; voz que, como Dios, estaba el todas partes, vibraba para él únicamente...

Y sin saber lo que hacía, atraído también como una marioneta por un hilo invisible, extendía las manos ávidas hacia Mariposita... ¡Ah, si pudiera realizarse un milagro!... ¡Si la menuda figulina creciera, así, rubia, sonrosada, con el gracejo de su lunar, haciéndose de carne y hueso! Soñaba, disparataba. Esta vez no tendría valor de esperar. Aquella voz era de una mujer hermosa, no cabía duda. El saldría de esa incertidumbre. Era, para su alma, la voz del amor. Había que despojarla de su careta y ver cómo era la mirada de aquellos ojos que él presumía grandes y obscuros...

Anochecía. El parque iba quedando casi desierto. Se corrió la cortina lateral que ocultaba la tienda y surgió la cabeza venerable de Giovanni Robino. Tocado por aludo chambergo y con flotante chalina, conservaba sus humos de antiguo artista.

— Gilda, vamos...

Velarde esperaba, ansioso... Se alzó la cortina de rojo percal y apareció una esbelta silueta de mujer. Era un cuerpo armonioso, de ceñido talle y amplias formas. Bajo el ala de un gran sombrero violeta, como una nube de crepúsculo, tamizado por el misterio de un velo, adivinábase un rostro de finas facciones.

Cogidos del brazo abandonaron el paseo. Un muchacho los seguía conduciendo una maleta de hule negro, en la que iban, quizá, los peleles de la farsa.

Velarde les seguía los pasos, a prudente distancia.

Encaminaban su andar hacia la calle Patricios; lentamente, silenciosos y ajenos a su presencia.

Haciase de noche y las luces de los arcos voltaicos encendíanse en sus fanales con un resplandor violáceo.

El pintor apresuró el paso. Deseaba verle el rostro de cerca. Cruzó la calle y se detuvo en una esquina.

Ella se dió cuenta de su curiosidad y con pícara coquetería bajó la mirada. Eduardo quedó defraudado, pues no pudo mirar a su sabor aquel semblante, borroso e impreciso bajo el velo.

Se detuvieron en un portal. Era una casa modesta y pequeña. Ella quedó algo rezagada, y, curiosa de aquel joven con aspecto de artista, lo miró a los ojos.

¡Oh, aquellos ojos negros y grandes, de mirar intenso!...

Velarde avanzó, tímido, descubriéndose, pero ella desapareció vivamente. Y quedó en la calzada, cohibido y anhelante, sin saber qué hacer...

———

Durante varios días paseó bajo sus balcones. Ella se percató del amoroso asedio y, encantada de ser amada por un artista, le alentó con miradas y sonrisas.

Una carta de Velarde, en la que, en frases muy líricas, le confesaba su admiración, fué el primer puente tendido entre sus espíritus.

Ella aceptó la cita que él le proponía.

Y fué así como una tarde, a las 6, la aguardaba él en el parque Lezama.

El pintor acudió puntualísimo; no así ella, que se dejó desear largos instantes.

Se dieron las manos, sonrientes.

— Es usted muy porfiado... He venido para evitar que continúe usted paseando tras de mí... — declaró, risueña.

— Eso sería una crueldad, señorita Gilda — protestó Eduardo.— Bien sabe usted por mis cartas lo enamorado que estoy...

— Ah, sí, de mi voz... ¡Tiene gracia!... Pero eso no basta, amigo mío... Míreme a la cara y verá que soy vieja y fea.

La contempló él, a hurtadillas. Era la primera vez que podía mirarla así, tan de cerca. Era un rostro pálido, triste, iluminado por dos ojos negros, rasgados, de largas pestañas. Tenía unas ojeras profundas y en su boca menuda, subrayada de carmín, había como un rictus de cansancio.

No era hermosa, no. Estaba consumida de tristeza, quizá de largas fatigas... Y no obstante había algo encantador en aquel semblante: la sonrisa. Una sonrisa dulce, melancólica, que dejaba ver unos dientes menudos y perfectos. Bajo aquel gran sombrero violeta, el rostro tenía un encanto otoñal...

Charlaron. El le contó su admiración desde el primer día que vió aparecer a Mariposita en el teatro «Mignon». ¡Cómo le cautivara su voz maravillosa!

Luego habló de su vida. Tenía esa franqueza de los hombres sentimentales. No le ocultó nada de su fracaso, de su penosa situación, de sus anhelos de volver a Francia.

Era la primera vez que se veían y, sin embargo, él le hizo la confidente de sus dolorosas preocupaciones.

Ella le escuchó con bondadoso interés, casi maternal, como una hermana mayor...

—¡Qué niño es usted! Perder las esperanzas a su edad es una locura... Usted debe seguir luchando; ya llegará el día en que le comprendan su arte...

—Si usted me quisiera, si usted me alentase, yo podría alcanzar el triunfo — declaró él, ingenuamente. — ¡Oh, si yo escuchase su voz adorada en mi taller! ¡Qué fuerte y animoso me sentiría!

—Yo me alegro de haberle conocido. Si en mi mano está el alentarlo, lo haré de todo corazón... Pero, eso sí, no hablemos de amor...

El protestó nuevamente. El la amaba, él, desde hacía muchas noches, no sabía otra cosa que recordarla, que llamarla en medio de su soledad...

—Es usted muy impulsivo, amigo mío. Es preciso que abandone toda esperanza; yo no puedo amarle...

—¡Oh, no sea usted cruel!... ¿Por qué dice usted eso?

—Yo soy una vieja en comparación suya. ¡Usted no me ha mirado bien!... Yo quiero que no se engañe, que no se deje llevar por la primera impresión.

Lo decía con voz melancólica, en la que se filtraba una amargura interior.

—¿Qué edad tiene usted, Eduardo?

—Veinte y siete años, señorita Gilda...

—¡Lo que yo decía!... Es usted un niño... Míreme bien y verá lo vieja que soy...

Se alzó el velo y, por primera vez, pudo el pintor apreciar el rostro de la cantante.

Estaba algo ajado, pero era bello de facciones. El carmín resucitaba la alegría de los labios y el «crayon noir» agrandaba los ojos en una sombra de misterio.

—Soy vieja, ya lo ve usted... Incapaz de inspirar amor...

—¡Oh, no diga usted eso! — protestó Eduardo.

En el fondo de su pensamiento sentía agitarse una leve decepción.

—¿Qué edad me echa usted?... Vamos a ver...

Quedó él confundido. ¡Era tan difícil, tan peligroso!...

Declaró con voz vacilante:

—Unos treinta y tres años.

—Más, mucho más...

—¿Treinta y cinco?

—Más, aún más...

—Está usted bromeando, Gilda...

—No, yo no bromeo — replicó ella, con acento triste. — Tengo treinta y ocho años, Eduardo... ¡Casi cuarenta!...

Quedaron en silencio algunos instantes. El la cogió de las manos y las besó quedamente. Ella quiso rechazar la galante caricia, pero los ojos de él la miraron suplicantes...

—¡Oh, qué niño es usted!

Alentada por aquel amor, que le salía al paso, cuando ella comenzaba a ocultarse bajo el velo; cuando toda ilusión había quedado abandonada a orillas del camino, su alma se hizo sonrisa en los labios. Y aquella sonrisa era una resurrección de toda ella...

Le contó su vida. No era hija de Robino. Su madre, una celebrada cantante española, había sido amante de aquel buen viejo en los buenos tiempos de Giovanni, cuando éste aún conservaba su hermosa voz.

Murió su madre, y ella, Carmencita, como era su nombre de pila, quedó sola en el mundo. Robino la quería como hija. Ella no había conocido otro padre. Juntos viajaron por toda Europa, por América. Pero vino la vejez; Robino era un derrochador, se extinguió la voz en su garganta y luego les rodeó la miseria. Ella quiso cantar en teatros, pero él se lo prohibió. Tenía celos de todo. La quería pura, siempre a su lado. Si ella hubiera triunfado, quizá él la hubiera perdido para siempre. Y este temor le hizo egoísta.

El tuvo academia de canto, pero aquello le aburría. Su temperamento era bohemio. Un buen día discurrió aquello del teatrillo «Mignon». Era un medio simpático de ganarse la vida... Así habían recorrido muchos países y no podían quejarse. Giovanni iba guardando ahorros, que la dejarían a ella, más tarde, a resguardo de la miseria.

Era ya de noche y aún conversaban.

Se vieron todas las tardes, y a la semana sus almas estaban compenetradas de iguales sentimientos e ideales.

¡Con qué alegría aplaudió aquel domingo la aparición de Mariposita!... ¡Cuánto le deleitaba oir la voz, ahora amiga!...

—Carmen — él la llamaba Carmen — es preciso que vayas a visitar mi taller. Tengo deseos de que conozcas mi labor de artista...

Ella prometió ir, y así lo hizo.

El la recibió con todos los honores de su entusiasmo. Ella fué aplaudiendo con el mirar inteligente de sus negros ojos, y con sus dulces sonrisas, aquel puñado de telas exquisitas que acusaban un refinamiento extraño.

—Eres un pintor admirable... ¡Un poeta, un verdadero poeta!...



El, entusiasmado, le propuso hacerle un retrato. Con aquel mismo sombrero violeta, como una nube crepuscular sobre su rostro romántico...

Ella aceptó, jubilosa. Todas las tardes, inventando pretextos, huía de la vigilancia de Robino para acudir a las citas en el taller de Velarde.

Y surgió la obra, admirable, llena de inspiración. Sobre las rodillas, como una madre sosteniendo a una hijita en su regazo, aparecía Carmen, sustentando la pequeña marioneta rubia. Eduardo había tenido el capricho de pintarla así: en compañía de la Bella Mariposita...

Se amaron con esa pasión dolorosa con que se aman los artistas. Carmen puso en su amor todo el fuego de su corazón; en todos sus gestos había ese ardor de despedida que ponen las mujeres crepusculares.

—Tú ya no me quieres — se quejó Carmen. — Para ti he sido un capricho. Te veo distraído, hastiado, falto de ilusión...

Eduardo protestó débilmente. Desde hacía un mes se sentía extraño. Se aburría de todo; había como una sombra de cansancio en todas sus actitudes.

Ella lloró amargamente.

—Yo tengo la culpa. No debí oir tus palabras; no debí amarte... Ahora, estoy segura, te has cansado de mí, y me encuentras fea y vieja. Ha caído la venda que te cubría los ojos...

—No seas loca, mujer. Yo te quiero siempre lo mismo. Estoy triste, descorazonado, no lo niego; pero tú nada tienes que ver con esto... Es una racha que luego pasará...

Ella lo miraba, entre amante y maternal.

—¡Pobre niño mio! Tú mismo no sabes conocer tus sentimientos... Esto es el principio del fin... Por este camino de hastío y de silencio se va a la separación...

El protestaba, pero ella sonreía, amargada.

—¡Y debe ser así! Cada año que pasase iría separándonos... En diez años más yo seré una vieja; tú, en cambio, serás un hombre joven, en la plenitud de tu vida...

Y como para ahondar la distancia, ella hizo alarde de su vejez prematura, luciendo las canas que asomaban entre sus negros cabellos.

Era un caso de psicología. Hay mujeres que defienden los restos de su juventud; que ocultan los estragos

del tiempo bajo los afeites y que, cuando tienen un amante, procuran retenerlo en sus redes por todos los medios...

—Yo soy no así—decía Carmen.—Yo quiero que te convenzas de lo vieja y fea que soy... Que me rechaces, que me odies... Si llego a serte indiferente, podré curar con orgullo y olvido esta herida...

Y lloraba, lloraba ante la catástrofe...

—Tú ves visiones, Carmen... Yo te amo y te amaré siempre...

Pero lo decía con desgano, con desmayo, y el pensamiento, sin saber por qué, se alejaba de ella...

Una tarde, Carmen le propuso romper.

—Es preciso que esto se acabe, Eduardo. Será para los dos el recuerdo de un buen sueño de amor... Yo te querré, a distancia, te escribiré como una vieja amiga y te alentaré siempre con mis palabras llenas de fe...

El se enterneció al oir esta renunciación, y las lágrimas brillaron en sus ojos...

—Perdóname, Carmen... Yo no sé lo que me pasa. Debe ser nostalgia de París; anhelos de obtener triunfos; de pintar obras admirables, que se agitan en mi imaginación...

Ella, impulsada por la esperanza, le acarició los revueltos cabellos...

—¿Es que mi voz ya no te inspira, Eduardo?

Había tanta dulzura en aquel acento que él, emocionado, la cubrió de besos.

—Canta, canta, quiero oirte...

Y ella cantó la romanza de Carlini, que le oyera por primera vez.

—Tengo un capricho, Carmen... Tú no me lo negarás. Quiero que traigas, mañana, a Mariposita...

Al día siguiente, entre risas y besos, ella organizó la farsa. Oculta tras una cortina cantó y dijo donosos disparates, manejando con habilidosa maña los hilos de la rubia marioneta.

El aplaudía con una alegría infantil... Parecía que todos sus entusiasmos renacían...

—Eres encantadora, Carmen; eres graciosísima...

Pero ella, ensombrecido el rostro de tristeza, lloró en silencio...

—Vamos, ¿qué te pasa?... ¿Te entristece ahora mi alegría...?

—Sí, Eduardo. Tú amas mi voz; pero tu imaginación ama a Mariposita; es decir, amas en ella la juventud que encarna. Tú quisieras una mujer joven y alegre; una mujer que te hablase y cantase como yo, pero que no tuviesa el rostro marchito... Ese es el secreto de tu aburrimiento. Tú eres bueno, y no alcanzas a comprenderlo. Pero yo adivino en ti todos tus sentimientos. Tu frente es clara como la de un niño...

Quedó pensativa largos instantes. Luego, obedeciendo a una resolución, se alzó del asiento. Estaba pálida; dolorido el rictus de los labios, húmedos los ojos.

—Adios, Eduardo... Mañana no me esperes...

—¿Por qué? ¿Es que te vas enfadada?

—No, Eduardo... No me preguntes nada... ¡Adiós!...

Y salió del taller, después de besarlo rápidamente, llevando en los brazos a Mariposita en su caja de cartón...

Al día siguiente no fué. Había cumplido su palabra. Eduardo, preocupado y triste, rondó su casa. Fué al parque Lezama, pero en aquellas tardes de lluvia el paseo estaba abandonado. El teatrillo «Mignon» abría la boca de su escenario como en un gran bostezo.

La esperó dos tardes, pero no acudió a la cita cotidiana.

Se paseaba nervioso, casi llorando, por su taller. Allí, frente al caballete, le sonreía su figura, en la tela, sosteniendo a Mariposita sobre las rodillas...

Aquella noche vagabundeó por las calles, dolorido, comprendiendo que la amaba intensamente. ¿Qué importaba su rostro pálido, qué importaban aquellas canas? Ella era bella, joven todavía; sabía reir con tanta gracia y mirar tan hondamente...

Se reprochó a sí mismo. El tenía la culpa de su enfado. Le suplicaría el perdón de rodillas...

Al siguiente día recibió una carta. Era una larga carta, impregnada de desgarradora tristeza.

«Tú no te imaginas mi dolor. Ha tenido que reunir todas las fuerzas de mi quebrantada voluntad para tomar esta resolución extrema. Te abandono, como abandonan las malas mujeres. Pero yo no soy mala. ¡Bien sabe Dios lo que te quiero! Pero lo juicioso, lo humano, es esto. Me consuela ser yo la que te deje. ¡Me hubiera dolido mucho más que hubieras sido tú!... Sé que llorarás, que te desesperarás, porque eres muy niño. Pero, por fortuna, eres joven. Ya encontrarás en tu camino una Mariposita rubia, que te alegre la vida... En cuanto a mi voz, pronto la olvidarás. Estoy segura de ello... En cambio, estoy cierta de que más tarde sabrás apreciar este sacrificio mío... La castigada, la herida para siempre, soy yo; yo que no te olvidaré nunca, nunca...»

Velarde lloró desconsolado. ¡Oh, eso no podía ser!...

Era domingo y ella debería estar en el teatro «Mignon». La iría a ver, le suplicaría el perdón; se casarían, sí, se casarían, y así nunca podrían separarse...

Entró en el parque Lezama. La gregueria de los niños se alzaba como una canción.

Encaminó sus pasos hacia la plazoleta donde giraban las calesitas al son del organillo. El corazón le dió un vuelco. El teatro «Mignon» había desaparecido; quedaban de él unos cuantos maderos y lonas desarmados...

Se dejó caer en un banco, casi desvanecido... Primero fué una opresión en la garganta; luego, un sollozo lento y silencioso, como una ola de amargura, invadiéndole el pecho...

¡Oh, no podía irse así!... ¡Aquello era demasiado cruel!

Corrió a la casita de la calle Patricios, y allí le informaron que el señor Robino y «su hija», habían marchado el día antes para el Brasil.

Llegó a su taller, desconsolado.

—Señor Velarde; una señorita estuvo esta tarde a verle. Entró al taller a dejarle una carta—le dijo la dueña de casa.

Fué un instante de esperanza. Rasgó el sobre, nerviosamente. Era de Carmen. Una despedida llena de dolor, de desconsuelo...

«Me voy para siempre, Eduardo mío. Perdóname y olvídame...»

Se le cubrieron los ojos de lágrimas. Corrió el biombo que ocultaba su lecho y se dejó caer en él, desfallecido... ¡Oh, qué era aquello que había entre las almohadas!

Era Mariposita, la amada marioneta, recostada en su lecho, ataviada con su más suntuoso vestido de princesa.

La tomó entre sus brazos, como se hace con un hijo, y la besó como si tuviera vida...

Carmen le legaba la muñeca que le cautivara en el teatrillo «Mignon». Aquella figurita romántica, en la que ella ponía el milagro de su voz incógnita.

Tiró de los hilos y Mariposita le sonrió, llevándose la diestra, amorosa, sobre el corazón; allí en su cuerpito relleno de estopa.

Pero ya no la acompañaba la voz amada; el acento de la mujer artista.

Era una muñeca muda, sin alma; una simple mujer de cerebro hueco, sin palabras...

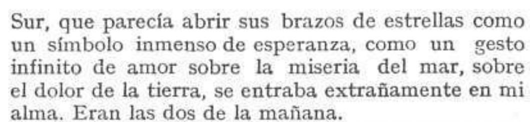
Renació la congoja y el llanto volvió a los ojos... Quiso tirar de los hilos, nuevamente, pero su mano torpe los enredó, rompiéndolos... ¡Y Mariposita quedó inerte, sin vida, arrojada sobre el lecho como un cadáver de cartón!

DIBUJOS DE BESARES

EDGARDO GARRIDO MERINO

F I N





LOS SIETE TRIPULANTES

Por HECTOR PEDRO BLOMBERG

Esta historia la he contado muchas veces, en diversas ciudades, en variados puertos, y la mayoría de las gentes que la han escuchado no la han creído. Pero yo juro solemnemente que lo que cuento aquí es verdad. Los hechos, por más extraños que parezcan, sucedieron del modo que yo los relato, hace siete años justamente.

Fué a bordo de un brick americano, el «Martha Williamson», matrícula de Charleston, un velero bastante viejo, que arrastraba sus viejas maderas por las costas de la América del Sur cargando salitre, hierro viejo, máquinas nuevas, algodón, café, cueros... Me nombraron oficial a bordo de este desdichado barco, y pisé por vez primera sus carcomidos puentes una mañana de invierno, en los muelles agitados de Charleston. Me hizo mala impresión, lo confieso. Hacía más de dos años que no lo pintaban. Parecía un barco atacado de lepra...

Dejamos parte del cargamento en Montevideo, y seguimos viaje al Sur. Debíamos cruzar el estrecho y llegar hasta Antofagasta, por nitratos.

El «Martha Williamson» había salido de aguas norteamericanas en el invierno. Era también en invierno cuando las marejadas furiosas y crueles empujaban al podrido velero en las entrañas siniestras del Magallanes. Perdimos varios hombres, cuatro o cinco, en los canales. ¡Pobrecitos! Es necesario haber sido marinero para comprender lo que significa estar a bordo de un viejo barco de vela en una zona de tempestades como es la entrada del estrecho durante todo el año.

Yo solía pensar, algunas veces, que estábamos viviendo la leyenda del capitán Vandervecken y el buque fantasma que nunca pudo doblar el cabo de Ultima Esperanza.

Los marineros que quedaban, finlandeses, noruegos, dinamarqueses, y un puñado de negros de Nueva Orleans y de Cuba, estaban desmoralizados después de la desaparición de sus pobres compañeros. Además, el trabajo brutal, incesante, les enfurecía cada vez más.

En mitad del estrecho, al cabo de un mes largo y espantoso, entramos en una zona de calmas. Las aguas se extendían, inmensas, transparentes y serenas, por todas partes. Tan sólo el soplo de las brisas heladas nos recordaba donde estábamos...

¡Pobrecitos! Yo los dejaba dormir a los dinamarqueses, noruegos y finlandeses. El «Martha Williamson» navegaba a medio trapo en aquellas aguas tranquilas y profundas.

¡Las noches del estrecho de Magallanes! Sólo pueden compararse a las noches de las costas del Africa Occidental, radiantes, silenciosas; arriba todas las estrellas de la Vía Láctea se encienden sobre la miseria, la tristeza y el cansancio de los marinos; abajo se siente, bajo la quilla de los barcos, el beso de los océanos...

Una de esas noches, estando de guardia, sorprendí dormitando al timonel. Era un negro de enorme estatura, un cubano. Me dió lástima. Le desperté del todo, en la noche magnífica, y le dije que podía irse a dormir. Yo me quedé junto al timón, bajo las estrellas. El «Martha Williamson» rolaba un poco, como rolan todos los barcos viejos, y el «Martha», además, estaba mal estibado desde que salimos de Montevideo. El suspiro jadeante del estrecho llenaba la noche inmensa del Sur. Ibamos, como he dicho ya, a medio trapo. El sortilegio de la noche, el resplandor extraordinario de la Cruz del Sur, que parecía abrir sus brazos de estrellas como un símbolo inmenso de esperanza, como un gesto infinito de amor sobre la miseria del mar, sobre el dolor de la tierra, se entraba extrañamente en mi alma. Eran las dos de la mañana.

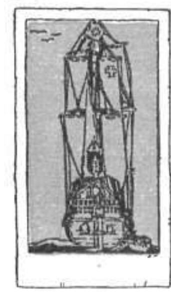
Fué entonces cuando mis ojos adormecidos presenciaron un extraño espectáculo: un barco espectral navegando en el misterio azul de la noche, sin luces y a medio trapo como nosotros. Creí que se tratara de un sueño. Recuerdo claramente que vi siete hombres extraños, horribles, transparentes como fantasmas, que estaban encaramados en la arboladura, empeñados en la faena de recoger una de las grandes velas que el viento helado y alevoso del Antártico empezaba a hinchar en la proximidad del alba...

No sé cómo fué, pero me quedé profundamente dormido. Acuérdome que cuando mi cabeza cayó sobre la rueda del timón, el «Martha Williamson» rolaba fuertemente bajo el soplo del viento glacial... Me dormí arrullado por el sortilegio de la noche magnífica; cometí uno de los crímenes mayores que puede cometer un marino mercante, un hombre a quien se le confía la vida de sus humildes compañeros y la fortuna de sus armadores. Me dormí en el timón, con la visión del buque fantasma en mis pupilas, de los siete tripulantes espectrales recogiendo la gran vela en la brisa huracanada del alba, en la maniobra que yo debía haber dispuesto en ese momento bajo peligro de que el «Martha Williamson» se tumbase en medio del estrecho de Magallanes, y se fuera a pique quizá...

Desperté bruscamente dos horas más tarde. La guardia, que debía haber sido relevada a las cuatro, no lo había sido. Estaba amaneciendo una de esas madrugadas gloriosas y deslumbrantes del estrecho, que llenan de gloria el alma de los hombres, en que los cielos parecen jugar con todas las maravillas de la creación y los míseros marineros se conmueven ante el gran espectáculo que no comprenden, advirtiendo tan sólo que se hallan en presencia del Creador...

Como decía, la guardia no había sido relevada. Los tripulantes del «Martha Williamson» dormían profundamente, como pueden dormir los marineros de un pobre velero que ha logrado entrar sano y salvo en el estrecho. El viento soplaba con furia creciente, en el amanecer grandioso y helado, pero el «Martha Williamson» no rolaba... Miré hacia arriba: manos misteriosas y providenciales, en la bruma del alba, habían arriado la mitad del velamen: habían realizado la maniobra necesaria para que el barco no se fuera contra las horribles rocas de la orilla...

Pálido de terror, volvió a mi memoria la visión del barco espectral que había visto pasar, bajo la gloria deslumbrante de las estrellas, cuando me iba quedando dormido junto a la rueda del timón; volví a ver, distintos y espantosos, los siete marineros fantasmas... ¿Habían sido esos siete espectros los que habían realizado la maniobra a bordo del «Martha Williamson», salvándonos a todos nosotros de la muerte y al barco de su segura perdición, mientras todos dormían a bordo? Hasta hoy, siete años después, sigo creyendo que sí. Las gentes dudan cuando yo lo cuento, mueven la cabeza, algunos se ríen, como insinuando que yo estaba borracho cuando vi el barco fantasma y sus siete tripulantes.



¿De dónde había salido ese barco? ¿Sería uno de los innumerables veleros perdidos para siempre en las soledades inmensas del estrecho, desde hace cientos de años?... ¡Quién sabe!...

Juro que todo esto es verdad.



Niño de Spinedi Viega

Carlos Alberto Gallani

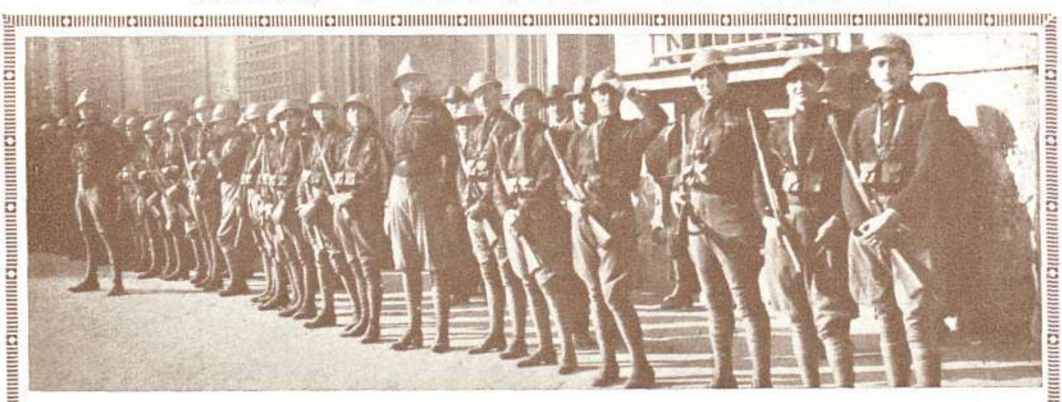
FOTOS DE BIXIO

María Matilde Legna Maquieira



LA ABUELITA DEL CONVENTO

POR ALONSO



La milicia nacional creada a iniciativa del actual jefe del Gobierno prestando servicio de guardia, por la primera vez, frente a la Cámara de Diputados.



El rey Víctor Manuel en el cuartel del 81.° Regimiento en compañía de algunos generales del Estado Mayor del Ejército durante su visita de inspección.



El honorable Mussolini presenciando el desfile de los soldados que componen los nuevos cuerpos de milicia, juntamente con sus principales jefes.



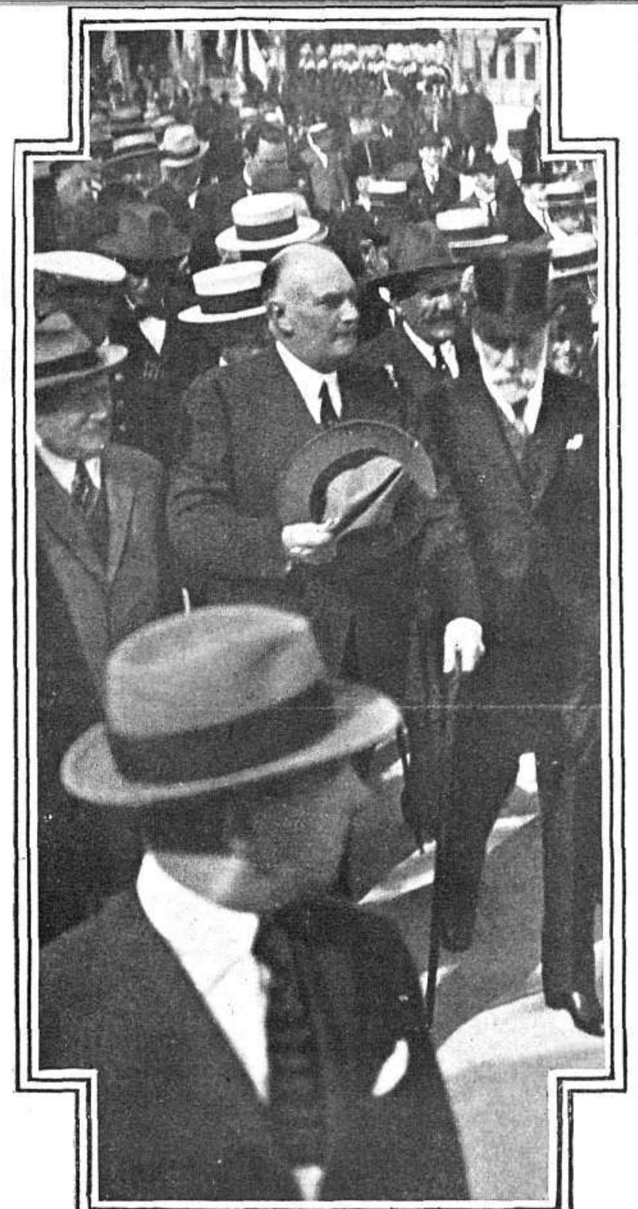
Los boxeadores Ermindo Spolla, italiano, y Tom Cowler, inglés, momentos antes de efectuarse el gran "match" en el teatro Adriano.

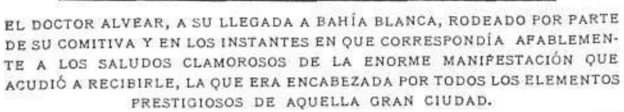


El pugilista italiano logra vencer a su fuerte adversario el británico por "knock out" al sexto "round", siendo recibida su victoria con grandes aclamaciones por el numeroso público.

FOTOS ENVIADAS POR NUESTRO CORRESPONSAL

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA EN BAHIA BLANCA





EL DOCTOR ALVEAR, A SU LLEGADA A BAHÍA BLANCA, RODEADO POR PARTE DE SU COMITIVA Y EN LOS INSTANTES EN QUE CORRESPONDÍA AFABLEMENTE A LOS SALUDOS CLAMOROSOS DE LA ENORME MANIFESTACIÓN QUE ACUDIÓ A RECIBIRLE, LA QUE ERA ENCABEZADA POR TODOS LOS ELEMENTOS PRESTIGIOSOS DE AQUELLA GRAN CIUDAD.



EL PRIMER MAGISTRADO LEYENDO SU PATRIÓTICO DISCURSO EN EL LUCIDO BANQUETE QUE LE OFRECIÓ LA MUNICIPALIDAD.



EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA EN SU VISITA AL COLEGIO «DON BOSCO», ESCUCHANDO EL DISCURSO DE BIENVENIDA PRONUNCIADO POR EL DIRECTOR.



EN EL CLUB ARGENTINO. — EL DOCTOR ALVEAR ACOMPAÑADO DE LOS ELEMENTOS MÁS CARACTERIZADOS DE AQUELLA REGIÓN Y MOMENTOS DESPUÉS DE HABER CONCEDIDO NUMEROSAS AUDIENCIAS.



CABECERA DE LA GRANDIOSA MANIFESTACIÓN DESEMBOCANDO EN LA PLAZA DE RIVADAVIA EN HOMENAJE UNÁNIME AL DOCTOR ALVEAR, DE CUYA SIGNIFICATIVA VISITA DE INSPECCIÓN ESPERAN FUNDADAMENTE EN AQUELLA COMARCA QUE SE TRADUZCA EN BENEFICIOSOS ADELANTOS PARA EL PROGRESO MATERIAL Y CULTURAL DE TODA LA RICA ZONA DEL SUD.

UNA BELLA Y PATRIÓTICA MANIFESTACIÓN DADA POR UN GRUPO DE DISTINGUIDAS SEÑORITAS BAHIENSES AL PASO DEL DOCTOR ALVEAR POR LAS CALLES DE LA CIUDAD. EN LA PRECIOSA EXPRESIÓN DE ALBOROZO, EN EL ENTUSIASMO CON QUE SON ARROJADAS LAS FLORES, BELLO TRASUNTO DE UN APLAUSO AMPLIO Y GENTIL, ESTÁ INTERPRETADA LA CALUROSA ACOGIDA DISPENSADA AL PRIMER MAGISTRADO DE LA NACIÓN.



EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, DESPUÉS DE OÍR, VISIBLEMENTE EMOCIONADO, EL DISCURSO QUE UNA ALUMNA DEL COLEGIO «MARÍA AUXILIADORA» PRONUNCIARA DURANTE LA VISITA QUE HIZO AL ESTABLECIMIENTO, LA FELICITA EFUSIVAMENTE.



EL DOCTOR ALVEAR Y LOS MIEMBROS DE SU COMITIVA RODEADOS POR LAS AUTORIDADES, LOS REPRESENTANTES EXTRANJEROS Y CARACTERIZADOS VECINOS, EN EL SALÓN BLANCO DE LA MUNICIPALIDAD, DONDE SE OFRECIÓ UNA RECEPCIÓN EN SU HONOR A SU LLEGADA A LA CIUDAD.

I.er ANIVERSARIO DEL "DIARIO DEL PLATA"

DIARIO DEL PLATA

PORTE PAGO

INDEPENDIENTE E INFORMATIVO DE LA TARDE

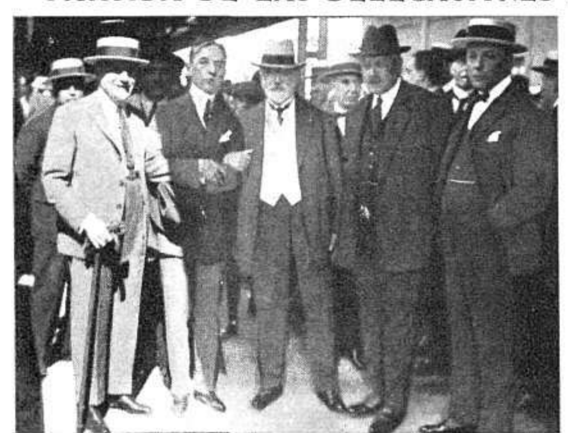


Señor Tito L. Foppa, director de nuestro colega "Diario del Plata".



El señor Foppa rodeado de los redactores y empleados de su diario con motivo de haberse cumplido el primer aniversario de su fundación. Nuestro colega ha logrado acreditarse y popularizarse merced a sus inteligentes campañas periodísticas.

PARTIDA DE LAS DELEGACIONES AL CONGRESO PANAMERICANO



El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo, y los delegados uruguayos a la Conferencia Panamericana de Santiago de Chile, despidiéndolos en la estación Retiro.



Nuestro canciller en compañía del doctor Buero, delegado uruguayo a la Conferencia internacional de Chile, del delegado argentino doctor Saguier y de otras personalidades.



El senador Fernando Saguier, uno de nuestros representantes diplomáticos en las sesiones panamericanas de Santiago, conversando con el intendente municipal, doctor Noel.

FOTOS DE VARGAS Y ARROYO

¡TODAS LAS EDADES DEJANDO LA ESCUELA!

ABRIERONSE LAS AULAS

LAS RISUEÑAS NORMALISTAS, PONEN UNA BELLA NOTA DE JUVENTUD EN LAS AULAS SILENCIOSAS HASTA AYER



BAJO los plátanos de la calle Córdoba se siente un vuelo de palomas. Son las colegialas que dejan las aulas y vuelven a la libertad en un parloteo sin fin. Unas, por aplicadas, hablan de los libros, otras repiten la lección y otras comentan lo serios que son los estudiantes de medicina que estudian en la misma calle....

Un cuarto de hora antes, frente a las puertas cerradas de la Escuela Normal, han ido agolpándose, una tras otra, las elegantes sirvientas que las estudiantas jóvenes reclaman para llevarle la poderosa cartera







LA SONRISA ES UNA FORMA DEL GENIO FEMENINO EN LA COLEGIALA...



¿ESPERANDO, QUÉ?...



EL TRANVÍA ABSORBE LAS ESTUDIANTES, Y PARECE «LA CARROZZA DI TUTTI» UNA ESCUELA CON RUEDAS...

cargada de libros. ¡Nada tan decorativo, como una sirvienta de blanco vestida, y una cartera repleta de volúmenes! ¡Y nada tan superfluo! La cartera debe ser de charol y la sirvienta debe ser joven, más bien baja, para dejarle la línea a la patrona.

Los curiosos se van deteniendo ante el espectáculo de risueña juventud, de esperanza y promesa del porvenir que irrumpirá por esas puertas, desbordará las veredas, asaltará los tranvías. Por razones obscuras, un vigilante disforme por la función, viene a instalarse de dueño y señor de la vereda. ¿Quién es usted y qué busca?, indaga a todo el que se detiene. Está prohibido pararse. Hay que seguir. Corremos el riesgo de la tentación y ¡guay! de mirar hacia atrás nos convertiremos en estatuas de sal. El vigilante es turco y sabe lo que hace. Lo ha hecho así en Turquía, cuando era joven. Ya he dicho que tiene la cara desformada de cuidar. Y como si no fuera bastante amenaza para los Don Juanes prematuros, los porteros también vienen a preguntarnos ¿que es lo que queremos?





LA PERFECTA COLEGIALA



... NO HAY, EN CAMBIO, GENIO MÁS INDISCUTIBLE QUE EL DE LA JUVENTUD. ES EL ÚNICO QUE NO SE NECESITA DEMOSTRAR.

La muchedumbre de colegialas nos impide contestar. El fotógrafo ha perdido el seso. Saca una fotografia acá, otro clisé allá. ¡Son todas tan bonitas! Son la juventud, son «la beauté du diable», como dicen los franceses.

Pero no hay que mirarlas en el espejo coqueto en que ellas se miraron antes de salir, furtivamente, por los corredores. No. Esas niñas son las terribles mujeres intelectuales de quien huyó el mundo antiguo. Sus abuelas no le hubieran permitido saber tanto. Creían que el saber afeaba, sin sospechar que las hacía fuertes para la vida y sanas para la raza y la humanidad.

Ya se ha abierto el torneo para todo el año. Cambiarán de trajes y de color con el tiempo, pero a la hora de su salida de clase, siempre será la misma alegría, la misma esperanza que cantará en las calles, su derecho de salud, la alegre camaradería de las maestras de mañana, las madres múltiples que modelarán a los niños del porvenir y crearán en su alma, el concepto de la bondad y de la belleza.

ARGUS.

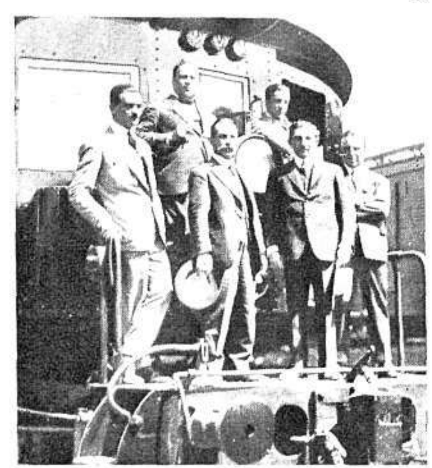


... Y LAS QUE VUELVEN A CASA A PIE, COMENTANDO, LEJOS DE LA DISCIPLINA DE LA ESCUELA, LAS VARIACIONES DE LA MODA. ¡ANTE TODO LA ELEGANCIA!...

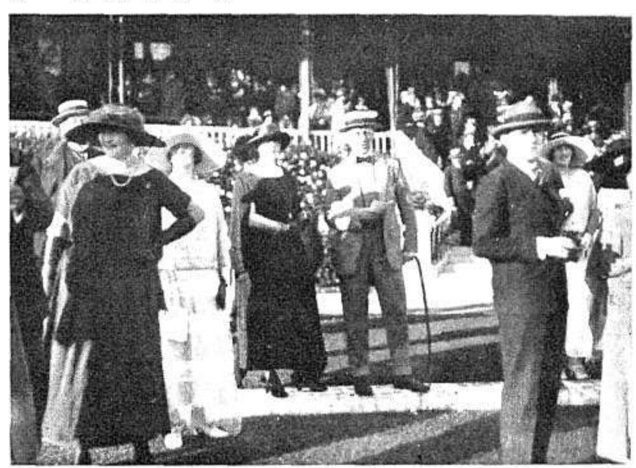
DE BRASIL

Numeroso cortejo fúnebre que, partiendo del edificio de la Biblioteca Nacional, concurrió a los solemnes funerales del eminente tribuno e ilustre jurisconsulto Ruy Barbosa, a cuyo duelo se asociaron representaciones sociales de todo el país y una enorme muchedumbre.

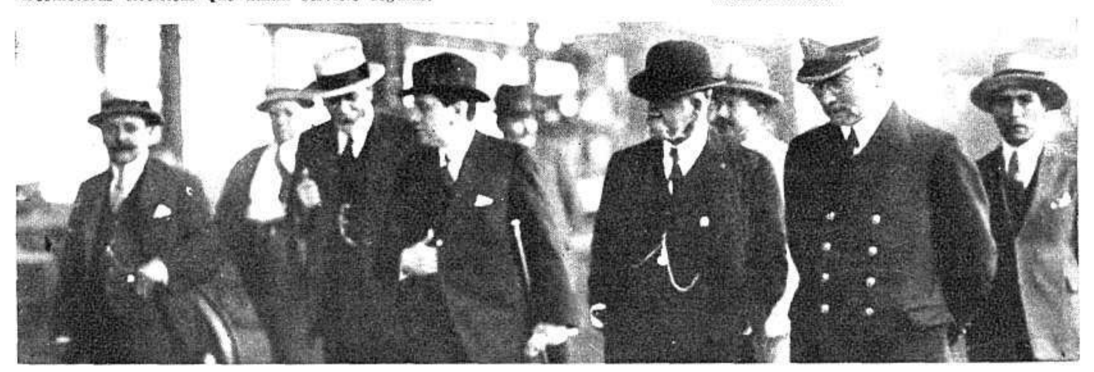
DE CHILE



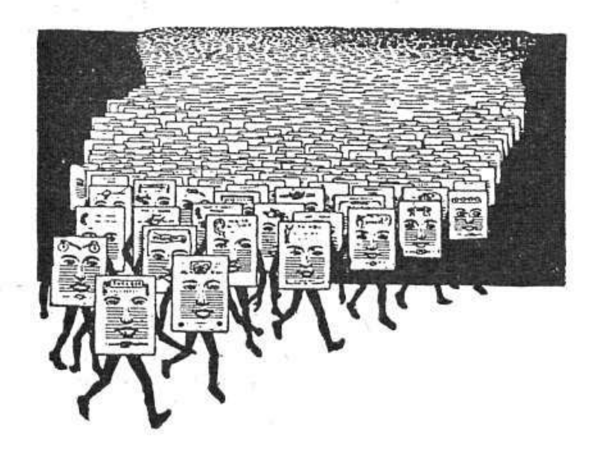
La delegación ferroviaria argentina visitando, en la Maestranza del Barón, de Valparaíso, las nuevas locomotoras eléctricas que harán servicio regular.



Distinguidas familias en las tribunas para socios del Valparaíso Sporting Club, de Viña de Mar, presenciando el curso de las carreras de caballos en una reunión clásica



El presidente de la república, doctor Alessandri, en compañía de destacadas personalidades, durante la visita que llevó a cabo a la Maestranza de Caleta Abarca, en Valparaíso.



SON MUCHOS VENDEDORES DE ACEITES LOS QUE DICEN: "LLEVE ESTA MARCA QUE ES TAN BUENA COMO EL BAU". Pero todos los compradores que de buena fe han creído en dicha afirmación, protestan del engaño porque no han encontrado en ninguno de esos otros aceites ni las excelencias ni las bondades que encierra el aceite marca "Bau" por patrimonio exclusivo e inimitable.



Más de onomástica

Por Miguel de Unamuno

ESTA costumbre, tan general en España, de usar dos apellidos, el paterno y el materno, suele llevar a combinaciones verdaderamente absurdas.

La costumbre proviene de què a las veces el primer apellido es muy vulgar y se busca realzarlo combinándolo con otro que lo sea menos. O aun siendo ambos vulgares su combinación resulta algo menos vulgar que cada uno de ellos. Sin duda que hay menos Sánchez Pérez o García López o Pérez Martín que Sánchez, Pérez, García y Martín a solas. Y de aquí ha venido la tendencia a la eliminación de los Fulánez de que he disertado largamente en mi escrito «La selección de los Fulánez» que figura en el tomo IV de mis *Ensayos* y donde el lector a quien le agrade el tema podrá ver en torno de éste otras amenidades.

Otro modo de realzar los apellidos vulgares es ponerle al que lo tiene un nombre alto, sonoro y extraño. Mi hijo mayor ha recogido en un pueblecito muy pequeño de la provincia de Palencia los siguientes nombres de hombres y de mujeres: Ursinaro, Gurdundófilo, Burgundófero, Uvilibrordo, Babil, Ausencio, Próculo, Aderito, Anfiloquio, Filapiano, Ursicino, Sirinio, Ursino, Filadelfo, Gangérico, Rogaciano, Andoaldo, Adanto, Onesíforo, Liclético, Erótido, Adulfo, Adelfo, Laurentino, Calimerio, Atico, Erasmo, Andifaz, Hilarino, Elpidio, Eutimio, Aldeoalgo, Lupicinio, Filopilo, Columba, Einumisa, Servilia, Potenciana... El párroco de ese lugarejo se llama don Honesto y el secretario del Ayuntamiento don Felino. Y en esta provincia de Salamanca he conocido un Decoroso Sagrado Conejo que tenía por hermanos un Juventino, una Gaudiosa y una Teotiste.

La razón que en la provincia de Palencia dan para explicar esos nombres pesquisados así del Santoral es que de tal modo evitan el que les pongan motes, pues si les llaman Pedro o Juan o José o Antonio difícilmente se libran del mote.

Otra manera de salvar cierta vulgaridad es reforzarla y así los que se llaman Juan Juan y Juan, Vicente Vicente Vicente o Gil Gil y Gil, siendo el primero nombre de pila y los otros dos apellidos.

Hoy está metiendo ruido en España el director general de Seguridad que se llama don Millán Millán de Priego. Millán es el mismo nombre que Emiliano. Como Olalla es otra forma de Eulalia y Ramón procede del mismo que Raimundo. Y Fadrique es Federico, Recaredo Ricardo, Guillén Guillermo.

Pero entre las combinaciones absurdas hay las de aquellos apellidos significativos pero con significaciones contradictorias. Uno, por ejemplo, que se llame Moreno Rubio, o Redondo Cuadrado, o Delgado Obeso. O acaso Paz y Guerra o Guerra y Paz. Sólo que en uniéndolos por un y desaparece en este último caso la contradicción. Y es, por cierto, curioso lo que pasa con estos dos apellidos: Guerra y Paz, y es que así como Paz nada tiene que ver con la paz — como ocurre en el nombre de pila de mujer — sino que es una contracción de Páez y éste la forma galaico-portuguesa de Peláez o Peláyez, el descendiente de Pelayo — como Vaz se corresponde con Velaz y Vázquez con Velázquez — así es lo más probable que el apellido Guerra no tenga que ver nada con la guerra sino que sea una forma emparentada con Aguerria y Aguirre y el vasco-francés D'Aguerre (el del daguerrotipo).

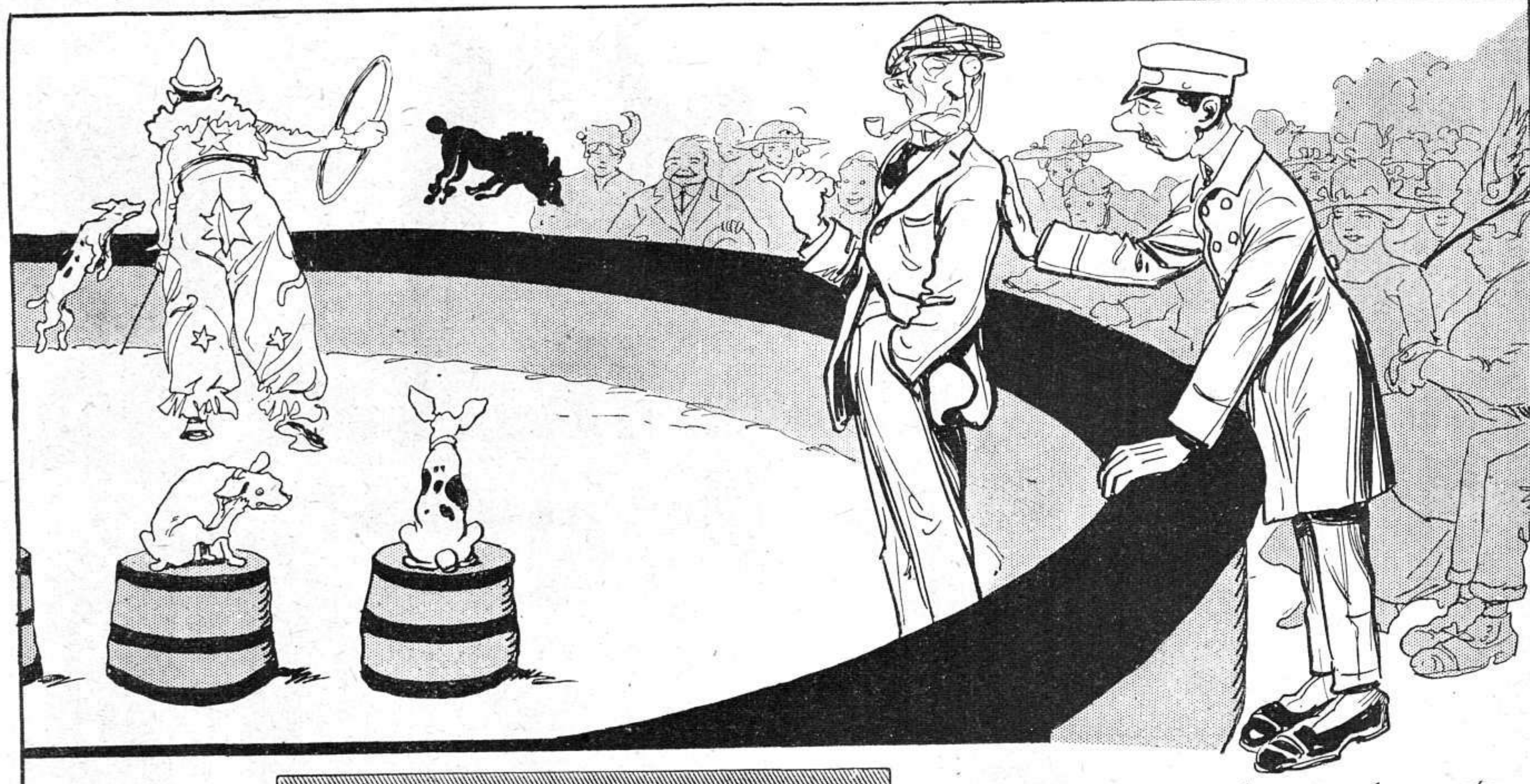
Decía Goethe, a propósito de las bromas a que se prestaba su apellido, que no se puede jugar con el nombre de uno ya que éste es algo no como el vestido, sino como la piel, con la que ha crecido y se ha hecho. Pero los primeros que juegan con él son los padres que por capricho o por lo que fuere le ponen a un hijo semejantes nombres. En general se debe evitar poner a los niños nombres significativos o muy estrafalarios. Bautizarle a uno con un Cándido o Silvestre o Inocencio es siempre expuesto. Es mejor llamarle Juan o Pedro o Francisco o José.

Hay un nombre de pila que en España se usa bastante y es Jesús, nombre que fuera de Dios no se usa y que en alguna otra nación, como en Inglaterra, lo estiman irreverente. Un amigo mío que se llamaba Jesús y fué a Inglaterra tuvo allí que cambiar de nombre. No podía ponerlo en sus tarjetas. Y fué mayor el asombro cuando dijo que en España hay quienes llevan por apellido Dios. La forma eufemística de Jesús es Josué. Y así es como se llamaba Carducci, Giosué Carducci. Y la verdad es que al gran poeta italiano, al gran poeta civil de la Italia una, le habría venido el Jesús como a un Cristo un par de pistolas según reza el dicho decidero.

Hay quienes alteran y simplifican sus nombres y así a uno que se firmaba Max le preguntaba yo si le bautizaron con Máximo, Maximino, Maximiano o Maximiliano, que los cuatro nombres hay. Y hay quienes adoptan la forma extranjera de un nombre. Conozco franceses que firman Angel, Carlos, Pedro, y aquí un español que lleva por nombre de pila Jofre que es la forma catalana de Godofredo.

En casos la forma genuinamente española o mejor castellana, romanceada, se ha ido dejando como pasa con Gutierre que es lo que en francés Gautier y en inglés Walter. Por lo que yo le decía a doña Emilia Pardo Bazán cuando le llamó a Walter Scott Gualterio Escoto que debió llamarle Gutierre Escoto y así nadie le reconocería.

Nosotros los vascos podemos usar nombres de pila de los más corridos porque los apellidos nos bastan. Un Cillorrogaztañagogeascoa o un Jaureguiberri o un Iruretagoyena no tiene porque anteponerle Uvilibrordo o Gurdundófilo.



NOTA
COMICA
DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—Señor detective; aquel payaso es el que, según dicen, le robó el collar a la señora del empresario.

—No me diga Vd. nada, que ahora estoy sobre la pista.

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.

Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 92

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población..

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.








TESOROS OCULTOS

Desde la fecha en que empezaron las investigaciones sobre la tumba de Tutankhamen he vuelto a sentir poderosamente la atracción hacia los tesoros escondidos en las entrañas de la tierra.

Es un fenómeno que lo he probado varias veces en mi ya larga existencia, y muy a menudo, reflexionando sobre ciertas y determinadas circunstancias, me pregunto si no habré dejado escapar estúpidamente las oportunidades para alcanzar de un rápido manotón la fortuna.

Y me voy convenciendo de que sí; que he sido torpe y merezco... la merezco... ¡la coloración verde intenso que caracteriza mis bolsillos!

Todo por hacer caso a los demás.

—¡No seas tonto! ¡Si fuera cierto que existen tesoros acá o allá... a la fecha los habrían descubierto los que disponen de recursos para efectuar las excavaciones necesarias!... ¡A más, no has nacido para llegar a rico!...

Me acuerdo siempre de lo que me ocurrió en San Juan.

Un estudioso, extranjero, estaba convencido de que en las montañas que rodean a la capital de aquella provincia los *topacios, rubíes* y *esmeraldas se encontraran* con toda facilidad escarbando un poquito el suelo por entre los conglomerados que presenta la cordillera.

—No tiene más que acompañarme un día de estos a la estancia del señor Yanzi Oro, y podrá usted convencerse por sus mismos ojos de la verdad de lo que digo.

—¿Habla en serio?

—Tan en serio, que creo muy fácil que pueda usted llevarse a Buenos Aires un puñado de topacios...

—¿Un puñado de top...?

Un coche con tres caballos nos esperaba en la estación Pocito...

Muy dueños ustedes de no creer en ciertas supersticiones, pero no me digan a mí que no existe la «yeta», porque...

Al poner el pie sobre el estribo de la volanta, debido a una imprudencia imperdonable, se inició la conversación sobre la «yeta» precisamente y sobre los transmisores de malos flúidos. Pues bien: no habíamos avanzado todavía unas cuatro cuadras cuando los caballos no quisieron seguir más ni a palos.

Hubo que emplear paciencia, mucha paciencia, alternada con cierta dosis de latigazos, para conseguir que por secciones llegaran a la estancia donde el mayordomo nos esperaba con los caballos de silla para alcanzar la Quebrada de la Cantera.

¡Primera contrariedad!

Veníamos con un apetito feroz, pero como ya los demás habían almorzado, en la seguridad de que nosotros llegaríamos de San Juan bien comidos no tenían nada listo y tuvieron que improvisar algo para conformarnos de alguna manera.

¡Segundo incidente!

Subí a caballo visiblemente preocupado. No habría dado cuatro centavos por mi pescuezo y contemplaba con ojos asustados aquellas rocas de formación volcánica, *preguntándome cuál de ellas tendría el honor* de chocar contra mi cabeza.

Entramos en el amplio anfiteatro formado por la Rinconada guiados por el viejo criollo Nemesio.

Todo al rededor se hallaba en silencio absoluto apenas interrumpido por el paso de la cabalgadura.

El viejo Nemesio cabalgaba a mi lado, sin soltar palabra.

—¡Don Nemesio!

—¿Señor?

—¿Falta mucho para llegar a las minas?

—Ahorita no más vamos a llegar.

—¡Qué silencio por estos pagos, don Nemesio!

—¡No siempre, señor!

—¡Cómo!... ¿No siempre?

—Es peligroso acercarse a las montañas y especialmente a las minas. ¡Los espíritus de la montaña son celosos de sus tesoros, son malos! Hay que quedar bien con ellos.

—¿Hay espíritus también acá arriba?

—El señor es pueblero... no va a creer estas cosas. Sin embargo...

—¡Y por qué no, don Nemesio! Dígame lo que hay.

—¡Los contratiempos que ha sufrido usted, señor, son bien poca cosa! ¡Dios quiera que todo acabe ahí! Hay que pagar el derecho de piso a los espíritus de la montaña.

—¡Ah, ah!

—Nosotros mismos, que vivimos desde hace años en la sierra, muchas veces corremos peligros serios. Cuando los espíritus se enojan, se oyen ruidos de trueno en el interior de las minas y de los cerros. De repente se levantan y desaparecen tormentas: ¡Por esta cruz se lo juro!

—¡Qué me cuenta!

—¿Ve usted ese pico allá? Detrás de ese pico hay una meseta. Unos viajeros tuvieron que parar en la meseta para pasar la noche. Vieron una casita muy linda, muy limpia, con puertas y ventanas cerradas. No quisieron entrar por encontrarla cerrada y encendieron fuego durmiendo al cielo raso. A la mañana estaba la casita todavía. Bajaron al pueblo, dijeron lo que habían visto, y como nadie lo creyó volvieron acompañados por unos amigos...

—¡Y qué podía haber de raro en que existiera una casita sobre el cerro?

—¡Hágame el favor!... ¿Quién va a fabricar una casita en esa altura? Bueno... La casita, cuando llegó la comitiva, había desaparecido, pero estaban todavía los restos del fuego encendido la noche anterior.

—¡Qué raro!

—¡Eso es nada!

Pues desde entonces me ha quedado una verdadera chifladura para los tesoros escondidos, y cada vez que oigo decir: —¡Se ha descubierto una olla llena de doblones de oro purísimo!... ¡Un campesino ha dado con unas barras de oro y plata cuidadosamente amontonadas en un nicho a tres metros dentro del pozo!... — qué quieren; el espíritu de aventura se apodera otra vez de mí, y si no fuera porque me parece algo tarde ya, me lanzaría en pos de las misteriosas riquezas listas para comerciarlas y ponerlas en circulación.

Pueden figurarse como me dejó la historia de Tutankhamen.

¡Hirviendo!... ¡Sencillamente hirviendo!

Estoy en estos días inaguantable y miro con cierto desprecio a todos los que me rodean. Me parecen un peso, el ancla que me ha dejado inmóvil mientras habría podido conseguir un fortunón dado mi carácter quijotesco.

¡Y hay tesoros! ¡Sí, los hay!

Sin ir más lejos... En el Paraguay debe estar todavía disponible la carga de oro y plata que hizo sepultar el dictador Francia. Me lo aseguró un viejo correntino, pariente de uno de aquellos que pelearon durante la guerra que terminó de arruinar la nación vecina. ¡Hasta el dibujo topográfico poseía la persona que me daba las noticias esas! En Misiones, debajo de los templos derrumbados, existen tesoros...

De vez en cuando uno que otro extranjero viene dándose tono de turista, hace sus cálculos, mide cuidadosamente por acá y por allá; luego un lindo día desaparece para volver a aparecer cargado con un bulto pesado y toma el vapor sin decir siquiera «¡hasta otra vista!» a los nativos.

A San Ignacio de Misiones se han hecho unas cuantas de estas visitas misteriosas. Yo lo sé por haberlo oído decir a los que viven en la región. San Ignacio ahora está con grandes plantaciones de yerba mate, que darán dinero indudablemente, pero ¡cuánto mejor resultaría cosechar oro en barras y traerlo a la Caja de Conversión y a la Casa de Moneda para hacerlo acuñar!

Tenemos tesoros en Sud América que dejan a la altura de un poroto la famosa tumba de Tutankhamen.

¡Para qué ir a Egipto!

¿Qué me dicen del tesoro de los Incas?

Para mí que la eterna cuestión de Tacna y Arica depende, más que de otra cosa, del conocimiento que



DE MI DIARIO

Por el doctor A. VACCARI



tienen algunos hombres de las altas esferas acerca de la ubicación del famoso tesoro.

Un viajero que suele muy a menudo recorrer las repúblicas trasandinas me decía el otro día, hablando precisamente de todo el ruido que se hace alrededor de la tumba de Tutankhamen:

— ¿Qué diría el mundo si se pudieran descubrir los secretos que encierra la cordillera?

Por supuesto, paré las orejas:

— ¿Usted cree que hay realmente algo maravilloso?

— ¿Maravilloso? ¡Sin precedentes en absoluto! Usted se acordará que al tiempo de la conquista el Inca fué hecho prisionero por las fuerzas de Pizarro. La esposa del Inca ofreció por su rescate todo el oro que podía caber en una pieza, desde el piso hasta la altura que hubiese señalado el conquistador.

Pizarro, al ver tanta riqueza, dijo que no soltaría al Inca si antes no se le revelaba de donde provenía tan asombrosa cantidad de oro. La reina pidió tiempo para contestar, consultó con los sacerdotes, quienes le hicieron ver en el espejo mágico que la muerte del Inca habría sido inevitable aun en la hipótesis de que se entregaran todas las riquezas del reino. Fué entonces cuando dió orden de que se cerraran las puertas de los tesoros reales, y se suicidó después de la muerte de su esposo.

— ¿Y dice usted que hay noticias sobre la ubicación del tesoro de los Incas?

— Al sur de Lima, navegando hacia Arica, se nota una enorme roca, casi cortada a pico, separada de la cordillera y que se levanta imponente y triste. Es la tumba de los Incas. Cuando esta tumba está iluminada por los rayos del sol que muere, es fácil, con la ayuda de un anteojo, distinguir en la superficie de la piedra unos extraños jeroglíficos, grabados a gran altura. Puede ser que estos jeroglíficos den la clave para encontrar el tesoro escondido... Las riquezas escondidas deben ser fantásticas. Basta recordar que en el Cuzco el templo del Sol estaba tapizado por gruesas planchas de oro macizo...

— ¡Quién tuviera una canasta de escombros del templo del Sol!

— Una de las entradas del templo conduce a una inmensa galería que va desde el Cuzco a Lima, después dobla al sur y toma rumbo a Bolivia. En un cierto punto la galería queda interrumpida por una tumba real

— Algún Tutankhamen peruano.

— En el interior de esta tumba existen dos puertas, dispuestas muy ingeniosamente; son dos piedras enormes que giran sobre sus respectivos ejes, y cierran de una manera tan perfecta que no es posible notar el punto en que se juntan si no se conocen unos jeroglíficos que lo indican.

— ¿Y cómo sabe usted todas estas cosas?

— No crea que lo que le estoy diciendo sea muy misterioso... No soy yo solo el que lo sé... Le diré más: una de estas puertas cierra la entrada del túnel que va a Lima; la otra cierra la entrada del túnel que va a Bolivia. El túnel que va a Bolivia se dirige hacia el sur y pasa por Trapasa y Cobijo. No muy lejos de ahí existen tres picos elevados, que desafiarían a un ejército de titanes que quisiera proponerse arrasarlos al objeto de descubrir la galería. Pero también, en la hipótesis que alguien descubriera la entrada y a través de la galería llegase a la piedra giratoria e intentara derrumbarla, las piedras que se encuentran en la parte superior están dispuestas de tal modo que al caerse sepultarían los tesoros escondidos y con ellos un millar de personas.

— He oído hablar muchas veces de un camino entre Bolivia y Perú, pero a través de los montes impenetrables. Me lo aseguró el profesor Bertoni, que desde hace unos treinta años reside casi frente a Puerto Aguirre en el Alto Paraná. Según lo que el sabio Bertoni ha podido recoger de las tradiciones indias, una senda cómoda y amplia cruza los montes impenetrables y pone en directa y rápida comunicación Bolivia, Paraguay y Perú. La senda se mantiene abierta gracias a un ingenioso sistema debido a los guaraníes. Los guaraníes han sembrado a lo largo de la picada una gramínea, que impide a los demás arbustos desarrollarse, y forma al mismo tiempo un mullido alfombrado. Los «parejaros» o mensajeros indios van siempre a pies desnudos por la picada, y así transportan la semilla de la gramínea que se les pega a las extremidades inferiores, renovándola de esta manera continuamente.

— Puede ser muy bien... Por otra parte una picada a través de los montes impenetrables no sería tan maravillosa como una galería de una extensión como la que une Bolivia y Perú. Hay cosas raras en estos países que poco a poco se conocerán, dejando boquiabiertos a muchos que acostumbran a reirse de todo.

— ¡Yo no me río de nada, señor!... Demasiadas cosas he visto y sé para atreverme a reir de cualquier cosa que afirmen los que han recorrido el mundo...

— Pues bien; puedo agregarle que en toda la extensión del túnel de Bolivia a Lima existen rinconcitos en donde se esconden cantidades enormes de oro y piedras preciosas, acumuladas por varias generaciones de Incas y de un valor incalculable...

— ¿Y no es posible de ninguna manera desenterrar toda esa gracia de Dios?

— Para efectuar un trabajo semejante sería preciso una acción combinada de los gobiernos del Perú y de Bolivia, pues se trata de una obra colosal. Solamente el trabajo de purificar el aire de la galería, en la que nadie ha entrado desde hace siglos, requiere un tiempo larguísimo.

— Por tiempo que requiera... me parece que vale la pena...

— Sin embargo hay otra cosa más... Según la tradición, el tesoro de los Incas queda y quedará escondido mientras no desaparezca de las Américas el último vestigio de la dominación española.

— Entonces hace rato que ha llegado el tiempo de iniciar la obra... para dar con el tesoro de los Incas... La dominación española ha desaparecido de las américas el año 1898 con la pérdida de Cuba.

— Ya sé... Sin embargo, me parece que por unos cuantos siglos todavía el tesoro de los Incas va a quedar escondido... lo mismo que las inmensas riquezas sepultadas bajo las arenas del desierto de Gobi...

— ¿Hay otros tesoros más?

— ¿En el desierto de Gobi?... ¡Fabulosos! El desierto de Gobi esconde bajo sus arenas ciudades enteras, sepultadas desde hace siglos y siglos. Ciudades que habían llegado a una civilización muy elevada y de las que no tenemos siquiera una idea.

— ¿En dónde queda el desierto ése?

— En la Mongolia, allá por la China.

— Algo retiradito... Los de acá quedan más a mano...

— También las riquezas que encierra el Gobi no crea que serían fáciles de conquistar. Los poquísimos viajeros que lo han atravesado dicen cosas muy emocionantes. Parece que una legión de seres sobrenaturales cuida los tesoros; se oyen voces de seres invisibles que acompañan a los viajeros, los asustan y procuran desviarlos del camino. Sin motivo aparente se levantan temporales violentísimos, que se aplacan en el acto para volver a soplar con más violencia que nunca. Se trata evidentemente de una región encantada.

— ¿Y usted cree en?...

— ¿Y tiene usted razones poderosas para no creer? ¿Qué sabe usted de lo que nos rodea? La pretensión de los hombres es tan grande como su necedad.

Mr. Jorge Philips, el viajero que me había hablado de cosas tan interesantes, me miró con una sonrisita, en la que creí entrever una alusión demasiado directa a la pretensión humana. Quise preguntarle por qué trámite habían llegado a sus oídos estas noticias, pero me pareció mejor callarme.

Son cosas éstas que o se creen como las creería un pequeño niño o es mejor hacer caso omiso de ellas.

Yo, por mi parte, me siento un pequeño niño y todavía me quedan en las venas instintos a la Sigfrido. ¡Wagner tuvo razón en sus trabajos, que parecen fantásticos a los ojos del mundo!

Composiciones de escolares

Por ADELIA DI CARLO



A una indicación de la maestra, en seguida estuvo listo el papel y la pluma. Luego las cabecitas inclinadas parecían meditar. El silencio que reinaba en el aula era interrumpido más tarde por el rasguido de las treinta plumas de los escolares que trabajaban animosamente.

¿Qué es lo que escribían los niños sobre aquellas cuartillas blancas como sus almas?

Cuando la maestra creyó que sus alumnos habían trabajado bastante hizo sonar el timbre, que anunció a los pequeños escritores el fin de su labor.

Instantes después la sala de clase, como por un prodigio, cobraba vida: eran los niños que, a su turno, daban lectura a lo que habían escrito.

Un hombrecito de diez años, de ojos dulces y carita bondadosa, lee en su papel: «Un día, en la calle, oí a un niño que preguntaba a su abuelo: —¿Mucho tiempo ha de pasar para que yo sea hombre?

«—¡Eh niño; preciso será que pasen muchos años! ¿Para qué quieres ser hombre?

«—Para ir a la guerra; puede que en América la tengamos.

«Muy gravemente contestó el abuelo: — Cuando seas adulto dirás: Mejor será no ir a la guerra. ¿Quieres que te diga otra cosa?

«—Sí — responde el niño.

«—De hoy en adelante, recuérdalo, la guerra es siempre un gran mal.

«—¿Por qué, abuelo?

«—Porque los hombres se matan

«Entonces el niño comprendió y rogó a Dios que hiciera pasar pronto los años para que la paz reinara en todo el mundo. Si no era así, no quería llegar a ser hombre.»

La composición del escolar terminaba con estas palabras:

«Hay que establecer pronto la paz; para siempre los hombres deben tratarse como hermanos. Así todos viviremos contentos y felices.»

La maestra aprobó conmovida este profundo sentir, hablando después, brevemente, sobre los beneficios de la paz.

Nino, el más pobre de todos, ha escrito en su hoja de papel estas palabras:

«Hay días en que mi madre no puede darme más alimento que un pedazo de pan y queso. En esos días mi mamita está muy triste; entonces yo hago todo lo posible por alegrarla y la beso y abrazo muchas veces.

«Quiero pronto terminar mi aprendizaje en la escuela para poder después trabajar y llevarle a mi mamá muchas cosas que necesita.»

¡Pobre Nino! Muy temprano él aprende a conocer los largos días de pobreza extrema.

Albertito cuenta lo siguiente:

«Yendo un día por el campo divisé un nido de gorriones, construído sobre un arbolito. Tuve ganas de verlo, y me acerqué. — Niño — parecía decirme un pájaro — no lo toques, te lo ruego; es mi nido, y no mires adentro, porque mis pequeños tendrían miedo y se pondrían a piar lastimosamente.

«Yo tenía muchas ganas de mirar el nido, pero no queriendo producir dolor a los pichoncitos y a su madre, me alejé lentamente de aquel lugar.

«Entonces el pájaro cubrió con las alas a sus pequeños y, mirándome amorosamente, se puso a gorjear como para decirme: — Gracias, por no haber hecho ningún mal a mis pequeñitos. Si encuentras algún nido de pájaros no te acerques a él.»

Aquella tarde fué imborrable: cada uno de los educandos dejó estampado sobre el blanco papel un poco de su corazoncito.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



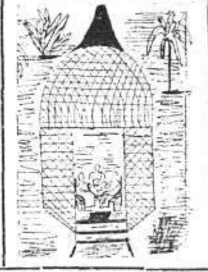
Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



1373 — Un día de campo.
RICARDO F. RAIMONDI.



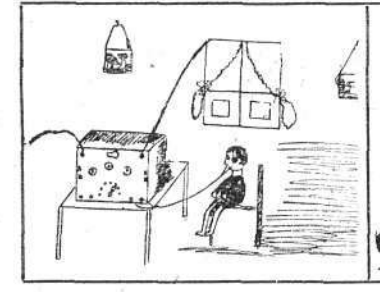
1374 — Una hermosa carrera.
LEONOR SALÁ.



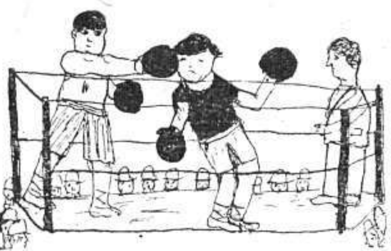
1375 — Tarde de verano.
ZULEMA GRECO.



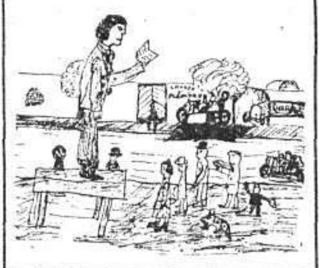
1376 — Escribiendo a CARAS Y CARETAS.
CARLOS CURT.



1377 — Pepe oyendo radiotelefonía.
ROBERTO SACERDOTE.



1378 — El triunfo de Firpo.
JUANITO BREBBIA.



1379 — Leyendo un discurso.
EMILIO J. MARTÍNEZ.

a rorro mi nene...

... no hace falta cantarle mucho; ha quedado tan satisfecho de su último teté. Y su sueño es tan profundo como alegre y bullicioso será su despertar.

Y cuán fácil es para mamita satisfacer el voraz apetito de su tesoro. Sin esfuerzo, sin cansancio puede cumplir la divina tarea para inmenso beneficio del futuro hombrecito y procurándose ella misma el goce de la más pura de todas las felicidades gracias a la MALTA PALERMO.

Muchos distinguidos médicos atestiguan que la MALTA PALERMO, producto genuino de la Industria Nacional, es más eficaz que sus similares importados.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. **BUENOS AIRES**



Tapado en duvetina de lana; mangas "pelerine", cuello grande y sombrero del mismo género.

Robe-manteau en velour color "bleu-roy", orlado de lapin blanco, sombrero del mismo "velour".

Tapado de vellina blanco, cuello-écharpe del mismo, sujetado por una patiat ciré con botones montados en oro.

COMPAS DE ESPERA

Por

LUZ Y SOMBRA

La moda para el nuevo invierno ya es, en estos días, la principal preocupación de toda mujer chic, y tendríamos que decir «de toda mujer sana» si hemos de creer al moderno autor francés que ha dicho:

«Debe de estar muy enferma la mujer que no se preocupa de aparecer bonita y elegante en todo momento.»

Desde hace unos meses las parisienses han dictado las nuevas leyes de la moda, y nuestras casas importantes ya tienen casi listas sus colecciones. De aquéllas y de éstas hablaremos en las semanas siguientes. Por ahora nos limitamos a los tres puntos del nuevo código:

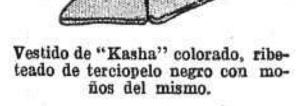
Línea neta.—Géneros muy «souples».—Drapeados discretos.

Muchas noticias desearíamos anticipar desde ahora a nuestras amables lectoras, pero es menester empezar por el principio, es decir, por los géneros que nuestro comercio nos ofrece. Y puesto que precisamente en estos días estamos terminando nuestra visita de estación a las casas más importantes del ramo, reservamos el argumento para la próxima semana.

Como compás de espera ofrecemos a nuestras lectoras unos modelos de moda enfantina.



Vestido de "crepella" blanco, adornado de puntilla y moños de terciopelo negro.



Vestido de "Kasha" colorado, ribeteado de terciopelo negro con moños del mismo.

Es posible que todavía no haya usted encontrado el perfume que reúna las condiciones de clase y calidad, de acuerdo con su gusto. En tal caso, pruebe cualquiera de los extractos ANITRA, MARLISE o SI TU VOULAIS...!, deliciosos productos de la

PERFUMERIA MENDEL

en la seguridad de que han de satisfacerle plenamente, si sus deseos son los de hallar artículos que unan a su clase selecta las características del perfume sutil, delicado y de exquisito buen gusto, que prefiere el refinamiento de las gentes distinguidas.

MENDEL y Cía.

BUENOS AIRES — GUARDIA VIEJA, 4439
MONTEVIDEO — CERRITO, 673



ESTACION CERES. — Lunch ofrecido al doctor León Yaffe, delegado de la Organización Sionista Universal, que viene de Palestina en jira de propaganda en favor de "Heren Hayesson" (fondo de reconstrucción del hogar hebreo).



DEL CAMPO URUGUAYO

UN GAUCHO

Por

VICENTE A. SALAVERRI

— Cuando yo estoy elante, me llaman don Domingo, pero cuando me voy, me dicen el «Bocatuerta».

Era un gaucho ancho y duro como un tala. Tan singular en su aspecto que nos sirvió de modelo para dibujar el físico de nuestro héroe «El Reyuno» en la novela «Este era un país». Tenía una fuerte cabeza sobre los hombros amplios. En su rostro predominaban las facciones autóctonas: los ojillos vivaces, un poco oblicuos; la nariz aguzada; la boca dura, tal una muestra del duro carácter...

— ¿Cómo le va, indio? — le decían los accionistas de la Sociedad Fomento, viéndole diligente, a caballo, en los días de feria.

Y él se encogía de hombros, sufrido y parco como un charrúa:

— ¡Me va lindo no más!...

En todo el departamento de Treinta y Tres se le tenía por guapo. No es que Domingo, el «Bocatuerta», fuera belicoso. No se metía con nadie. Pero si le buscaban, era terrible. Decíase de él que había consumado varias muertes. Una bárbara cicatriz hizo asimétrica su cara, descolgándole ligeramente un ojo y distendiéndole los labios en aquella forma que le valiera tan expresivo apodo.

— ¡Bocatuerta!... ¡Bocatuerta!... — era el nombre que resonaba a sus espaldas cuando Domingo discurría por «el pueblo del Chorizo», jineteando un redomón.

Pero si los que de tal modo le denominaban en su ausencia se veían en la necesidad de dirigirle la palabra, es seguro que le iban a decir con respeto mentido o muy sincero: — ¡Don Domingo!... ¿Cómo dice que le va?...

* * *

Nunca tratamos de averiguar la historia completa de don Domingo. ¿Para qué? Bastaban, para impresionarnos, su tipo y la aureola de guapo que parecía envolverlo.

Un día a don Domingo «le salieron» varios enemigos. Fué en un camino real. Los atacantes eran seis, armados de «todas armas». Y he aquí lo extraño: en medio de una «campaña» donde todos los habitantes usan cuchillo de enormes dimensiones y hasta revólver, don Domingo se vió en la necesidad de pelear con el rebenque y con un freno.

Pero, ¿imagináis qué clase de arma es un freno en manos de un gaucho valiente que lo sabe revolear?

El «Bocatuerta», «de a pie», peleó contra los seis hombres que lo cercaban. Hubo una confusión épica. Y al final... un agresor que cae «agregido», con varias puñaladas, largas y hondas, en la espalda.

La policía intervino prendiendo a los belicosos. Los atacantes del «Bocatuerta» decían que éste fué el que «achuró» al caído. Pero don Domingo negaba.

— ¿No sé diande?... ¡Yo no llevaba arma!... Son ellos mesmos que, con el miedo, s'han entreverao!...

Hubo un largo proceso. El juez no pudo conseguir que «Bocatuerta» incurriera en contradicciones. «A él lo habían atacado. El se defendió con el freno. ¡No tenía más armas!»

— Déjeme a mí, que entiendo mejor a los gauchos — rogó al magistrado un escribano sagaz.

Desapareció el juez, para situarse, con testigos, detrás de una frágil puerta. Desde aquel escondrijo todo lo que manifestase el acusado iba a poderse oír.

— Mirá, Domingo — le dijo el leguleyo al gaucho, — el juez te va a poner en libertad.

— ¡Ah, güeno, güeno! — dijo «Bocatuerta» con no exagerado alborozo.

— De manera — prosigue aquél — que ahora, cuando salgas, puedes pedir tu rebenque...

— ¡Ta bien!...

En seguida el escribano psicólogo desliza astuto:

— ... y el cuchillo...

Pero Domingo manotea irritado:

— ¡No, no!... ¡El cuchillo no!... ¡Yo no tenía cuchillo!... ¡El cuchillo no es mío!...

Y no fué posible condenarlo.

* * *

Vimos a «Bocatuerta» — siempre en el paupérrimo «pueblo del Chorizo» — allá en noviembre, el día de las elecciones. Despreciando el consejo de los médicos, que le prohibieron el alcohol, había ingurgitado mucha caña. Iba en su caballo favorito, un caballo acezante por el excesivo calor y la marcha aun más excesiva.

— ¡Viva el Partido Blanco!... — gritaba de rato en rato, orgulloso de la golilla que le regalara un caudillito del pueblo.

Al lado de aquel jinete entusiasta pasaban otros centauros luciendo un pañuelo colorado.

— ¡Qué peludo! — murmuraban para sí.

Y nadie opuso vivas hostiles a los vivas estridentes de «Bocatuerta».

Pero en el campamento nacionalista, por motivos nimios, don Domingo tuvo un altercado con un correligionario. Se fueron a las manos. El otro desnudó un facón, tirando dos tajos feroces que don Domingo «se atajó» con el poncho.

Don Domingo eruptó su alcohol y dijo, trágicamente, bellamente sensato, a quien así le agredía:

— Hoy no es día de peliar. Hoy es día de votar. Buscáme mañana, porque si no, voy a ser yo el que te salga al camino.

Había en sus ojos fieros la franqueza heroica de los primitivos.

* * *

Obscurecido, tras de depositar una lista electoral en las urnas, más borracho que nunca, «Bocatuerta» se marchó a su rancho, tendiéndose en un catre temblón, sobre el que servían de colchones los cojinillos. Durmió con ese sueño pesado de los alcoholistas. Ya de mañana, uno de sus hijos vino a anunciar:

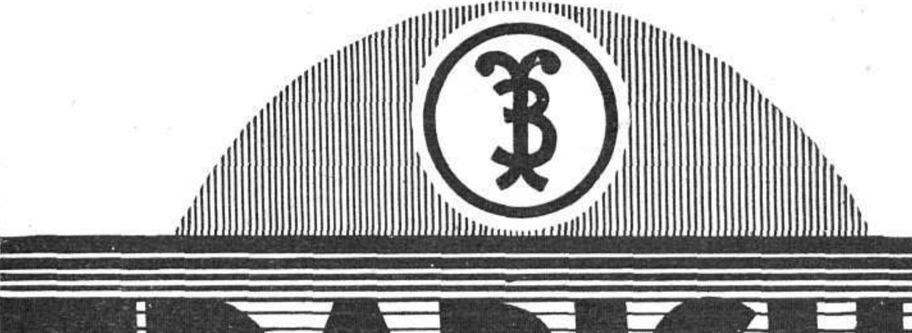
— ¡Tata, tata!... ¡Se ha muerto su caballo!...

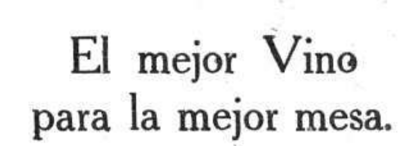
«Bocatuerta» se arrojó del lecho, hizo a un lado el machete que había conseguido para pelear esa tarde a su atacante del día anterior y fué a ver al matungo que amaba a la par de su china:

— ¡Muer!... ¡Muer!... ¡Muerto!... — tartajeó, con los fieros ojos, enrojecidos aún por el exceso alcohólico, rebosantes de lágrimas.

De pronto su hijo, el único testigo de la escena, le vió tambalearse, para caer sobre el caballo como si lo quisiera abrazar.

Pero no era un abrazo. Era que «Bocatuerta» se moría...





BENEGAS Hnos. & Cía. Ltda.

Soc. Anón. Industrial y Comercial

744, FLORIDA, 744 - Bs. Aires

Unión Telef. 1752 y 1365, Retiro

Cooperativa Telef. 3708, Central





SAN LORENZO. — Damas de la localidad que tuvieron a su cargo los distintos kioscos de la kermesse efectuada a beneficio del hospital Granadero a Caballo, obteniéndose pingües resultados.

COPIANDO A LOS PÁJAROS

Acaba de descubrirse en Tebas, Egipto, un cacharro que bien puede ser el ejemplar más antiguo que existe de la alfarería de los pueblos primitivos. Es un tazón o cuenco, de la misma forma, tamaño y aspecto exterior, una reprodución, en una palabra, de un nido de tordo al que se le ha quitado el tejido envolvente.

Este descubrimiento explica, a juicio de varios sabios, cómo el hombre aprendió el arte de tejer cestos. El nido de ciertos pájaros le sirvió de modelo.

La habitación de los tordos, embadurnada y revocada con arcilla, dió idea al hombre primitivo, y éste, copiando al pájaro, hizo los recipientes de tierra cubiertos de ramitas tejidas que les servía para guardar agua y cocer los alimentos.

La cesta o tejido exterior al quemarse dejaba la forma interna, resultando un cuenco de tierra cocida que conservaba al exterior las huellas y dibujos formados por el tejido de cesta, dejando una impresión que luego se conservó pintando la parte externa en colores e imitando los cruzamientos y listas de la envoltura primitiva.

Todos los arqueólogos saben lo mucho que predomina el dibujo de tejido como ornamento de la primitiva alfarería en Egipto, Caldea, Grecia, etc.



CONSULTORIO

N.º 1980. — *¿Desde qué época se utilizan las palomas mensajeras?*

TOMASITO. — Ciudad.

Las palomas mensajeras se conocieron trescientos años antes de Jesucristo.

En Egipto, en tiempo de los romanos, prestaban ya servicio estas aves, empleándolas Bruto e Hircio para ponerse de acuerdo mientras Marco Antonio tenía sitiado a uno de aquellos dentro de una ciudad.

En Roma, los jugadores apasionados por las carreras de carros, cuando no podían presenciarlas y tenían sus intereses comprometidos, enviaban a ellas a sus servidores quienes, de vez en cuando, soltaban palomas que les comunicaban noticias favorables o adversas.

Estas aves fueron modernamente introducidas en Bélgica y en algunas ciudades del norte de Francia a principios del siglo pasado. Poco después, a la vista de aquellos ejemplares, se extendía por Europa la costumbre de educar palomas para utilizarlas como mensajeras de un punto a otro.

La educación de las palomas mensajeras se comienza cuando éstas tienen tres o cuatro meses, trasladándolas primero, en un recipiente bien cerrado, a un kilómetro de distancia y soltándolas luego; la suelta se repite después a mayores distancias, y así sucesivamente hasta que hay seguridad de que no pierden la orientación.

La raza de las mensajeras es numerosísima. El tipo preferido por los criadores es el procedente de pichones de Amberes, Lieja y Verviers, como también los originales de Oriente.

Un buen pichón, capaz de recorer distancias considerables, ha de tener la cabeza gruesa y redonda, el pico corto sobremostrando una excrecencia carnosa en forma de corazón; el pecho bombeado, las alas unidas sobre la cola y ésta estrecha y resistente para poder sostener los tubos en que se encierran los despachos.

Para dar una idea de la cantidad de despachos que puede cursar una paloma bastan los siguientes datos:

En un solo cañón de pluma, con peso de un gramo, lleva cada paloma, atadas a cada una de las plumas de su cola, 20 películas de colodión de 0,03 de largo por 0,05 de ancho y 0,05 de peso.

Cada una de estas películas representa el valor de 16 páginas in folio de impresión a tres columnas, las cuales pueden leerse reflejándose sobre una pantalla por medio de un aparato de proyección. Sólo así se comprende que cuando el sitio de París, durante la guerra francoprusiana, fueron distribuídos en un solo día trescientos mil despachos por medio de las palomas mensajeras.

Tienen estas aves una memoria tan privilegiada que ni aun la ausencia de cinco meses las hace olvidar el punto de su palomar.

El precio a que se cotizan en el mercado universal es muy variable. En una venta efectuada en Inglaterra hace algunos años, 70 palomas mensajeras produjeron un beneficio de 17.246 francos.

Una sola de estas aves, de edad de siete años, cruzada de raza de Bruselas y Amberes, fué adjudicada en 1.225 francos. Otra de Verviers lo fué en 391.

El servicio a que han sido destinadas estas palomas no se reduce sólo a la trasmisión de despachos; se las ha aplicado también a la medicina, habiéndolas empleado muchos médicos en los Estados Unidos para transportar linfa, vacuna y otras substancias de poco peso.

La cría y uso de estos animales ha sido objeto en todas las naciones de leyes especiales, en que se consignan las reglas a que debe sujetarse cuando se dediquen a aquélla.

N.º 1981. — *¿Cuál es el trecho de ferrocarril más escarpado del mundo?*

E. A. D. — Ciudad.

En el bosque de Turingia cerca de Schwarzburg está construyéndose un trecho de ferrocarril que será célebre por ser el más empinado del mundo, en el cual corren vagones de carga normales. Tiene sólo cuatro kilometros de largo, pero asciende en ese corto trecho una diferencia de elevación de 335 metros, siendo por consiguiente la ascensión media de cerca de 1 metro por 10 metros de camino horizontal, pero la más intensa es de 1:4. Por cierto que con locomotoras ordinarias no se puede recorrer, sino que los vagones se transportan por un cable de alambre. Esta línea ha sido necesaria porque las aldeas situadas en la altura, con una población de 4.700 habitantes, necesitan tener una conexión con el ferrocarril que corre por el valle, sobre todo para el tráfico de carga, y después que el transporte por medio de vehículos tirados por caballos a lo largo del escarpado camino se hacía cada día más caro. Entre muchos otros proyectos se aceptó el que ahora se pone en ejecución por ser el más ventajoso desde el punto de vista económico, ya que el tráfico en sí no es muy grande, alcanzando a cerca de tres vagones de carga por día. Para obtener un buen servicio y poder transportar toda clase de vagones de carga de ferrocarril, se ha resuelto que a un extremo del cable cuelguen un vagón para pasajeros de la misma construcción usual en los transportes aéreos de cable de alambre, y al otro extremo una plataforma con un pedazo de línea sobre la cual corre el vagón de carga. Esta construcción tiene la ventaja de que el carro de la plataforma se puede proveer de los frenos de seguridad necesarios.

N.º 1982. — *¿Qué enfermedades de las aves pueden transmitirse al hombre?*

AVICULTOR. — Lanús.

En un trabajo publicado por el profesor italiano M. Merello se mencionan tres de las que el autor llama enfermedades «antropornitológicas» o comunes al hombre y a las aves; la *psitacosis*, la fiebre de Malta y la enfermedad del sueño.

La primera, de origen microbiano, es incurable y contagiosa por contacto, para loros y hombres. En 1891 hubo en Génova una epidemia de esta clase, que, aunque de pequeño radio, hizo varias víctimas humanas. Propone el autor que a los loros de origen americano se les someta a un período de observación que no baje de 20 días.

La fiebre de Malta se presenta en las gallinas en dos formas: aguda (de 8 a 10 horas) y fulminante (de menos horas). En una epidemia estudiada por Dubois, que se desarrolló en 1911 en Nimes, la mortalidad de gallinas llegó a 70 %.

Según observaciones hechas por el mismo Merello en Liguria, hay relación entre la «enfermedad del sueño» de las gallinas (que las mata con rapidez) y la encefalitis letárgica del hombre. El agente productor es el *Streptococcus capsulatus gallinarum.*

N.º 1983. — *¿Cuál es la mayor biblioteca del mundo?*

POLILLA. — Ciudad.

La Biblioteca del Museo Británico, con sus cinco millones de volúmenes impresos, se considera justamente como la biblioteca mayor del mundo, Para almacenar tanto libro se han necesitado sesenta millas (unos 115 kilómetros) de estantes.

Creada en 1573 ha crecido desde entonces de un modo enorme absorbiendo numerosas y ricas colecciones que, como la antigua real que constaba de 65.200 volúmenes, sin contar los felletos, la Grenville y otras variadísimas que contaban todo cuanto se ha escrito a partir de los milenarios papiros egipcios.

El catálogo, que es una árida lista alfabética de títulos y autores, es lo que mejor puede demostrar la estupenda magnitud de ese amasijo de libros. Consiste en 1.500 volúmenes en folio, gruesos que apenas si pueden manejarse, colocados en ambos lados de una estantería que describe un arco de más de ochenta metros de longitud.

El salón de lectura es un patio magnífico con una cúpula de más de 30 metros de altura y 42 de diámetro. En su recinto caben holgadamente 500 lectores. Como la biblioteca goza del privilegio de recibir obligadamente un volumen de cada obra publicada en Inglaterra, anualmente ingresan 100.000 volúmenes, lo cual ha obligado a buscar local donde ampliar sus instalaciones.


HARINA DE CEREALES FRESCOS
PREPARADO CIENTIFICAMENTE PARA LA ALIMENTACIÓN DE NIÑOS SANOS Y ENFERMOS Y ADULTOS A REGIMEN
Germinase
Leche sola, no; leche con "Germinase", sí!
Es éste un precepto de alto valor higiénico, que desearíamos que todas las madres tuvieran presente al preparar el alimento para sus hijitos.
Porque está probado científicamente que asociando la leche de vaca con la "Germinase", se combina un alimento de gran valor nutritivo, más digerible y mayormente aprovechable que el insubstancial te o café con leche, que empobrecen la leche que deben ingerir los pequeñuelos.
De venta en Farmacias y Casas de Alimentación.

Excursión campestre ofrecida por un grupo de amigos y admiradores al campeón mundial de permanencia en el agua, Pedro Candioti

¡ALEGRIA! ¡ALEGRIA!

El hombre, que es el único ser de la creación dueño de la risa, suele perder con demasiada frecuencia, por desgracia, este don divino, no tan sólo por los afanes y amarguras de orden moral, sino también por causas que tienen su origen en los males físicos. Entre éstos, y teniendo en cuenta su influencia inmediata sobre el carácter, están en primera línea todos aquellos que residen en el estómago y las vías digestivas.

Lo de *mens sana in corpore sano* es una verdad incontrovertible, pues todo ser humano que goza de buena salud trabaja con placer, come con apetito, duerme tranquilamente y, por fin, disfruta de la vida y sus placeres, sonriendo constantemente ante su dicha.

Es necesario, pues, asegurar cuanto antes, y por el mayor tiempo posible, este bienestar inapreciable, para lo cual hay que empezar por cuidar de que los órganos del cuerpo marchen arreglados como un reloj, funcionando metódicamente, de manera que estómago, vientre, hígado, etc. cumplan sus providenciales cometidos con regularidad y perfección.

Para este fin no hay más que usar oportuna y sistemáticamente las renombradas

PILDORITAS REUTER

el laxante más eficaz, sencillo y cómodo a que pueden recurrir los que padecen de estreñimiento o malas digestiones, pues su acción es suave y segura, y sin causar dolor ni irritación eliminan los residuos nocivos y vigorizan todo el aparato digestivo.

Usando las Pildoritas Reuter el dispéptico debilitado y entristecido adquiere su vigor pristino, las digestiones no son una penosa labor, la sangre fluye fresca y abundante en glóbulos rojos, las células gastadas se renuevan, la mente descansada de la fatiga del dolor despierta y se anima, y cuerpo e intelecto son bañados por la onda suprema: ¡Alegría! ¡Alegría!

REUTER'S LITTLE PILLS FOR THE LIVER

ESTREÑIMIENTO
DISPEPSIA
DOLOR DE CABEZA
BILIOSIDAD



Pilas secas Columbia



No importan más, sino que duran más

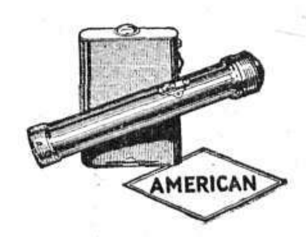
USE Ud. pilas secas Columbia para timbres y zumbadores eléctricos, teléfonos, etc., y baterías Columbia "Hot Shot" para el encendido de motores de gas, de tractores, de autobotes, de automóviles Ford y otros.

Asegúrese de que la marca Columbia esté impresa sobre la etiqueta, pues ella es su garantía de satisfacción.



Lámparas de bolsillo "American"

LA lámpara de bolsillo es útil a todos. Las "American" son atractivas y durables. Producen luz más brillante y duran más que todas. Se ofrecen en muchos estilos. Que su abastecedor le muestre el surtido que tiene.



F1222S

Representante General en Sud America: R. E. CARLO, Rivadavia 1255, Buenos Aires, Argentine

Sensación *de* Jujuy

Al llegar

La primera sensación de Tucumán fué obra de un rapidísimo contacto, noche ya, en hora de animación concentrada, sobre todo en la espléndida plaza de naranjos. Atravesamos la hermosa ciudad de la Argentina histórica, para tomar el tren hacia Jujuy. El tiempo preciso y en auto; todo hacía falta, pues llegáramos con dos horas de retraso. El tren de ahora, el internacional hacia Bolivia, literalmente lleno, arrancó a su hora. ¡Adelante, por la Argentina montañosa y vestida, antítesis de la Pampa y del Río. Pero de Tucumán se hablará a la vuelta... Ahora, a Jujuy, tierra adentro, y hacia arriba, y, por de pronto, a dormir que bien lo pedía el cuerpo.

Despertamos frente a la sierra espléndida, bañadas las cumbres por el sol, en atmósfera diáfana. Avanzaba el tren por región de bosques, limitados a ambos lados por montañas que, al alborear el día, se encendían suavemente con el más riente y discreto tono rosa, acariciador, finísimo, que, poco a poco, se desvanece en la plena luz de un día claro.

Puente Pérez.

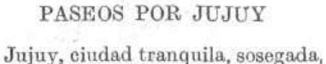




Serían las ocho de la mañana, mañana de una suavidad voluptuosa, en ambiente apacible, en medio de una naturaleza que por su estructura me acercaba a las sierras de mi lejanísima Asturias, serían, digo, las ocho cuando llegamos a Jujuy, ciudad de agradable aspecto, holgadamente acostada en poético altozano, riente aquel día bajo el sol luminoso. Tiene Jujuy una situación por extremo pintoresca: en una llanada sobre una eminencia. El viajero inglés Temple, que recorrió aquellas regiones en 1826, notaba al describir Jujuy que está «edificada sobre una eminencia entre dos ríos, en espacioso valle, mientras que las majestuosas montañas que la rodean están a suficiente distancia para permitir que corra la brisa vespertina, que, por lo regular, sopla con deliciosa frescura después del excesivo calor de diciembre». En junio, en que gozábamos de Jujuy, el ambiente era todo el día dulcemente suave.

Llegar ahora a Jujuy no tiene aire alguno de proeza, a pesar de la distancia a que uno *se siente* de los suyos. La acción de la cultura, que influye en todas partes, ha convertido el viaje en cosa al alcance del menos valeroso de los turistas, o de la dama más remilgada y temerosa: el ferrocarril que el doctor Carrillo reclamaba en 1877, desde la *Historia civil de Jujuy*, a nombre de las tradiciones gloriosas y de los sacrificios notorios con que Jujuy contribuyó a la organización nacional, se utiliza hoy, y por él llegáis al pie del pueblo, y un cochecito os conduce, si así lo dispone vuestra merced, al hotel de don Bindo Pelagatti, y una vez en su patio os creeréis en cualquier pueblo de la Andalucía lejana. Leyera yo aquellos días los viajes del inglés Temple, que publicó en español, en parte, la Universidad de Tucumán, y la imaginación excitada me incitaba a reconstruir el Jujuy del año 1826, época de las andanzas del humorista Temple; «minero de los tiempos de Canning y Rivadavia», como dice mi excelente amigo don Juan Terán, tucumano ilustre. Era Jujuy, entonces, cabeza de camino carretero a Buenos Aires, y aquí, dice Temple, los viajeros del Perú consideran, para usar una frase familiar, que «se ha roto el cuello del viaje». Le restan aún mil trescientas millas, pero de mejor camino y menos dificultades...

Ahora, en el año 1921, el ferrocarril, instrumento de democracia y de eficacia, lo ha igualado y lo ha vencido todo, y vais de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, suave y cómodamente, y quizá, ni aun internándoos por las sierras que recorriera Temple, tropezáis con aquellas plagas de pulgas que le hacían bendecir el alba para huir de ellas... Yo, al menos, no hice el más leve conocimiento con semejantes calamidades.



PASEOS POR JUJUY

Jujuy, ciudad tranquila, sosegada, quieta, esencia de típica provincia argentina, muy de tierra adentro, de tradición netamente española, de solas y silenciosas calles con atractivos rincones de intensa poesía, con pátina, a un millón de leguas del imponente elevador de trigos o del horrendo frigorífico, rincones por donde pasó la historia y en los que el vivir de un pueblo se incrustó en las piedras. Desde numerosos sitios, los más vividos, os imagináis en una ciudad del interior de España, de las de existencia lánguida y en la apariencia quieta, como en dulce remanso. Todo está allí a tono: las bellas iglesias, la hermosa arqueada blanca de la principal de San Francisco, la plaza, las vías, el caserío,

los comercios de pueblo de intenso sabor... sólo descompone el armónico ser, la espontánea estética vivida, síntesis de tradición y de historia, el colosal pegote de las construcciones que se destinan a casa o palacio de gobierno y a escuela normal, y puestas allí sin arte ni concierto.

Caía la tarde... la ciudad se anima en la plaza: una banda de música ejecuta en el Kiosco aires alegres, y las niñas acuden al paseo, y acuden los jóvenes, y se componen los pequeños grupitos, y se pasea, y surge con todo su típico carácter el recogido cuadrito provinciano, del más puro provinciano de nuestras pequeñas ciudades y villas. Momento hubo en que me sentí, sin saber cómo, en mi Avilés de Asturias, en su parque, donde, a hora análoga y de análogo modo, la banda musical — orgullo, a veces, del pueblo — congrega a las niñas y se forma la rueda... ¡Qué extraña e íntima emoción cuando a la banda de Jujuy se le ocurrió entonar la alborada! Dejábamos la plaza y nos acercábamos al pórtico de la iglesia, envuelto a la hora en el hondo silencio poético de la noche... bella y suave.

Más tarde remontamos la calle... solitaria, dormida; resonaban las pisadas de los contadísimos transeuntes; cruzamos ante el café de España, riñón provinciano. Siempre hay un café así, en los pueblos, lugar de melancólicas delicias y de aburrimientos inconfesados. Allá, en aquél, en el fondo, se destacaban sobre un tablado las tristes siluetas de unos músicos que hacían gemir o reir, en la más rara y original de las combinaciones instrumentales, un violín, una guitarra y un acordeón.

Jujuy, desde su señorial asiento, domina el grandioso paisaje de abruptas montañas, partidas por el valle, en el que se destaca el lecho pedregoso del río Grande, y sobre el río el Puente Pérez os permite cruzar rápida y cómodamente hacia los caminos deliciosos de Jaira y de San Pedro. Mas si quereis gozar una sensación más pura, de la noble y robusta naturaleza jujeña, de la América esencial de los exploradores, de nuestra epopeya, lanzaos, aunque sea en auto, por el camino, a ratos cruelmente pedregoso, hacia Reyes, que es siempre más adentro. Primero os acompaña la vía férrea que desorienta: pero luego que la perdéis, la ilusión o realidad es perfecta. Aparecen los ranchos solitarios, se tropieza con tipos de la tierra, de sangre india muchos; de vez en cuando mujeres a caballo con su hijito cariñosamente llevado. Y todo como deslizándose en el sublime y dominador silencio, solemne, de gran templo, que en la montaña reina, interrumpido sólo por rumores difusos y discretos que os invitan a escuchar, como si se dispusieran a explicaros el eterno misterio en que viven aquellos recogidos lugares, de ensueño y de paz íntima.

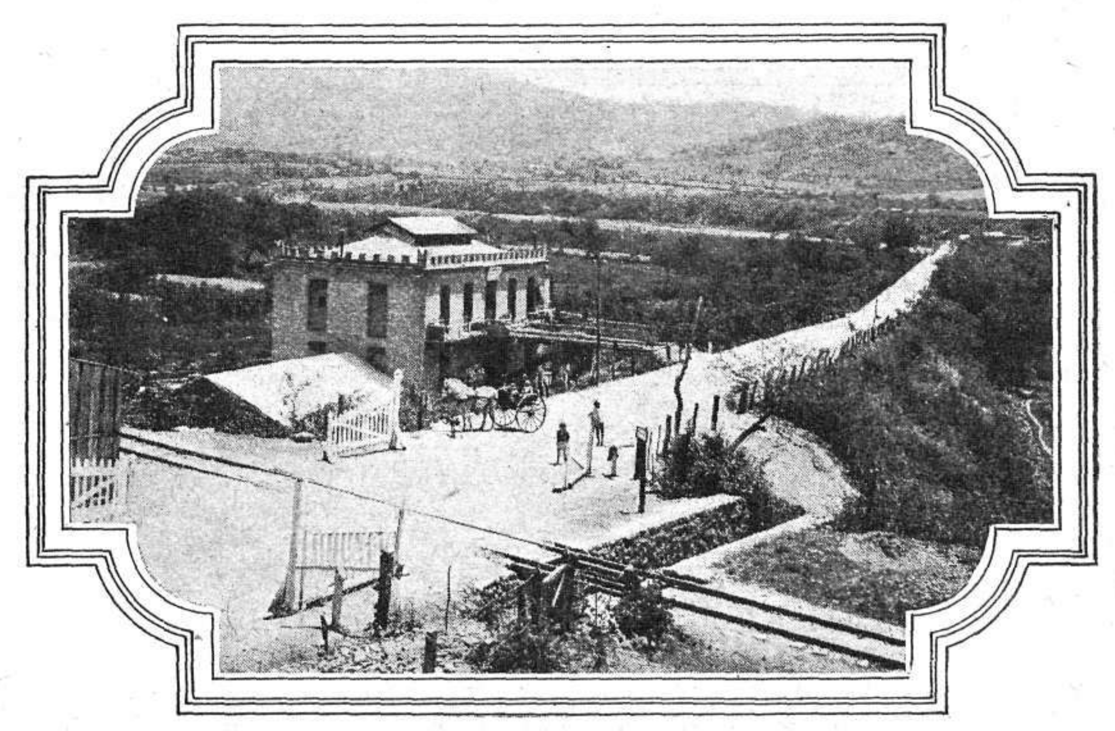
Jujuy, tiene su estatua a San Martín: levántase en un ancho parque. He dicho mal; se pierde achicada, diminuta, como juguete de niños, en la melancólica esplanada, en medio de una naturaleza de amplias y nobles líneas, de grandiosidad dominadora. El cuadro es digno del héroe nacional, pero habría que agigantar la estatua.

Dejamos a Jujuy mirando con cierta envidia el letrero que en la estación indica La Quiaca, en dirección a Bolivia. Pero era indispensable iniciar el retorno. Habíamos llegado a la mayor distancia del itinerario convenido por el interior de la Argentina. La provincia toca al norte, en La Quiaca, con Bolivia. Es la región de más accidentado relieve de la inmensa república. Llegan sus alturas a más de 3.000 metros.

Fué Jujuy ciudad la estación obligada en el viaje hacia Bolivia, o de Bolivia hacia el mundo: debían contemplarla con regocijo, como respiro, los viajeros, después de recorrer tierras desnudas y desoladas. Hoy ciudad de tránsito, por el ferrocarril, vive, sobre todo, del comercio que animan y mantienen las grandes azucareras que trabajan en su región, la segunda en producción de azúcar de la república.

Bien temprano, con día espléndido y claro — como todos los pasados en Jujuy — tomamos el tren... hacia Tucumán, por las tierras pintorescas de Jujuy y de Salta, cruzando pueblos animados y atrayentes. Perico, Pampa Blanca, Güemes, Palomitas, Metán... Rosario de la Frontera... Entre maizales... por campos de cañas, a ratos por región de bosques, por llanos, pero con las sierras a la vista, iluminadas por el sol... Una naturaleza varia y amable y las estaciones animadas por gentes de campo o de pueblo, de aire sencillo, suave, sereno...

A D O L F O   P O S A D A



Hermosa perspectiva de los alrededores de Jujuy. Puente Pérez al entrar el Central Norte.



LABOULAYE (F. C. P.). — Niños que tomaron parte en el concurso infantil realizado en el teatro Buenos Aires a beneficio de los niños pobres de la localidad.

LA INDUSTRIA MODERNA

No sólo por el afán de la competencia, sino también por el deseo de crear para la comunidad mayores elementos de progreso y bienestar, aumenta a diario la consagración de las actividades humanas al desarrollo de la industria. Los hombres de ciencia toman en él tanta parte como los capitalistas, cada quien en su ramo, y son frecuentes las sorpresas que se nos dan en ese sentido.

Muchos son, por ejemplo, los inventos medicinales contra la dispepsia y las afecciones del hígado; mucho el esfuerzo científico dedicado a combatir esos males, cuyas víctimas son infinitas en número; pero habrá pocas preparaciones que podrán superar a la Salvitae, la cual por su variada utilidad, especialmente en las dolencias indicadas, está recomendada por los médicos más conocidos.

Cuantos se han sometido al uso de ella — y todo el mundo puede hacerlo, porque su precio es de una modicidad sin par — constitúyense en sus mejores propagandistas y proclaman su excelencia.

COMO SE TIENE TRANQUILIDAD

Hojeando una revista extranjera encontramos un dato curioso y que habla a las claras del interés que tiene cada ciudadano por la economía, principio insignificante en la vida de cada quien, pero que a la postre resulta la base de un sólido porvenir.

En una fábrica—que no recordamos de dónde es—dice la revista, cada obrero está obligado a depositar en una caja de ahorros un 10 por ciento de su sueldo, y desde el momento en que deje la primera suma, devenga por ella un interés crecido que va rebajando a proporción que se aumentan las economías, y cuyo interés, por imposición del dueño de la misma, es entregado al obrero, el cual no puede disponerlo, sino llevarlo a otro depósito que se llama Fondos de Salud, con los cuales puede hacerle frente a cualquiera enfermedad que le sobrevenga.

Nos referimos a esto, porque hay personas que no piensan en el mañana, y como no tienen economías no pueden disponer de una suma insignificante para aliviarse las dolencias de los riñones y obtener un frasco de Salvitae, que es tan barata y eficaz en los casos en que se emplea.

DEVOTO. — Banquete ofrecido por el vecindario al doctor Rómulo Cúneo V. en ocasión del aniversario de su establecimiento en este pueblo. Una comisión de señoritas le hizo entrega de una medalla conmemorativa. En círculo: el doctor Cúneo.

EL RECEPTOR

por

Enrique Laverage

Hay muchos hombres como Skanlinson, ingeniero electricista, I. E. Su retrato, pintado para el Club Radio-Marino por un artista conocido, muestra un hombre cargado de hombros, calvo, de labios delgados y ojos de mirada como avara, como si Skanlinson hubiera sido retratado en el acto de decir:

— Yo siempre estoy listo para recibir; pero es inútil pedirme un favor.

La mujer de Skanlinson lo abandonó una noche, en un acceso de rabia. El acto de su partida fué trágico. Desde el umbral de la puerta, de espaldas a su marido, lo miró, volviendo hacia atrás la cabeza, con profundo menosprecio, y arremangándose las polleras en los tobillos, abrumó al ingeniero electricista arrojándole, moralmente, la carga de cinco años de existencia miserable.

— Me voy — dijo.

Y Skanlinson contestó con su voz meliflua:

— No dejes la puerta abierta.

Cuando oyó el golpe de la puerta cerrada por su mujer, Skanlinson llamó a su sirviente y le dijo:

— Juan, abre ese cajón del escritorio y saca mi revólver... Y ahora, oye: yo jamás dejaré que esa mujer vuelva a mi casa, y si tú la recibes derrocharé una bala agujereándote el pellejo.

En el Club Radio-Marino, en donde pasaba las tardes desde que su mujer lo abandonó, había una sala especial en que los socios se reunían para deleitarse con sus bebidas favoritas. Skanlinson se metió en esa sala y habló durante varios días de cinco cajones de excelente whisky escocés que iba a recibir; pero los cinco cajones nunca llegaron, y los otros socios alejaron a Skanlinson. Por el club corrió el rumor de que era un buen receptor; pero un mal entregador.

No hay recuerdo de que alguna vez invitara a nadie a nada. En realidad jamás lo hizo.

Osgood, el director presidente de la compañía para la cual Skanlinson trabajaba, dibujando aparatos e instalaciones radiográficas, había entendido perfectamente el carácter de Skanlinson. Decía de él a los directores de la compañía:

— Skanlinson es como esos mendigos de fuertes puños que son grandes calculadores y construyen casas con lo que les va sobrando. Nunca ha pagado una copa a nadie, y nunca la pagará; pero podemos desentendernos de su falta de generosidad y tratar de aprovechar sus antipáticas condiciones.

Uno de los directores hizo notar:

— Este mundo está lleno de positivos y negativos. Skanlinson es un carácter negativo, absorbedor de corrientes de los caracteres positivos. No es capaz de *enviar* ni una chispa.

Skanlinson no enviaba ninguna energía radiante cuando, de noche, se paseaba por el West End. Hay hombres y mujeres que difunden amabilidad, imaginación, esperanza o caridad; Skanlinson, con su traje viejo de tres años, su sombrero raído, sus zapatos de una suela, de los cuales decía jactanciosamente que nunca los tiraría, era un ser no-magnético. Los niños se apartaban de él instintivamente; ningún mendigo le pedía jamás limosna, porque Skanlinson y los mendigos se repelían recíprocamente como polos de igual polaridad.

Juan, su sirviente, se fué de casa de Skanlinson a causa de las inauditas condiciones de frugalidad que en ella imperaban.

— No es un buen hombre — fué la conclusión del sirviente. — Toda la vida está haciendo cerner ceniza para ahorrar carbón.

II

Skanlinson vivió solo en una casa grande durante un año, hasta que un comisionista encontró un comprador que dió por ella más de lo que valía. Entonces Skanlinson se llevó sus libros y sus instrumentos a un departamentito de dos piezas; vendió las cosas de su mujer que le habían quedado y los muebles, invirtió el dinero en bonos libres de impuestos y siguió trabajando fuerte en las oficinas de la compañía.

Una tarde Osgood lo llevó a una sesión del directorio.

— Vea, Skanlinson — le dijo el gerente; — le proponemos que vaya a Manchuria para hacer el presupuesto de la construcción de una estación aérea transoceánica con treinta y seis torres. Hemos resuelto que vaya usted, porque queremos adelantarnos a Armstrong y Cía. ¿Qué dice usted?

— ¿Cuánto me darán para gastos?

— Estamos dispuestos a pagar todos lós gastos legítimos — dijo Osgood, — y queremos que vaya un hombre que pueda hacer las cosas con toda economía sin que puedan advertirse fallas en la construcción.

Skanlinson se hizo de rogar un poco, porque pensaba que mientras más se demorase en aceptar más le darían para gastos. Su deducción era correcta porque, al fin, Osgood, desesperado, aceptó las condiciones que Skanlinson puso como mínimo de sus exigencias.

— ¡Maldito ingeniero! — exclamó el gerente cuando los directores quedaron solos. — Su naturaleza absorbe todo y no da nada. Es como los tiburones; tiene los dientes para dentro.

Un detalle final acerca del carácter de Skanlinson lo dió el cajero de la compañía:

— Se parece a esas baterías de plomo que nosotros hacemos: toman una carga de electricidad, pero nunca sueltan nada. Y los ojos de Skanlinson tienen el color de las placas negativas que tenemos en las baterías... gris de pizarra.

III

La señora de Skanlinson, cansada de pelear con el abogado de su marido, que no dejaba adelantar su demanda para obtener el aumento de la pensión primitivamente fijada por la justicia, se encontró por casualidad con Skanlinson en Haymarket, cuando iba a comprar su boleto para ir a la China en un vapor japonés. Estaba malamente vestida y tenía la cara enflaquecida y pálida. Su juventud se había ido para no volver más.

— Por Dios, Malcolm, pórtate bien conmigo! ¿No quieres ayudarme? Me hallo en la miseria.

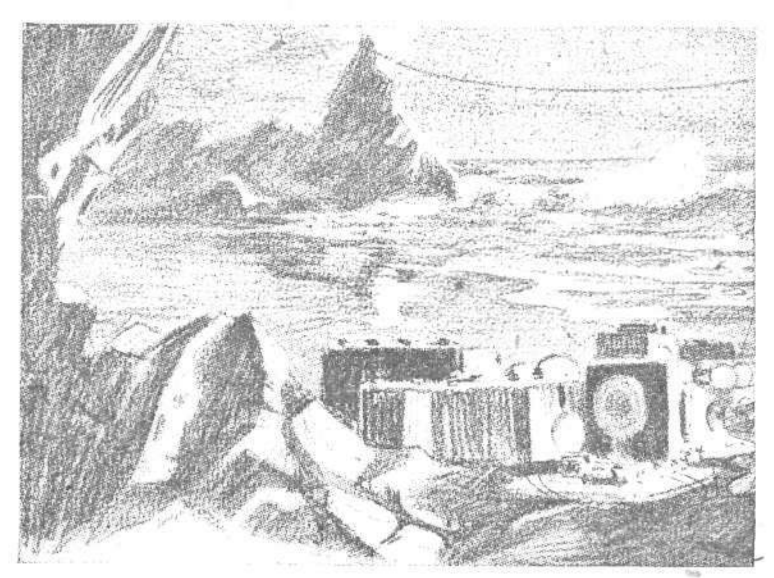
— Bueno — contestó Skanlinson. — Hace mucho tiempo que no recibía una noticia tan agradable. La miseria es lo único que mereces.

Y cuando vió que su mujer desaparecía del radio de su visión se le ocurrió una idea. No se había divorciado de su mujer, y por lo tanto ella podía heredar su dinero en caso de que muriese en Man-

churia. Entró en una cigarrería y pidió permiso para hablar por teléfono. Su abogado no estaba en su oficina, y el vapor salía esa misma tarde.

Skanlinson resolvió esperar y hacer su testamento cuando volviese de su viaje. Se fué a su casa, empaquetó sus instrumentos eléctricos, llenó con ropa una bolsa de cuero y se dirigió con su carga al malecón.

Otros buques más grandes y mejores que el *Kobe Maru* estaban listos para zarpar para el Oriente; pero Skanlinson había pensado que ahorraría bastante dinero con irse en un vapor japonés de segunda clase, con billete de ida y vuelta. Los camarotes de primera del *Kobe Maru* eran chicos y Skanlinson tuvo que compartir el suyo con un chino que no olía precisamente a rosas.



A MEDIA NOCHE SKANLINSON HIZO FUNCIONAR SU INSTALACIÓN, Y NO TARDÓ EN OÍR ALGO.

A bordo, el ingeniero electricista siguió su sistema de tomar todo y no dar nada, y, naturalmente, no tardó mucho en sentirse disgustado. Su saco lustroso, sus zapatos tan usados, su persona misma empezaron a ser objeto de burlas en el salón de fumar.

— ¿Ese? — dijo en una ocasión uno de los mozos. — Es de los que no comen huevos por no tirar las cáscaras. La otra noche estaba repasando los vasos vacíos, para ver el modo de beber algo... Es demasiado miserable para pagarse una copa...

El radiotelegrafista del *Kobe Maru* fué atento con Skanlinson durante dos días, porque el ingeniero sabía todo lo que hay que saber respecto a radiotelefonía y radiotelegrafía y los correspondientes aparatos; pero luego empezó a hacer pequeños pedidos al operador: tabaco, fósforos, una copa.

— Ese sujeto — concluyó por pensar el operador — es un pechador. No irradia nada sino avaricia.

El operador se llamaba Fred Barrett. Skanlinson, viendo que nadie simpatizaba con él en el salón de fumar, se dedicó a la caza de Barrett. No salía de la cabina de la radiotelegrafía y se fumaba sus pipas.

Un condensador se descompuso precisamente cuando el *Kobe Maru* navegaba en el mar Amarillo.

— ¿No podría usted ver el modo de arreglarlo? — preguntó Barrett a Skanlinson, que después de estudiar la avería pidió al operador diez dólares por arreglar el condensador. Barrett se sacrificó y Skanlinson, después de recibir el dinero, arregló el desperfecto.

Desde entonces Barrett maldecía a Skanlinson cuando se acordaba del incidente.

IV

De pronto una tormenta formidable, como sólo se ven en los mares del Extremo Oriente, se desencadenó sobre el *Kobe Maru*, que a las pocas horas era ya un vapor perdido. Barrett cesó de lanzar al espacio llamados tan angustiosos como inútiles.

En vista del peligro, Skanlinson pensó seriamente en tomar sus medidas. A bordo había mujeres y niños, pero el ingeniero electricista no se acordó de ellos. Hizo un paquete con sus instrumentos y se escondió debajo de los asientos de un bote salvavidas. De pronto, en medio de la confusión de a bordo, alguien cortó, por error, las amarras del bote, y éste cayó al mar con Skanlinson adentro, alejándose en el acto, llevado por las olas, del vapor que se hundía.

Skanlinson salió de su escondite y se encontró solo en medio de las furiosas olas, que llenaban de agua la pequeña embarcación. El ingeniero electricista tuvo miedo y empezó a hacer esfuerzos sobrehumanos para sacar el agua del bote, que al fin fué tomado por una especie de malstron y arrastrado de acá para allá por el vendaval. Un momento en la cresta de inmensas olas hirvientes de espuma, al siguiente hundido en abismos de paredes de agua, el bote parecía enloquecido, hasta que después de algunas horas de indecible angustia para Skanlinson fué arrojado a una costa rocosa, en una isla a la cual jamás se había acercado un buque.

La desolación y la soledad reinaban en ese mundo azotado por los vientos. Skanlinson se encontraba en una isla solitaria. Sólo él se había salvado de todas las personas que había a bordo del *Kobe Maru*.

A Skanlinson no se le ocurrió pensar por qué la Providencia había tenido el capricho de salvarlo; pero recurrió a sus matemáticas y fijó la situación de la isla con la ayuda de una estrella que apareció en medio de un grupo de oscuras nubes.

La isla tenía todo el aspecto de una isla volcánica; tal vez debía su existencia a algún cataclismo reciente, porque las algas, las conchas, todo parecía nuevo en ella.

Skanlinson, ingeniero electricista, sacó del maltrecho bote la mayor parte de sus aparatos eléctricos, un manual técnico, una caja de galletas y un mapa del Océano Pacífico, casi borrado por el agua. Lo juntó todo en una cueva, consultó el mapa, hizo nuevos cálculos, y llegó a la desoladora conclusión de que ningún buque, ni siquiera un bote, acudiría jamás en su auxilio. La isla era estéril, no contenía madera y Skanlinson no tenía ni medios ni inteligencia para preparar su salida de ella.

La vista de una nutria le alegró el corazón; quizás algunos cazadores de nutrias cayesen por allí; pero los días pasaron y no apareció nadie. Skanlinson, que se alimentaba de pescados y mariscos, empezó a enfermarse. Quemó la mayor parte de las tablas del bote para hacer fuego, porque el invierno se acercaba y principiaba a hacer frío. Pasaron unos cuantos días más y vientos fríos del norte empezaron a soplar furiosamente, no siendo suficiente defensa contra ellos la delgada y vieja ropa del ingeniero, que se dió a pensar en las expectativas que tenía de salvar la vida.

De pronto se le ocurrió una idea luminosa, que le

pareció inspirada por el cielo. Los instrumentos que había guardado en la cueva contenían mucho alambre, algunos centenares de pies, de diferente grosor. Skanlinson recordó su aparato para medir la resistencia de materiales, junto con el cual había unas cuantas baterías secas. Tenía también varios instrumentos y materiales que se emplean en las instalaciones radiográficas.

V

Empezó a hablar consigo mismo desde que la idea se formalizó en su mente. Hablaba en voz alta por efecto de su soledad y abandono.

— Puedo — decía — construir una instalación radiotelegráfica con diversas partes de mis instrumentos. Tengo un audífono y bastante alambre, y el mar obrará como una conexión a la tierra y la roca como una torre. Vapores con instalaciones radiográficas pasarán seguramente a la distancia conveniente y podré tal vez comunicarme con ellos o con la estación de Tokio.

De repente, un acceso de rabia alteró las hambrientas facciones de Skanlinson; recordó que su mujer heredaría todo su dinero si se moría en la isla. Esa rabia cedió su puesto a nuevos cálculos, y Skanlinson fué a la cueva y examinó sus instrumentos: estaban húmedos, pero un buen fuego los secaría. Hizo una hoguera con las últimas tablas del bote salvavidas.

Una vez listo todo, el ingeniero electricista construyó, no sin grandes esfuerzos y repentinos desalientos, su instalación radiográfica, que después de concluída le pareció bastante buena. Resolvió esperar hasta la media noche, por ser ésta la hora más conveniente para lanzar a la atmósfera su S. O. S.

A media noche Skanlinson hizo funcionar su instalación y no tardó en oír algo. Esforzándose por entender, comprendió que se trataba de noticias enviadas por la gran estación de Tokio.

A poco la reproducción fonográfica de una canción familiar le recordó su viejo hogar:

Cuando florezcan los manzanos...

Luego otra:

Dulce, dulce Alicia mía...

Alicia era el nombre de la mujer de Skanlinson...

Cambió la onda rápidamente y oyó el llamado de un buque a otro muy lejos hacia el oeste. Pedían noticias del vapor *Kobe Maru*.

Skanlinson dejó de oír. Se irguió y miró en torno suyo. Un fuerte viento del norte le salpicaba la cara con agua salada del mar.

La antena que había alzado se lanzaba hacia el cielo como un dedo acusador. La esterilidad de la isla le hizo recordar a Skanlinson la de su vida. Un estremecimiento helado recorrió todo su cuerpo.

De pronto una ráfaga más fuerte, acompañada de truenos, anunció la cercana tempestad. Las olas rugían embravecidas. De las alturas volcánicas de la isla se desprendían grandes trozos de roca. Skanlinson se tendió en el suelo, asustado.

Y permaneció así hasta que uno de los trozos de roca fué a dar con su instalación radiográfica y la derribó, haciendo grandes destrozos.

Entonces Skanlinson se levantó y permaneció largo rato de pie, contemplando su destruída obra. Ya no podía ser reparada; no había manera de repetirla.

Estaba condenado para siempre: había podido recibir a través de la atmósfera canciones y mensajes cambiados a lo lejos; pero había carecido del poder radiante necesario para enviar el más humilde S. O. S.

Su situación era el espejo de su vida.



Miembros de la colectividad israelita que dieron una recepción al delegado de la organización sionista universal, señor León Jaffe.

Telegrafía y telefonía sin hilos moderna al alcance del aficionado

RECEPCIÓN DE ONDAS CONTINUAS - LA HETERODYNE

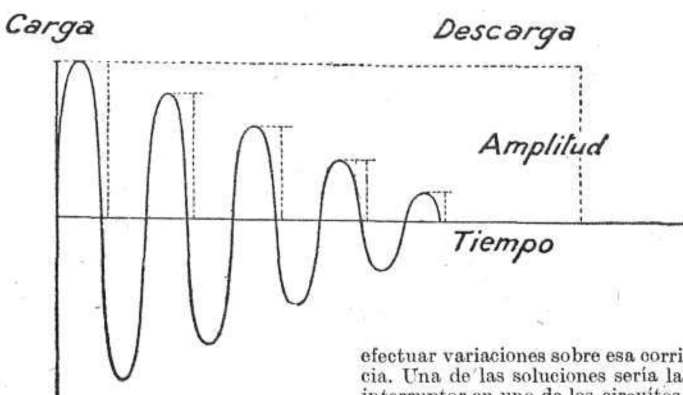
En un capítulo anterior se explicó la forma de obtener ondas continuas, es decir, cuya amplitud era constante, distintas a las ondas obtenidas de los primeros transmisores de radiotelegrafía que se emplearon en los principios del radio y que aun usan algunas estaciones telegráficas comerciales.

Las ondas amortiguadas son aquellas cuya amplitud varía constantemente desde su valor máximo hasta cero.

En la figura número 1 están representadas las variaciones de una onda, y vemos que partiendo de un valor máximo inicial, que corresponde a la chispa producida en el estallador del transmisor, la amplitud va disminuyendo rápidamente hasta cero, que corresponde al momento en que la carga del condensador, adquirida por la aplicación de un elevado potencial en sus bornes, se ha disipado por completo y el conjunto deja de oscilar hasta la producción de una nueva carga, repitiéndose el fenómeno tantas veces por segundo como veces el interruptor del circuito primario cierra el circuito.

Un tren de ondas es el resultado de la producción de varias cargas y descargas durante un determinado tiempo que puede variar, según el operador desee transmitir un punto o una raya.

Una antena receptora que se encuentre sintonizada para la onda que está emitiendo ese transmisor experimentará variaciones de potencial de acuerdo con dicha onda, dando origen a una corriente en el circuito de antena-tierra del receptor, que aplicaremos sobre la reja del audión.



Según las variaciones de potencial que adquiera ésta, la corriente de placa experimentará una serie de variaciones proporcionales a las mismas.

Las variaciones de alta frecuencia son inaudibles, pero no debe olvidarse que éstas adquieren un valor máximo un igual número de veces como se produjo una chispa en el transmisor, de manera que la placa del teléfono, intercalada en el circuíto de placa del audión, experimentará una atracción para cada uno de esos momentos, y como la producción de las chispas responde a una frecuencia musical, obtendremos en el teléfono la reproducción exacta de dicha frecuencia, o sea la obtención de un sonido.

Esta serie de atracciones que experimenta la membrana del teléfono es más o menos larga según la intención del operador de la estación transmisora, de transmitir un punto o una raya, de manera que la recepción de un telegrama no constituye ningún inconveniente.

Durante la guerra europea se perfeccionó un nuevo elemento para ser utilizado en radio: la lámpara audión.

La pequeña lámpara de los principios ha sido reemplazada por otras mucho mayores y de potencias elevadas, y hoy día no es una novedad el hecho de que se hayan utilizado con excelentes resultados lámparas de una potencia de 100 kilowatts.

No habrá escapado al aficionado el interés que demuestran, tanto los técnicos como los aficionados, en emplear, para las comunicaciones radiotelegráficas, las ondas producidas por una lámpara audión.

Este hecho se debe a que el rendimiento que se obtiene de los transmisores de chispa resulta insignificante al lado del obtenido con los transmisores de audión, si se tiene en cuenta que en innumerables casos, para comunicar con un mismo punto, una estación de audión puede ser la quinta u octava parte menos potente que una de chispa.

Pero, si bien el rendimiento es enormemente superior, presenta el inconveniente de requerir un receptor distinto al empleado para la recepción de las ondas amortiguadas.

No debemos olvidar que las ondas producidas por un transmisor de audión se llaman ondas continuas, precisamente porque la amplitud de las mismas se mantiene constante durante todo el tiempo que funcione el transmisor, y es gracias a esta cualidad que se ha podido realizar el teléfono sin hilos, efectuando variaciones eléctricas proporcionales a la voz sobre las mismas ondas continuas, que en este caso obran como de vía o conductor para esas variaciones.

Un manipulador intercalado en cualquiera de los circuitos del transmisor permite la transmisión de puntos y de rayas de acuerdo con el alfabeto Morse, pero la corriente de antena-tierra en el receptor, siendo de igual naturaleza que la del transmisor, es decir, alternada de elevadísima frecuencia y de amplitud constante, aplicamos sobre la reja del audión receptor potenciales variados pero con una gran frecuencia, de manera que en el teléfono no se percibirá ningún sonido.

Unicamente en la iniciación de un punto o de una raya, cuando la reja del audión, cargándose con los potenciales de la antena, permite un paso mayor de corriente de placa, se oye un ruido seco, que corresponde a la atracción que experimenta al verse recorrida por una corriente mayor, pero el fenómeno termina ahí.

Luego es menester otro elemento que nos permita efectuar variaciones sobre esa corriente de alta frecuencia. Una de las soluciones sería la intercalación de un interruptor en uno de los circuítos del receptor, de manera que el circuíto de placa experimente variaciones periódicas, que se traducirían en un sonido en el teléfono. Las ondas continuas recibidas sufrirán una modulación, o sea, serán interrumpidas un determinado número de veces, obteniéndose una onda semejante a la amortiguada, pudiendo oirse entonces las señales en los teléfonos.

Mientras la utilización de la lámpara audión no se generalizó para la recepción, y ésta se hacía aún con cristal, este era el tipo empleado; pero con los continuos progresos y las necesidades apremientes que originaba la guerra, se llegó a la feliz solución ideándose la Heterodyne, cuyo funcionamiento, por ser complicado, trataremos de explicar por medio de varios ejemplos.

Supongamos dos campanas que producen aproximadamente el mismo sonido, existiendo una pequeña diferencia de vibraciones. Para una persona que oye las dos campanas al mismo tiempo, no pasará desapercibido el hecho de que por momentos el sonido aumenta para disminuir luego, y así sucesivamente, reproduciéndose el fenómeno un determinado número de veces por segundo, siempre constante. Este aumento periódico del sonido más parece un tercer sonido, que es sencillamente el resultado de la diferencia de vibración de las dos campanas.

Efectivamente, cuando las dos campanas, por ese efecto diferencial de vibraciones, vibren al mismo tiempo, resultará un sonido que puede considerarse como la suma de los dos aislados, mientras que, por efecto de la diferencia indicada, cuando las vibraciones no sean sincrónicas, estas se restarán y el sonido disminuirá un tanto.

Luego, de la vibración asincrónica de las dos campanas obtenemos la producción de un tercer sonido, que es originado por la misma diferencia de vibración.

(Concluirá en el próximo número)

Brillante fiesta social ofrecida en el domicilio del señor Alejandro R. Paverini en honor de las señoritas de la calle Muñecas, a cuya dirección débese el éxito alcanzado en los corsos de Carnaval.

El mejor tónico nutritivo

Para criar un nene sano, robusto y hermoso

la madre debe conservar su salud y aumentar sus fuerzas tomando diariamente con las comidas y a cualquier hora la bebida tónica por excelencia Africana Extracto Doble.

Es un alimento líquido de gran poder que digiere bien el estómago más delicado y que no cansa por ser de sabor agradable.

Repone las energías de los ancianos, débiles y convalecientes lo mismo que de las personas sanas.

De venta en los Bars, Almacenes y Confiterías.



Elaborada por la Compañía Cervecería Bieckert Ltda.
San Juan, 3334. Buenos Aires



CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio, aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

SOLUCIONES CORRESPONDIENTES AL CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO DE 1923

Número 1266. — Número 1: Fragata; 2: Filoxera; 3: Dragón, Aragón; 4: Dar mate; 5: Salónica, Nicolás, casino, canoa, loca, sal, lo, n; 6: Novelas; 7: Hasta los gatos quieren zapatos; 8: Comedia; 9: Penitente; 10: medioeval; 11: Sintonizar; 12: Por la frivolidad comienza la sabiduría; 13: loco, tomo, mora (locomotora); 14: La antipatía dista más de la amistad, que el odio; 15: Cabeza de chorlito.

Número 1268. — Número 1: Cuñado; 2: salame; 3: onza, zona; 4: gato, toga; 5: retoño; 6: plantel; 7: Girafa; 8: malestar; 9: A dos por tres; 10: La palabra basta; 11: El amor abre el paréntesis, el matrimonio lo cierra; 12: Sanatorio; 13: Aurelio; 14: Laurentino; 15: Constantinopla; 16: limonada; 17: sobresale; 18: Contestación; 19: El arco Iris.

Número 1269. — Número 1: Contrarrestar; 2: Amor con amor se paga; 3: Hablar entre dientes; 4: De dientes para afuera.

SOLUCIONES CORRESPONDIENTES AL CONCURSO DE PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO DE 1923

Número 1270. — Número 1: Cara, tara, ratas (cataratas); 2: París; 3: Conocimiento: 4: Parche, percha; 5: Entereza; 6: Centeno; 7: Mercado; 8: Prisma, cuadrado, rombo, pirámide, triángulo, esfera, rectángulo, tetraedro, cono (en la vertical: Sarmiento); 9: Escarabajo; 10: Desmontadas; 11: Horchata; 12: Ricardo; 13: Boleta; 14: Sala, lado (salado); 15: Fragata.

Número 1271. — Número 1: Rastro; 2: Estafador; 3: Cerdo, cedro, credo; 4: En casa del herrero cuchillo de palo; 5: Carcajada; 6: Italiano; 7: Estar pendiente de los labios de uno; 8: Luna llena; 9: El que primero llega, ese la calza; 10: De mal en peor; 11: Marta, gata, rita (Margarita); 12: Todos los extremos son malos; 13: Entre santa y santo, pared de cal y canto; 14: Camarones; 15: Armatoste; 16: Rima, sapo (mariposa); 17: 1.ª $ 25, 2.ª $ 35 y 3.ª $ 30; 18: Nacarada.

Número 1272. — Número 1: Granada; 2: Lisboa, labios; 3: Perrera; 4: Remigio; 5: Norma, Ramón; 6: Coral, colar; 7: Sumariado; 8: Atenas; 9: Sinforoso; 10: Cenicero; 11: Granulado; 12: Nereo, enero; 13: Quien espera en la esfera, muere en la rueda; 14: Florencia; 15: Ce-sola (celosa); 16: Comprendido.

Número 1273. — Número 1: No es nada lo del ojo; 2: Sofocada; 3: Imparcial; 4: Soporta; 5: Concretar, concertar; 6: Donde las dan las toman; 7: Atacar, acatar, atraca, ácrata; 8: Despacio; 9: Sinuoso; 10: Descifrado; 11: Sobredorar; 12: Solidaridad; 13: Dolores.

Nota. — En el número próximo publicaremos el fallo de los concursos correspondientes a los meses de enero y febrero del corriente año.

N.º 1

Comprimido, por A. Donaggio B. (Iquique, Chile)

G	CIFRA

N.º 2

Refrán comprimido, por A. Donaggio B. (Iquique, Chile)

EIOUV	.AJO R

N.º 3

Charadístico, por A. Donaggio B. (Iquique, Chile)

1.ª	2.ª y 3.ª
VERBO	VERBO
TODO: VERBO	

N.º 4

Charada, por Héctor G. Peña (ciudad)

Si hombres fueras de "dos" "tres"
mi "prima" "tres" te daría
de una mina de "total"
que tu fortuna sería.

N.º 5

Comprimido, por Bettina (Alberdi, F. C. P.)

P	NOTA
ESCRITOR ESPAÑOL	

N.º 6

Comprimido, por Bettina. (Alberdi F. C. P.)

NOTA	NOTA	GO
PRÓCER ARGENTINO		

TECNICA

La enigmística está regida por ciertas reglas, que la costumbre y sus progresos ha impuesto como condiciones indispensables para su belleza, aceptadas por los especialistas en la materia, de los cuales contamos con alguno en el país.

Iniciamos hoy la publicación de lo que podríamos clasificar la técnica, con cuyo conocimiento los aficionados podrán construir interesantes pasatiempos.

Dedicamos hoy un pequeño espacio a la charada a vocablos.

CHARADA A VOCABLOS

Juego de verdadero ingenio, consistente en la unión de dos o más vocablos que aisladamente tienen su significado propio.

Ellos pueden ser cualquiera de las partes de la oración gramatical. Se ocultarán bajo formas de enigmas o expresados por sinónimos. Se subrayan.

El «total», lo constituye la reunión adecuada de dichos vocablos, y con esto se tiene la solución del juego. Se oculta el total bajo forma de enigma o su correspondiente sinónimo, escribiendo esto con caracteres distintos.

Ejemplos:

CHARADA A VOCABLOS

"Hermana", el verte "encerrada" allí,
Gran "impresión" ha producido en mí.

MORFEO.

1.ª Hermana = Sor
2.ª Encerrada = Presa
Total: Impresión = Sorpresa

Concurso de marzo — Se reciben soluciones hasta el 12 de abril inclusive.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS

MARZO DE 1923

CUPON N.º 1278.

NUEVAS ORIENTACIONES DE ESTA SECCION

Es nuestro propósito dar una nueva orientación a esta página, dividiéndola en lo que se refiere a colaboraciones. Todas aquellas que aparezcan con el agregado: «fuera de concurso», se considerarán en tal carácter en cuanto al concurso de colaboraciones se refiera, no así para el de solucionistas, pudiendo por ese procedimiento no vernos privados de excelentes elementos.

Los demás pasatiempos se destinan a estimular a los que se inician en el arte enigmático.

Tenemos preparadas otras sorpresas para los números próximos.

Los que deseen que sus juegos se publiquen fuera de concurso deben manifestarlo al pie del mismo.

¡NO SE CORTE MAS!

Recupere el tiempo que ha perdido experimentando otras navajas y adopte resueltamente

La Nueva Navaja de Seguridad

Gillette

Mejorada

Es el seguro de completa protección contra las cortaduras.

Sus múltiples ventajas y nuevas características hace que sea el instrumento de afeitarse más científico del mundo, y la última palabra en eficacia y comodidad.

Tenemos nueve estilos distintos de esta nueva Navaja de Seguridad "GILLETTE", y cada estilo se fabrica en dorado y plateado.

Este es uno de los nuevos estilos.



Modelo "New Standard", plateada. Precio: $ 15.— c/l.

La Nueva Navaja de Seguridad "GILLETTE" se adapta para el uso de las hojas "GILLETTE" conocidas desde hace años, y cuyo precio es de $ 2.50 m/n. la cajita de cartón conteniendo una docena. Hojas ofrecidas a menor precio son probablemente reafiladas o imitaciones sin valor.

Sólo podemos garantizar resultados satisfactorios usando las hojas GILLETTE legítimas con las máquinas "GILLETTE" legítimas, las cuales llevan esta marca.



EN NUESTRA EXPOSICION "GILLETTE", Moreno, 562, se pueden examinar las nuevas máquinas, obteniendo de nuestro experto personal todas las explicaciones y detalles necesarios.

Si no puede conseguir las máquinas ni las hojas, escriba inmediatamente a los

UNICOS INTRODUCTORES:

DONNELL & PALMER

554, Moreno, 572 — Buenos Aires

o a sus Agentes en el Interior:

Rosario: Flanagan Hnos. & Cía., Sarmiento, 533.
Córdoba: Rey & Cía., Corrientes, 47.
Paraná: Guillem Hnos. & Cía., Chile, 144.
Tucumán: M. Pérez Otero, 24 de Septiembre, 790.
Mendoza: A. Sierra Rancher, Rioja, 1868.
Pergamino: Luis M. Jáureguy, 9 de Julio, 943.

USTED PODRA GANAR $ 200.00 m/n

y al mismo tiempo favorecer a la Institución de Beneficencia que más le agrade, participando en el

CONCURSO DE COLORANTES "SUNSET"

los más perfectos, seguros, los únicos que limpian y tiñen a la vez.

BASES. — El señor R. F. Gobbi, único concesionario de los colorantes SUNSET, ha destinado $ 1.000 m/n a repartirse entre las Instituciones de Beneficencia: Hospitales, Congregaciones Religiosas, Asilos, Escuelas de Hermanas, Asociaciones Educadoras, etc., que obtengan el mayor número de votos entre los consumidores de COLORANTES SUNSET, en la siguiente forma:

$ 500.00 m/n	A la Institución que obtenga el máximo de votos
» 250.00 »	A las que sigan por número correlativo de votos.
» 150.00 »	
» 100.00 »	
$ 1.000.00 m/n	

PREMIOS DE COMPENSACION

Se destinarán, además, $ 1.000 m/n para distribuir entre las personas que envíen el mayor número de votos, como sigue:

1	Primer premio a la persona que envíe el mayor número de votos................	$ 200 m/n
1	Segundo premio de un traje valor de.............	» 100 »
2	Terceros premios de un sombrero valor $ 50 m/n cada uno..............	» 100 »
200	Cuartos premios de una sorpresa valor $ 3 m/n c/u.	» 600 »
		$ 1.000 m/n

Pueden participar en este Concurso todas las personas que lo deseen y enviar votos sin restricción alguna en cuanto a su número.

VOTOS. — Los votos serán emitidos al dorso de las cajitas de cartón en que van envasados los colorantes "SUNSET", y con letra clara se designará la Institución a la cual se desee favorecer y se indicará el nombre y la dirección del votante.

Cada etiqueta representa cinco votos.

Este Concurso termina el 19 de Mayo de 1923. El día 21 de Mayo de 1923, en un lugar que se determinará y se anunciará con anticipación, se procederá a efectuar el escrutinio de los votos ante el Escribano Público don Manuel Zadoff, San Martín, 235.



Los sobres conteniendo votos deben dirigirse a:

VOTOS SUNSET
RIVADAVIA, 926
:: Buenos Aires ::

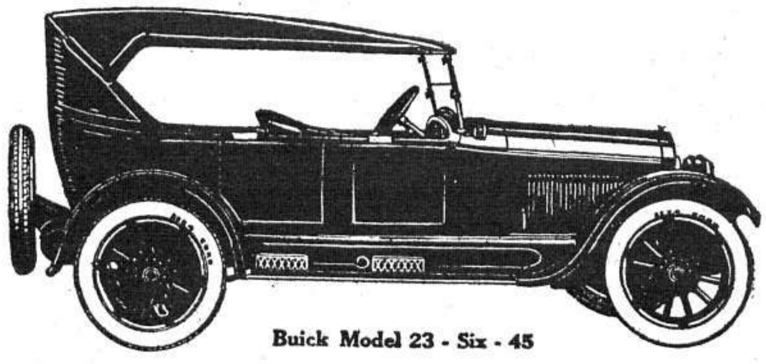
Envíe su voto hoy mismo.



Salón de la Exposición de Pintura, Cerámica y Fotografía efectuada por la Escuela Normal Profesional y que ha llamado justamente la atención por la calidad de las obras allí expuestas.



BUICK



Buick Model 23 - Six - 45

MODELOS 1923 — SERIE 23
DE 4 Y 6 CILINDROS

La alta reputación del Buick se debe exclusivamente a los buenos resultados que siempre da.

Debido a esto, los fabricantes del Buick están en la obligación moral de velar porque estos buenos resultados se perpetúen y que aún se intensifiquen, si es que las buenas cualidades del Buick pueden todavía intensificarse.

PIDAN CATALOGOS Y LISTA DE PRECIOS.

Necesitamos buenos agentes en los territorios libres.

Concesionarios Exclusivos:

HENRY W. PEABODY & Cía.

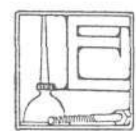
TALLERES Y REPUESTOS:
BOLIVAR, 1650

SALON DE VENTAS:
Bmé. MITRE, 1746

Buenos Aires



NUESTRAS MINAS DE CARBON



EL Gobierno Nacional ha enviado una comisión técnica para que vaya a hacer un formal estudio de los yacimientos carboníferos de Epuyén, en el Chubut.

Publicada, así escueta, entre tantas otras, esta noticia no ha llamado la atención de los lectores a pesar de su capital importancia.

Todas las naciones que explotan yacimientos de carbón son prósperas y poseen un gran poder industrial.

Las que no lo hacen o no lo pueden hacer, aunque sean prósperas, son industrialmente tributarias de aquéllas.

No gozan de verdadera independencia, puesto que un simple bloqueo las privaría de sinnúmero de cosas indispensables en la civilización moderna.

Sin el aprovechamiento del carbón de sus minas, naciones como Estados Unidos, Alemania, Inglaterra y Francia no hubieran llegado a ser lo que son.

En Brasil y Chile gobiernos e industriales rivalizan en ese mismo afán de querer aprovechar sus carbones.

El estudio ordenado por el gobierno se anuncia como el primer paso de una obra grandiosa que fué iniciada por nuestro genial Sarmiento y luego ciegamente abandonada.

Deseando coadyuvar modestamente hablaremos de los carbones argentinos en forma llana y sencilla desprovista de tecnicismos.

Deseamos simplemente hacer obra de divulgación a fin de que la bien intencionada iniciativa eche raíces en todos los que nos lean.

Serán, por lo tanto, estas líneas como simples charlas entre amigos que, olvidando carreras, ruletas o mujeres por una vez, hablen en forma amena e instructiva de asuntos serios e interesantes.

II

En otra ocasión publicaremos algunas cifras indicando cual es la producción de hierro de esas grandes naciones industriales y cual es el tributo que nosotros les pagamos, sin haber hecho aún nada para aprovechar lo nuestro.

Somos ganaderos y agricultores en escala amplia y mal atendida, y sólo somos industriales en muy pequeña escala, sin rumbos fijos.

Por más abundantes que sean nuestras cosechas sólo representan riqueza cuando tenemos a quien venderlas en buenas condiciones.

Hasta ahora las hemos vendido al extranjero; pero esto está cerca de fallar, y para evitar un desastre debemos imitar a los Estados Unidos elaborando nuestras materias primas en vez de exportarlas, con el fin de fabricar en el país todo cuanto nos hace falta.

Para eso necesitamos desarrollar convenientementes nuestras industrias elaborando la materia básica de la vida moderna: el hierro.

Somos uno de los principales países productores de cereales, carnes, frutos del país y otra multitud de materias primas, pero los exportamos casi totalmente.

Trabajamos para facilitar la vida de poblaciones lejanas que frecuentemente nos ignoran.

¡Todo resulta caro entre nosotros!

Producimos mucho trigo y es caro el pan. Numerosos ganados pastan en nuestros campos y caras son la carne y los botines. Y así sucesivamente vemos que todo es caro: la fruta, el vino, el azúcar, los pollos, los tejidos, los transportes, los libros, etcétera, etcétera...

Y lo más raro es que siendo caros muchos de esos artículos, como la manteca y los huevos, los exportamos a países donde se venden más baratos que aquí.

Ese extraño y curioso fenómeno ya debería haber preocupado seriamente a nuestros hombres de Estado.

III

¿Cuál es el principal motivo de esta anomalía? A nuestro juicio basta para contestar con citar un solo ejemplo y luego generalizarlo.

Nos alimentamos con la carne de nuestros ganados y luego exportamos los cueros de los animales sacrificados y la madera de nuestros quebrachos.

Se benefician así los ferrocarriles, los vapores, las aduanas extranjeras y numerosos intermediarios antes de que esos productos lleguen a las fábricas europeas donde con nuestro quebracho se curten nuestros cueros.

En seguida, siempre en el extranjero, se fabrican artículos de cuero que nos envían desde allí, pagando nuevos transportes, nuevos derechos aduaneros y nuevas comisiones de intermediarios, para luego ser vendidos muy caros a los mismos que exportaron el quebracho y los cueros.

¿Cuánto hubiera podido ahorrarse curtiendo y manufacturando el cuero allí mismo donde se carnearon los animales?

Seguramente *más de la mitad de su precio de venta*. Y nótese que esa enorme diferencia es arrancada a la economía nacional para dar vida a la extranjera, con la agravante de que también son extranjeros los capitales de la mayoría de nuestros transportes y comercios.

¿Podemos evitar esa verdadera herejía económica? Todavía es azaroso intentarlo. El día en que un buen carbón nos permita elaborar nuestro hierro y con él fabricar nuestras maquinarias, nuestros rieles y nuestros materiales de construcción, otra cosa será. Lo demostraremos oportunamente.

IV

Surge naturalmente, entonces, la pregunta: ¿Y por qué no trabajamos nuestro hierro?

Para contestar repitamos la cruda verdad: ¡Aun no conocemos ni la potencia, ni la bondad, ni la ubicación de nuestras yacimientos de hierro y de carbón!

Muchos aseguran que los hay y en abundancia. Muchos lo niegan.

No pretendemos resolver tan magno problema con la pluma en la mano. No son los capitales particulares los que pueden resolverlo.

Es el gobierno el que debe hacerlo para beneficio de toda la colectividad.

El hierro explotable se presenta en forma de óxidos diversos. A nadie extrañará esto, pues conocida es la facilidad con que el hierro se oxida, o se herrumbra, como decimos vulgarmente.

Para aprovechar ese hierro es necesario *desoxidarlo*, y para ello no se conoce sino un solo procedimiento económico: convertir el *óxido* de hierro en un *carburo* de hierro.

Es decir, que al mineral se le debe quitar su oxígeno reemplazándolo por carbono.

El *carburo de hierro* que así se obtiene es lo que llamamos comúnmente *fundición* o *hierro fundido*.

Por esta somera explicación se ve que no es asunto de calentar y fundir el mineral en un horno cualquiera, pues se enrojecería sin fundirse y nada se conseguiría.

Es necesario que al calentarse esté en íntimo contacto con coque es decir con lo que queda del carbón de piedra o de ciertas maderas cuando al destilarlas se les quita casi todas sus materias volátiles o nocivas.

El carbón de leña no viene a ser sino un coque de madera.

Esa operación de desoxidar el mineral de hierro se llama reducir el mineral.

Con ciertos carbones muy puros esa operación puede hacerse directamente sin preparar el coque, pero eso no es ni económico ni conveniente.

Los hornos en que se hace esa operación son unos altos tubos de mampostería refractaria que se cargan por arriba. Vienen a ser como anchas chimeneas ensanchadas en su parte central. Hay algunos que alcanzan a tener hasta 30 metros de altura. Por eso es que se llaman *altos hornos*.

En esos altos hornos se va echando por arriba, en forma alternada: una capa de coque, otra de mineral, otra de coque, y así constantemente mientras funciona.

El fuego empieza por abajo y se mantiene encendido con el mismo coque que se va echando entre el mineral. Así es como se establece el contacto entre el mineral de hierro recalentado y los gases carbonosos que produce el coque al quemarse.

El carburo de hierro que se forma se licúa en seguida, pues su fusión tiene lugar cerca de los 1200° centígrados, y ese hierro fundido, corriendo entre todo el fuego, va al fondo, de donde se le extrae por agujeros que se destapan de cuando en cuando.

También se echan en los altos hornos otras substancias, como ser carbonatos de calcio y cal, que se llaman fundentes y que sirven para que las cenizas, escorias y otras impurezas, que podrían obstruir el horno, formen una pasta fusible como la lava volcánica, la que, corriendo también hacia abajo, flota encima del hierro fundido y por salidas especiales escapa fuera del alto horno.

Esos fundentes varían de acuerdo con las impurezas que hay en el carbón y en el mineral de hierro. El gabinete químico de la usina es el que debe indicar su cantidad y calidad.

También es fácil darse cuenta de que si el coque no es bastante duro y resistente, el peso que se le va echando encima haría que las capas inferiores se comprimiesen y achatasen y, no dejando circular el aire, apagasen el fuego.

La falta de dureza del coque obliga muchas veces a reducir la altura de los altos hornos.

Tampoco puede ser muy alto el horno, por la misma causa, cuando se usa carbón de leña.

Por eso son más frecuentes los altos hornos de 8, 10 ó 12 metros que los de 20 y 30 metros de altura.

También es fácil comprender que si el carbón tiene demasiadas impurezas que formen escorias no fusibles, a pesar de los fundentes que se empleen, su acumulación en la parte inferior acabaría por obstruir el alto horno, inutilizándolo.

Pero hay más aún; si el carbón tiene exceso de impurezas, como ser azufre, fósforo, arsénico y otras, susceptibles de mezclarse al hierro, la calidad del hierro fundido resulta a veces tan mala que las operaciones que hay que hacer después para eliminar esas impurezas encarecen y hasta suelen inutilizar el producto.

Creemos que basta esta corta explicación para hacer ver que no todos los carbones son aptos para reducir el mineral de hierro.

Y ese es precisamente el problema que se nos presenta: *Encontrar un buen carbón que sirva para eso.*

Muchos confían en que se ha de encontrar.

Muchos son también los que aseguran que no hay ninguna probabilidad de encontrar en todo el suelo sudamericano una buena hulla.

Pero lo cierto es que no lo sabemos y que habrán de hacerse muchas perforaciones, y muy profundas algunas, antes de saberlo definitivamente.

No somos ni optimistas ni pesimistas. Tampoco deseamos hacer ninguna polémica. De nada serviría discutir teóricamente tal asunto. El buen camino es el que acaba de emprender el gobierno: investigar.

¡Que le afirman que hay buen carbón en tal o cual parte! Corriente: ahí van los peritos a decir sí o no de una vez. Y si eso se hace con la debida seriedad, o se confirmará la existencia del carbón o se destruirán muchas leyendas a base de ilusiones mineras.

¡La certeza es siempre mejor que la duda! Estas investigaciones no pueden arribar sino a dos resultados:

O se encuentra un buen carbón.

O no se le encuentra.

Si se le encuentra el problema estará resuelto.

La elaboración del hierro será entonces un trabajo serio pero factible, ya que bastará adoptar los procedimientos en uso en Europa.

En cambio, si no se encuentra un buen carbón, tendremos que abordar el problema desde otro punto de vista.

El carbón del hemisferio norte es de una cierta y determinada calidad.

Los procedimientos inventados para quemarlos en hornos y calderas se han perfeccionado poco a poco, lo mismo que la forma de los hogares y las rejillas, pero siempre de acuerdo con la calidad conocida de aquel carbón que ellos tenían a mano.

Nosotros, si no encontramos un carbón de igual o parecidas condiciones a aquél no por eso dejaremos de poseer numerosos yacimientos de combustible sólido capaz de dar muchas calorías, aunque en vez de llamarle hulla les llamemos *rafaelita, asfaltita, lignita, carbones bituminosos,* etc

¡Y si tenemos esos combustibles debemos aprovecharlos!

Para ello no debemos cometer el error de adoptar servilmente los procedimientos y aparatos que usan los europeos y yanquis, adecuados a sus carbones y no a los nuestros.

Debemos estudiar la manera de quemarlos convenientemente, sea modificando las calderas, hogares, rejillas y chimeneas existentes o creando tipos de motores o quemadores enteramente nuevos y originales.

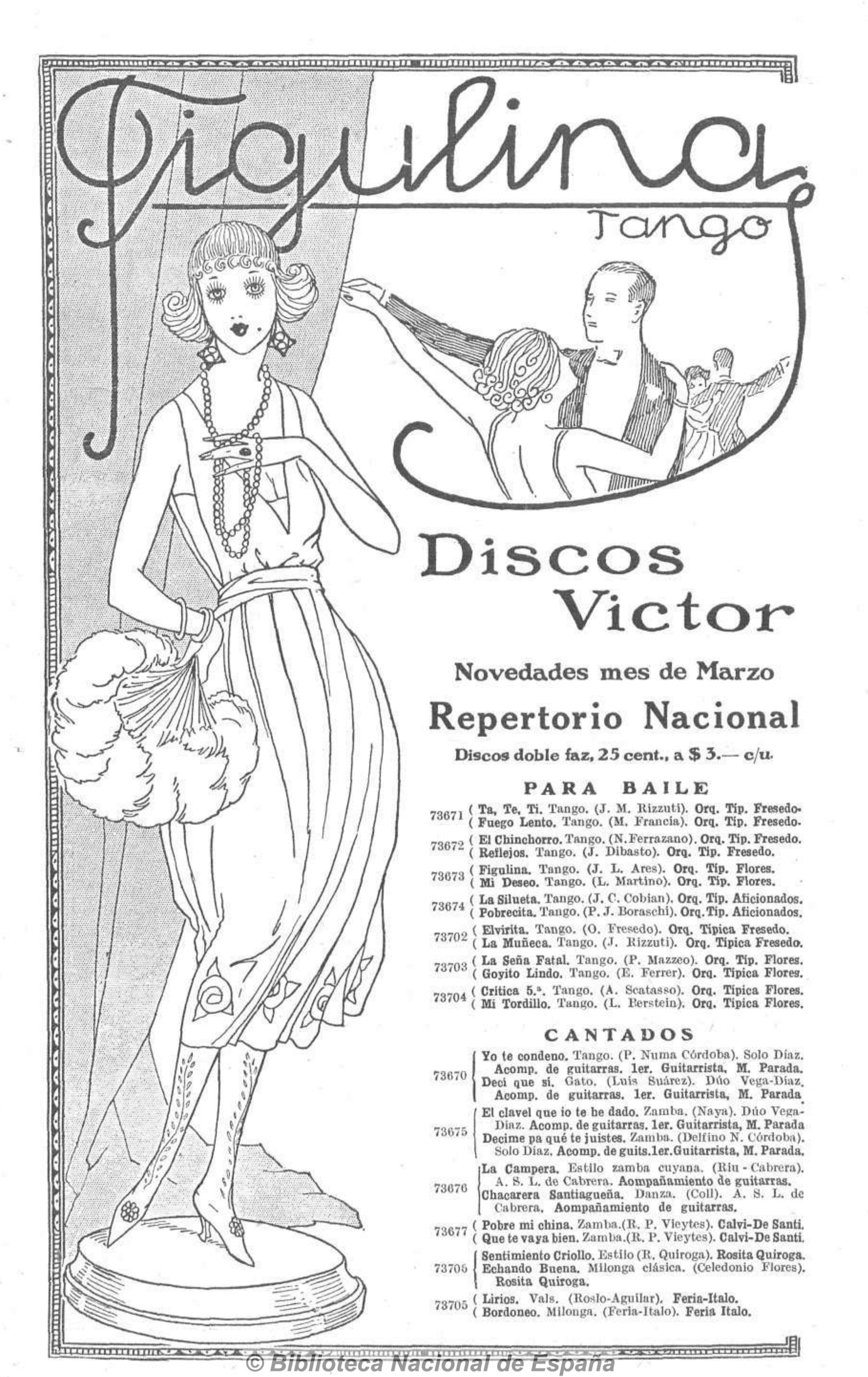
Pero lo primero y más importante es encontrar el medio de reducir el mineral de hierro por medio de nuestros carbones.

Esa es la necesidad real.

Si bien el problema es arduo y complicado, es perfectamente factible buscarle una solución económica.

Próximamente trataremos de las condiciones que debe llenar un buen carbón, así como sobre lo que deben hacer los mineros para poder encontrarlo.

E. GILLIATT


Figulina
Tango
Discos
Victor
Novedades mes de Marzo
Repertorio Nacional
Discos doble faz, 25 cent., a $ 3.— c/u.
PARA BAILE
73671 (Ta, Te, Ti. Tango. (J. M. Rizzuti). Orq. Típ. Fresedo.
(Fuego Lento. Tango. (M. Francia). Orq. Típ. Fresedo.
73672 (El Chinchorro. Tango. (N. Ferrazano). Orq. Típ. Fresedo.
(Reflejos. Tango. (J. Dibasto). Orq. Típ. Fresedo.
73673 (Figulina. Tango. (J. L. Ares). Orq. Típ. Flores.
(Mi Deseo. Tango. (L. Martino). Orq. Típ. Flores.
73674 (La Silueta. Tango. (J. C. Cobian). Orq. Típ. Aficionados.
(Pobrecita. Tango. (P. J. Boraschi). Orq. Típ. Aficionados.
73702 (Elvirita. Tango. (O. Fresedo). Orq. Típica Fresedo.
(La Muñeca. Tango. (J. Rizzuti). Orq. Típica Fresedo.
73703 (La Seña Fatal. Tango. (P. Mazzeo). Orq. Típ. Flores.
(Goyito Lindo. Tango. (E. Ferrer). Orq. Típica Flores.
73704 (Crítica 5.ª. Tango. (A. Scatasso). Orq. Típica Flores.
(Mi Tordillo. Tango. (L. Perstein). Orq. Típica Flores.
CANTADOS
73670 Yo te condeno. Tango. (P. Numa Córdoba). Solo Díaz. Acomp. de guitarras. 1er. Guitarrista, M. Parada.
Deci que sí. Gato. (Luis Suárez). Dúo Vega-Díaz. Acomp. de guitarras. 1er. Guitarrista, M. Parada.
73675 El clavel que io te he dado. Zamba. (Naya). Dúo Vega-Díaz. Acomp. de guitarras. 1er. Guitarrista, M. Parada
Decime pa qué te juistes. Zamba. (Delfino N. Córdoba). Solo Díaz. Acomp. de guits. 1er. Guitarrista, M. Parada.
73676 La Campera. Estilo zamba cuyana. (Riu - Cabrera). A. S. L. de Cabrera. Aompañamiento de guitarras.
Chacarera Santiagueña. Danza. (Coll). A. S. L. de Cabrera. Aompañamiento de guitarras.
73677 (Pobre mi china. Zamba. (R. P. Vieytes). Calvi-De Santi.
(Que te vaya bien. Zamba. (R. P. Vieytes). Calvi-De Santi.
73705 Sentimiento Criollo. Estilo (R. Quiroga). Rosita Quiroga.
Echando Buena. Milonga clásica. (Celedonio Flores). Rosita Quiroga.
73705 (Lirios. Vals. (Roslo-Aguilar). Feria-Italo.
(Bordoneo. Milonga. (Feria-Italo). Feria Italo.

Repertorio Internacional

MUSICA POPULAR DE CONCIERTO Y OPERA

		N.º	Tamaño	Precio
Lady of the Evening.	Steel	18990	25 Ctms.	$ 3.—
Will She Come From the East?	Steel			
Chi se nne scorda cchiú. (Neapolitan).	Schipa	66117	25 »	» 4.30
Little Man.	Werrenrath	66118	25 »	» 4.30
Martha. — Porter Song. Flotow. (Italian).	Ruffo	87352	25 »	» 4.30
Mefistofele. — Ave Signor! Boito. (Italian).	Chaliapin	87355	25 »	» 4.30

MELODIAS INSTRUMENTALES

		N.º	Tamaño	Precio
Toy Symphony. Andante Moderato. part. 1.	Victor Concert Orq.	18974	25 Ctms.	$ 3.—
Toy Symphony. Menuetto and Finale, part 2.	Victor Concert Orq.			
Faust. Ballet Music, Cleopatra, etc.	Victor Symph. Orq.	35719	30 »	» 4.50
Faust. Ballet Music. Dance of Cleopatra.	Victor Symph. Orq.			
Hungarian Dance N.º 1 in G. Minor. (Brahms). Violín.	Heifetz	66123	25 »	» 4.30
Symphony in C Minor. Finale. (Beethoven).	Toscanini Orq.	74769	30 »	» 6.—
Symphony in C Minor. Finale. (Beethoven).	Toscanini Orq.	74770	30 »	» 6.—
Quartet in D Major. Presto. (Beethoven).	Flonzaley Quartet	74792	30 »	» 6.—
La Campanella. (Paganini-Liszt). Piano.	Samaroff	74794	30 »	» 6.—

BAILABLES

		N.º	Tamaño	Precio
When Hearts are Young. Fox Trot.	Whiteman's Orq.	18985	25 Ctms.	$ 3.—
Journey's End. Fox Trot.	Whiteman's Orq.			
Lost. (A Wonderful Girl). Fox Trot.	Great White Way Orq.	18986	25 »	» 3.—
Where the Bamboo Babies Grow. Fox Trot.	The Virginians			
Until My Luck Comes Rolling Along. Fox Trot.	Whiteman's Orq.	18988	25 »	» 3.—
Just Like a Doll. Fox Trot.	Whiteman's Orq.			
Teddy Bear Blues. Fox Trot.	The Virginians	18992	25 »	» 3.—
I'm All Alone. Fox Trot.	Great White Way Orq.			
Who Cares. Fox Trot.	Great White Way Orq.	18993	25 »	» 3.—
Time Will Tell. Med. Fox Trot.	Great White Way Orq.			
I'm Through. Fox Trot.	Benson Orq.	18994	25 »	» 3.—
Open Your Arms, My Alabamy. Fox Trot.	Confrey's Orq.			
My Buddy. Fox Trot.	International Novelty Orq.	18995	25 »	» 3.—
When Winter Comes. Fox Trot.	Great White Way Orq.			
Thru' the Night. Waltz.	The Serenaders	18996	25 »	» 3.—
Red Moon. Waltz.	The Serenaders			

Victrola

REG. U. S. PAT. OFF. MDeF. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Victor Talking Machine Co., Camden N. J., E. U. de A.

Soliciten catálogo ilustrado.

Revendedores Victor en toda ciudad y población importante de la Argentina y el Uruguay.



DISTRIBUIDORES:

En la Argentina
PRATT & Cía.
628, Sarmiento, 636 — Buenos Aires

En el Uruguay
DELLAZOPPA & MORIXE
Plaza Independencia, 733 — Montevideo

De Mendoza

El señor Leopoldo Lugones rodeado por un grupo de distinguidas damas y caballeros que le tributaron una demostración después de sus brillantes conferencias.



Aspecto que ofrecía la sala del Museo Educacional durante una de las conferencias dada por el ilustre literato.

CUERPO MEDICO DEL CIRCULO DE LA PRENSA

Aráoz Alfaro, Gregorio; Santa Fe, 2405.
Althabe, Alberto; Brasil, 1351.
Brandam, Javier, Maipú, 523.
Basavilbaso, Jorge; Tucumán, 531.
Ballesteros, Ildefonso; Libertad, 225.
Benavídez, Manuel D.; Cangallo, 1012.
Bastos Rodríguez, Mario; Charcas, 1619.
Cabred, Domingo; Pueyrredón, 936.
Calandrelli, Matías; Rivadavia, 1170.
Crispo, Félix C.; Viamonte, 953.
Caride Masini, P.; Montes de Oca, 1051.
Colecchia, Alejandro; Victoria, 1189.
Dito, Flaminio; Catamarca, 895.
Escobar Bavio, Eloy A.; Las Heras, 1877.
Flores, Adolfo; Cerrito, 551.
Feinmann, Enrique; Rivadavia, 1425.
Gandolfo, Antonio C.; Maipú, 948.
Gordillo, Lucio; Viamonte, 1037.
Gourdy, Celestino Augusto; Chacabuco, 359.
Gaing, Ernesto; Charcas, 1693.
González, Benjamín S.; Tucumán, 573.
Galíndez, Lorenzo; Cangallo, 834.
Gareiso, Aquiles; Paraguay, 1583.
Isleño, Félix; Billinghurst, 1633.
Luchinetti, Felipe; San Martín, 398.
López Gomara, E.; Santiago del Estero, 486.
Labaqui, Pedro; Charcas, 1656.
Manson, Enrique; Montevideo, 927.
Moldes, José M.; Paseo de Julio, 693.
Marenco, Julio E.; Paraná, 869.
Mackintosh, Martín; Rivadavia, 3516.
Oyarbide, Santiago F.; Paraná, 255.
Piccinini, A. C.; Bolívar, 1244.
Quiroga, Marcial V.; Lavalle, 1762.
Roldán Vergés, Carlos F.; Serrano, 2318.
Spinetto, Alfredo L.; Rivadavia, 1957.
Schnaibel, Arturo; Callao, 481 (2.° piso).
Simeone, Pedro; Humberto I, 1433.
Sicilia, Mariano; Bolívar, 1059.
Sánchez Aizcorbe, César; Av. de Mayo, 1157.
Soto, Mario; Sarmiento, 2347.
Silva Dberbil, Federico; San Martín, 414.
Villa, Angel J.; Maipú, 523.
Viton, Alfredo; Tucumán, 730.
Villarroel, Luis C.; Belgrano, 1130.
Wimmer, Leopoldo K.; Rivadavia, 5396.

OCULISTAS

Soriano, Francisco J.; Sgo. del Estero, 730.
Tiscornia, Atilio; Maipú, 535.

DENTISTAS

Castiglioni, Emilio; Libertad, 192.
Dueñas, José; Rodríguez Peña, 178.
Luján, Angel J.; Ayacucho, 404.
Mattia, Alejandro; Rivadavia, 2786.
Oliveira, Ricardo; Paraná, 151.
Percich, Nicolás; Bernardo de Irigoyen, 36.
Palma Scala, José; Rivadavia, 2732.

TEATRO DEL SILENCIO

«ROBIN HOOD»

Uno de los primeros estrenos de la temporada que acaba de inaugurarse, es una cinta en doce actos a base del travieso y risueño Douglas Fairbanks y de la «estrella» — muy hermosa y bastante discreta — Enid Bennett.

Propiamente llamada esta lucida producción, de excelente factura fotográfica y de hábil composición escénica, es una comedia que se apoya en la historia como un «dandy» sobre su junquillo de Manila: con manifiesta «debilidad».

Aparece la corte de Ricardo Plantagenet, Corazón de León, un monarca británico que se distinguió por su arrojo militar allá por tierras de Jerusalén como portaestandarte de la Cruz; aparecen elegantes y bellas damas, soldados y caballeros, dos de los cuales rompen lanzas en un torneo presidido por el rey, venciendo, como es natural, el conde Huntingdon, o sea Robin Hood, es decir, el protagonista Douglas.

A partir de este episodio la trama se desarrolla entre los odios y rivalidades del príncipe Juan y los suyos contra Ricardo Corazón de León y sus leales; y Douglas, en su doble papel, acomete tales hazañas, muestra tal empuje y despliega tantos recursos bélicos, que a la postre conquista a su dama y se convierte en el primer caballero de la corte a quien el mismo soberano pide disculpas.

A semejanza de «Los tres mosqueteros», esta película es una parodia, una a modo de glosa desenfadada y divertida en que se bordan escenas espectaculares teniendo en cuenta, sobre toda la verdad histórica o novelesca del argumento, las cualidades artísticas y simpáticas de la figura principal. Douglas Fairbanks no puede quejarse. Su papel le permite todas las expansiones imaginables y compatibles con sus recursos. Su natural elasticidad, multiplicada por los notables trucos fotográficos, moviliza a este actor con tendencias al circo, demasiado inquieto a veces aunque siempre agradable.

Los títulos abren brecha literaria nada menos que con algunas estrofas de los inmortales y conocidos versos de Jorge Manrique, y luego la prosa que sigue quiere mantenerse a la altura clásica de la época medioeval, consiguiéndolo salvo en algunos párrafos en que advertimos ligeros defectos gramaticales.

En resumen: la cinta que comentamos es una notable producción en que, por encima del rey, del príncipe su hermano y de toda la corte, se luce gallardamente el popular actor yanqui.

«EL GAVILÁN NOCTURNO»

Es un título que promete y no cumple en el sentido del interés del argumento. Las correrías y aventuras de este pájaro noctámbulo apenas si se esbozan en las escenas. En cambio Mauricio Flynn, el protagonista, nos compensó de la decepción sufrida por su admirable labor tan sobria como arrogante y expresiva.

La cosa acurre por la frontera con Méjico, según se deduce por los sombrerotes de la gente y por sus trazas. La heroína — Eva Novak — interpreta el rol de una doncella hispanoamericana cuyos ojos incendiarios, posturas, sonrisas y ademanes son un «disloque» por lo sugestivos. En realidad, es una andaluza «mal» aclimatada por tierras mejicanas.

Y sin embargo de la carencia de interés del enredo, nos agradó esta película por su buena interpretación.

«SI YO FUERA REINA»

Tiene por intérpretes a Ethel Claiton y Warner Baxter, ambos de segundo orden, y el argumento, artificial e inocentote hasta decir basta, nos presenta aventuras principescas por un minúsculo estado balcánico. Una «american girl» muy representativa de su raza por su carácter resuelto, es la heroína alrededor de la cual dan volteretas, casi siempre cómicas, personajes de la sangre y muchos tipos más.

Pasable.

«SEDAS Y TRAPOS»

Tiene el incuestionable atractivo que sugiere la moda femenina. Presentar un estupendo establecimiento de la Quinta Avenida — la Maison Louise — y presentarlo magníficamente surtido de riquísimas telas y de maniquíes «animados», amén de un desfile de elegantes que nos deleitan los sentidos, ya es bastante para asegurar un éxito óptico.

En cuanto a emoción, literatura, etcétera, nada, nada. Lo único espectacular y del género «violento» consiste en el *boxeo* femenil, a base de uñas y tirones de cabellos, que se entabla entre Enid Bennett y la Pavish, dos hembras que se disputan y se celan en sus respectivas ambiciones.

«UN DÍA GLORIOSO»

Comedia humorística muy divertida, en siete actos, es un artístico alarde de lo que, en cuestión de trucos y simulaciones, se puede hacer y representar en el celuloide. Con decir que hemos visto el *espíritu* del señor Equis y que Will Rogers, actor de primer orden, hace un doble papel merced a su «desdoble», es decir, a que logra separar el alma del cuerpo y dejar que en éste se cuele el *incorpóreo* Equis, queda dicho que hemos asistido a originales y divertidas escenas preparadas con ponderable habilidad y no carentes de cierto sentido entre filosófico y zumbón.

Lila Lee, la jaleada actriz, se limita al papel de enamorada y termina probando la miel de los labios de Will, ya reintegrado a su bonachona personalidad porque Equis hubo de abandonar su cuerpo tan poco apropiado para sus travesuras.

Ver esta cinta es deleitarse y al mismo tiempo recordar, con ejemplos gráficos y graciosamente arbitrarios, el gran problema del que nos olvidamos con tanta frecuencia: el «ser o no ser» que rajaba el alma del taciturno príncipe de Dinamarca.

«LA ROSA NOCTURNA»

Drama que nos presenta al actor Long Channey y a la «estrella» Leatrice Joy, es de un argumento insípido y artificioso, sin apoyos lógicos en su trama y sin interés en sus escenas.

Ni el antipático papel que desempeña Channey, un papel de hombre *malo y caprichudo*, ni la caracterización de Leatrice, bastante floja como ingenua, logran despertar la curiosidad del aficionado de buen gusto; y en cuanto al final, cuando la heroína se pone a echar un discurso después de haber abandonado a su novio agonizante, sin acordarse de él, la impresión que se recibe no es nada agradable ni menos comprensible.

En fin; para estreno a principio de temporada «La rosa nocturna» es un desacierto.

«EL RICO OCIOSO»

Comedia con pretensiones de originalidad, estaría bien reducida a un acto o a dos, pero no diluída en una hora larga al «correr» de la pantalla.

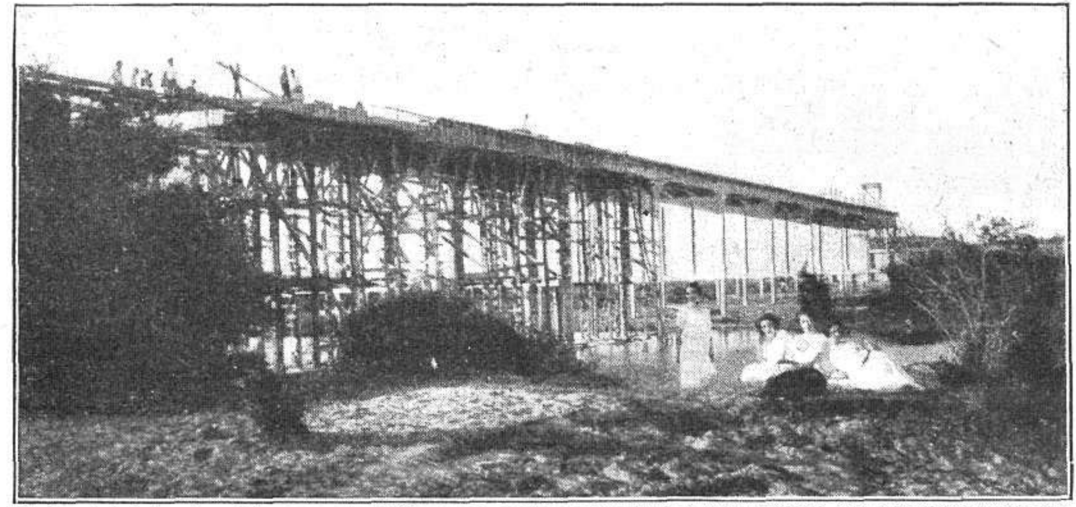
Un rico ocioso hasta el extremo a que este protagonista llega — digámoslo en honor de la verdad — es una excepción, un mirlo blanco, un *caso* social en la trabajadora y disciplinada sociedad yanqui, cuya virtud máxima quizá consista en que todas las personas *útiles* trabajan, lo mismo el peón que el multimillonario, de un modo regular, porque en Norte América resulta vergonzoso no querer ocupar las actividades en algo, en cualquier labor por extravagante que sea.

En esta cinta el muchacho pródigo a quien molesta el trabajo enormemente, concluye siendo cambalachero por necesidad, y se regenera hasta conseguir que una rica y guapa heredera desdeñe a otro y se le abalance con los brazos abiertos para decirle algo por el estilo: «¡Ricura mía! ¡Te adoro! Eres un trabajador incansable. Descansa ahora en mis brazos».

En efecto; se besan, suspiran y poco después se casan.

N A R C I S O R O B L E D A L

De Entre Ríos



Estado actual de las obras del gran puente metálico que se construye sobre el arroyo Yuquerí Grande, obra de gran importancia para toda la provincia.

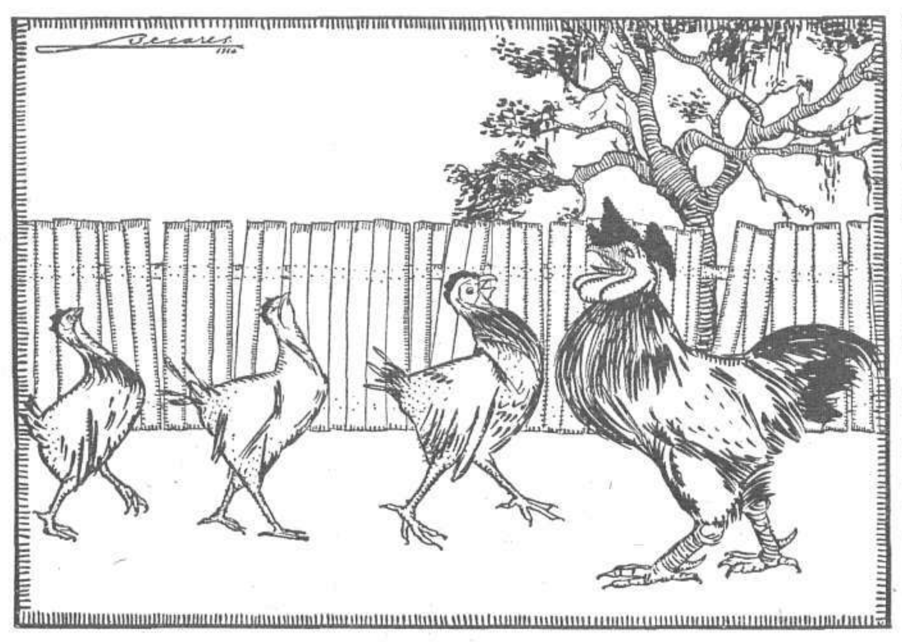
LOS DERECHOS DE LA MUJER

El movimiento feminista en Serbia, Grecia y Volhinia se ha dejado sentir ahora, formando importantes sociedades sufragistas de que las serbias son quienes más actividad han demostrado. Recuérdase que los grandes contingentes de hombres que hubieron de emplearse en la guerra, permitieron a las mujeres internarse en las factorías, fábricas y oficinas, poniéndolas en contacto directo con la política local y los negocios. Resultado de esto es que protestan ahora contra la diferencia de las leyes para ambos sexos.

Algunas de estas injustas prohibiciones son las siguientes: Las mujeres no son guardianes legales de sus hijos; en caso del fallecimiento del padre estarán bajo la tutela de los parientes masculinos más próximos, y a falta de éstos de los amigos o asociados. Todos los bienes de una mujer al casarse se convierten o transfieren en materiales, y ella no podrá hacer uso de ellos sin el consentimiento escrito del cónyuge. La mujer no tiene otro derecho que a la comida y al albergue, y en caso de divorcio, siendo ella inocente y el marido culpable, entonces tendrá la custodia de los hijos que hubiere; pero solamente durante la corta edad que demanda cuidados maternales.







ES CIERTÍSIMO...

POR

H. C. ANDERSEN

DIBUJO DE BESARES

— Es una historia horrible — dijo una gallina, y esto en el extremo de la ciudad donde la cosa no había pasado. — Es una historia horrible. Yo no me atrevo a dormir sola esta noche. Gracias que en el gallinero somos muchas. — Y empezó a contar, hasta que a las otras gallinas se les pusieron las plumas de punta y el gallo dejó caer la cresta. — Es ciertísimo...

Pero nosotros empezaremos por el principio, que fué al otro extremo de la ciudad, en un gallinero. Caía el sol y las gallinas se encaramaban en sus cañas. Una de ellas (blanca de pluma y paticorta, que ponía su huevo reglamentario y era, como gallina, respetable en todos sentidos) al saltar a su caña se rascó con el pico y perdió una pluma.

— Ahí va — dijo; — cuantas más me quite más hermosa me he de quedar. — Lo dijo en broma, era la graciosa de la partida; por lo demás, como ya he dicho, muy digna. Y se durmió.

El gallinero estaba a oscuras. Junto a una gallina otra, y la mas próxima estaba despierta. Oía y no oía, como hace falta en el mundo para vivir en paz con todos; pero no pudo menos de decírselo a su otra vecina.

— ¿Has oído lo que han dicho aquí? No nombro a nadie, pero hay una gallina que se quiere pelar para parecer mejor. Si yo fuera gallo la despreciaría.

Y encima, encima del gallinero, había una lechuza con el mochuelo y las crías. Toda la familia era fina de oído, y como no perdieron palabra empezaron a revolver los ojos dentro de sus órbitas y la madre a sacudir las alas.

— No escuchéis esas cosas. Pero ya estaréis enteradas seguramente. Yo las he oído por mis propios oídos, y muy hechos deben estar a enormidades cuando no se me caen. Hay una gallina que hasta tal punto se ha olvidado del propio respeto, que se está pelando pluma a pluma y deja que el gallo la vea en esta faena.

— ¡*Prenez garde aux enfants!* — dijo el buho padre. — No es cosa para las chicas.

— Sin embargo, quiero contárselo a la de enfrente. Es un buho tan mesurado en su trato... — y la madre salió volando.

— ¡Yu, yu, yujú! — cuchichearon las dos juntas a la puerta del palomar. — ¿Lo ha oído usted? ¿Lo ha oído usted? — Yu, yu. ¡Hay una gallina que se ha pelado por el gallo! Y se está helando, si no lo está ya. ¡Yu, yu!

— ¿Dónde? ¿Dónde? — preguntaron las palomas.

— En el patio de al lado. Casi se puede decir que lo he visto yo misma. Es una historia que casi no se puede contar; pero es ciertísima.

— Palabra por palabra, tal como lo contamos — dijeron las palomas en su gallinero. — Una gallina, y hay quien dice que dos, se han pelado pluma a pluma para distinguirse de las demás y llamar así la atención del gallo. Es un juego peligroso, en el que se arriesga un catarro y morir de fiebre, y han muerto las dos.

— ¡Arriba! ¡Arriba! — cacareó el gallo poniéndose de un vuelo en la tapia. Aun le pesaba en los ojos el sueño; pero, sin embargo, él cacareaba: — ¡Han muerto tres gallinas de amor desgraciado! Se han arrancado todas las plumas. Es una historia fea con la que yo no me quiero quedar. ¡Que corra! ¡Que corra!

— ¡Que corra! — silbaron los murciélagos, cloquearon las gallinas y cacarearon los gallos. — ¡Que corra! ¡que corra! — Y así, de gallinero en gallinero, volvió la historia hasta el sitio de donde había partido.

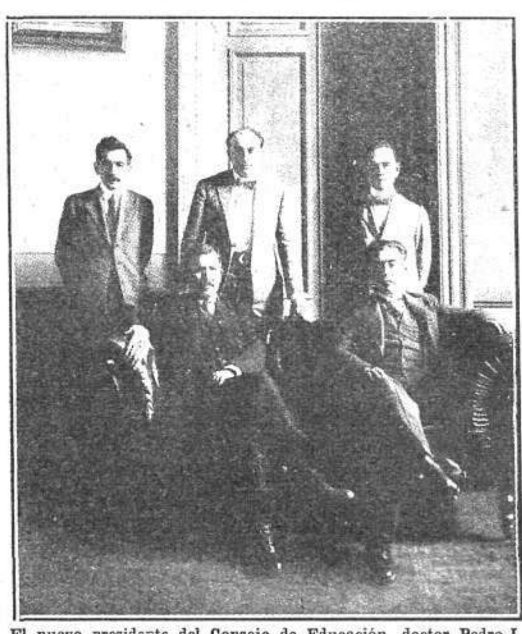
— Cinco gallinas — se decía ya — se han pelado para mostrar cuál de ellas se había desmejorado más por amor al gallo, y luego se han picado hasta matarse, para escándolo y vergüenza de su familia y gran pérdida para el dueño.

Y la gallina de marras, a la que se la había caído una sola pluma insignificante, como era natural, no reconoció su propia historia. Y como era una gallina honrada, dijo:

— ¡Esas desgraciadas me inspiran desprecio! ¡Pero hay muchas como ellas! ¡Semejantes vergüenzas no deben callarse, y yo temo sobre mí el que esa historia salga en los periódicos y recorra todo el país, como lo han merecido esas gallinas y hasta su familia.

Y salió en los periódicos y así se imprimió, y esto es *ciertísimo*, ¡que una triste pluma puede convertirse en cinco gallinas!

De San Luis



El nuevo presidente del Consejo de Educación, doctor Pedro I. Garro, los vocales señores Jurado, Vital y Aguilera y el secretario, señor Duran.



Comisión de Damas de Beneficencia en el Hospital de Caridad, en donde repartieron entre los niños los juguetes donados por la señora Regina Pacini de Alvear.



Visita del intendente municipal, señor Federico Jiménez, y el ingeniero Moyano en las compuertas del dique grande del Potrero de los Funes.



Enrique era feliz.

Casado con Gertrudis, y embellecida su unión por tres hermosos vástagos, uno de los cuales había ya cumplido diez y nueve años y estudiaba con cierto aprovechamiento la carrera de ingeniero, dentro de su hogar no le faltaba nada para la *felicidad*.

Gertrudis era complaciente, buena, cariñosa; sus hijos, un encanto; su hijo mayor, Alfredo, aplicado y pundonoroso, aunque algo gastador. Pero, como decía D. Enrique, que era muy dado a lo extranjero, *il faut que jeunesse se passe;* y como si en su interior hubiera querido Dios derramar la dicha en absoluto, le había conservado su madre, anciana octogenaria, que vivía dedicada a sus oraciones.

En la vida social, D. Enrique era enteramente dichoso. Hombre de negocios, respetadísimo en la plaza, su firma se cotizaba más alta que los billetes del Tesoro. Los amigos le estimaban de veras. Tenía un socio, D. Vicente, en quien había logrado un verdadero amigo en toda la extensión de la palabra.

No se podía ser más feliz que D. Enrique.

* * *

Pero como la felicidad no consiste en la posesión del bien sino en la esperanza de obtenerlo, D. Enrique se dió a pensar y a desear el más grande dislate que ha cabido en humana inteligencia.

Deseó ardientemente leer el pensamiento de las personas con quienes hablase.

Y el milagro, porque tal fué, se realizó, y el día que D. Enrique se vió dueño de aquella doble vista se consideró el ser más dichoso de la tierra.

Llamó a su hijo Alfredo al despacho, y deseando, en el colmo de su felicidad, que los suyos fueran muy dichosos, determinó doblar su pensión; *pero antes*, y para descubrir el corazón de su hijo, le dirigió este discurso:

— Hijo, si bien es cierto que estudias, que estás llamado a hacer una fortuna, es necesario que moderes tus gastos; los negocios no marchan como yo quisiera, y es preciso hacer economías...

— Padre — respondió Alfredo, — yo...

— No sigas vete — le interrumpió, furiosamente, D. Enrique.

Salió Alfredo, y su padre, con la cabeza entre las manos, derramaba lágrimas de fuego.

Había leído el pensamiento de su hijo, que allá en los últimos senos de su conciencia decía en cuanto él acabó de hablar:

— Mi padre es bueno, pero es un avaro; algún día podré disponer de su fortuna, y cuando él muera gozaré a mis anchas.

D. Enrique se horrorizó, y con el corazón hecho pedazos buscó a Gertrudis para encontrar consuelo.

— Soy muy desgraciado — le dijo; — nuestro Alfredo, que yo creía un modelo de honradez, *piensa en la muerte de su padre para disipar nuestra fortuna*; no es sincero contigo ni conmigo, y cuando en el amor queda algo en el alma de uno de los que se aman, que no conoce el otro, el amor no es completo.

— Enrique — respondió su mujer, — te atormentas por fantasmas; la vida de los negocios, siendo muy buena, te ha materializado con exceso y...

— Déjame, Gertrudis, quítate de mi vista; me horrorizas — respondió D. Enrique saliendo apresuradamente del cuarto de su esposa.

Había visto su alma: Gertrudis se lamentaba de veinte años de impasibilidad y de haber pasado su juventud con honradez, pero sin emociones, y aun se arrepentía de no haberse casado con cierto capitán de artillería, guapo y mala cabeza, con quien hubiera sido menos rica pero más feliz.

Enrique, en su despacho, maldecía aquella doble vista que había deseado, y reflexionaba amargamente.

— Es posible — decía — que ese amor infinito y sublime, y esa absoluta confianza de un espíritu, en otro sea tan sólo una quimera. Mi mujer y mi hijo, que me han dado indudables pruebas de afecto y de cariño, ¿han sido *sólo* buenos por *deber?* A pesar de serlo, la bondad humana es tan pobre cosa que aun los mejores no pueden ser sinceros con aquellos que más quieren, sin que les ofendan y les hieran. ¿Qué es la humanidad entonces, Dios eterno? Esa pelota de carne que se llama corazón es una inmunda entraña, podrida en vida, o hay en sus latidos algo de divino...

Le interrumpió en sus reflexiones su amigo y socio D. Vicente, el corazón cariñoso que merecía su confianza absoluta, y que durante treinta años venía siendo el depositario de sus secretos.

— Oye, Vicente: soy muy desgraciado; mis afecciones de toda la vida, los cariños a que he dedicado mi existencia, no tenían para mí la sinceridad que yo les suponía; me voy a retirar de los negocios, y tu solo liquidarás mi casa y seguirás los que hay pendientes; *no puedo decirte y explicarte todo lo que sufro*; lo que me sucede es espantoso.

Y al decir esto, D. Enrique miraba a Vicente con furor y espanto; y era que había leído en su pensamiento, y que el amigo íntimo decía para sus adentros:

— Gracias a Dios que me quedo solo con la casa; por fortuna todas las cuentas corrientes de América e Inglaterra están sólo a mi nombre; recobraré mi personalidad y dejaré de estar supeditado a este imbécil, que hace veinte años es la primera persona en el negocio.

D. Enrique cayó desplomado en su sillón, y Vicente salió presuroso y, *al parecer*, acongojado a avisar a la familia.

Tres días estuvo el banquero entre la vida y la muerte, atendido y cuidado por Gertrudis. Alfredo y Vicente, que no eran malos, aunque eran humanidad y, por ende, no eran perfectos.

Al cuarto, sin haber apenas desplegado sus labios, Enrique, que había reflexionado mucho, determinó morir.

Cuando un hombre tiene la dicha de leer el *pensamiento ajeno, lo lógico es morir*.

Firme en su propósito, determinó ponerlo en práctica, y sin ver a nadie pensó subir a su biblioteca, donde recordaba que tenía un revólver de Eibar con incrustaciones de oro, regalo de su amigo Vicente.

Al salir de su cuarto entraba en él su madre, marchando trabajosamente, apoyada en el hombro de una criada.

— ¿Estás mejor, hijo mío?...

— Madre, soy muy desgraciado; todo lo que creía es mentira; el trabajo sentimental de toda mi vida ha sido inútil; la humanidad es mala, todo es falso.

Y al decir esta frase abrazaba y besaba a su pobre madre, que lloraba con él.

Leyó en su pensamiento, y he aquí lo que vió:

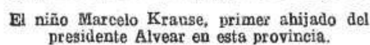
— ¿Por qué seré tan vieja que me quede tan poco tiempo de sacrificarme por mi hijo?

J. VALERO DE TORNOS

DIBUJOS DE MACAYA







El niño Marcelo Krause, primer ahijado del presidente Alvear en esta provincia.



Señores Nesman, Sotomayor, Palluchini, Bernáldez, Japur Molina y Quiroga ganadores del concurso de tiro para reservistas menores y estudiantes.

LUCHA EN EL FONDO DEL MAR

En un periódico de Tacoma, Wáshington, leemos lo siguiente:

« Luchando vigorosamente para escapar con vida, a 10 metros de profundidad, bajo la superficie de Pugot Sound, el buzo Walter Mc Cray, conocido en los círculos navieros desde Alaska hasta California, resultó victorioso contra un pulpo gigantesco.

« El monstruo marino había enlazado tan fuertemente con sus tentáculos el cuerpo de Mc Cray que éste no pudo sacar el cuchillo que llevaba para su protección. Cuando uno de los tentáculos del pulpo amenazaba con privarlo de su provisión de aire, Mc Cray, por conducto del teléfono submarino, pidió una barra corta con la cual pudo atravesar el cuerpo del pulpo, y, por fin, luchando todavía el hombre y el monstruo, aquél fué atraído hacia la superficie por su auxiliar y otros que fueron llamados a socorrerle.

« Mientras Richard Burnett, vigilante del muelle, con sus pistolas, se preparaba para proteger al buzo, no pudiendo dispararlas por hallarse tan íntimamente enlazados el hombre y el pulpo, otros atacaban al monstruo con todas las armas de que se pudo echar mano, y finalmente pudo desprenderse Mc Cray de las garras del terrible cefalópodo, el cual desapareció en las profundidades del canal.

« Este pulpo es uno de los más grandes que jamás se hayan visto en estas aguas. »

EL DRAMA DE "LA CALDERA"

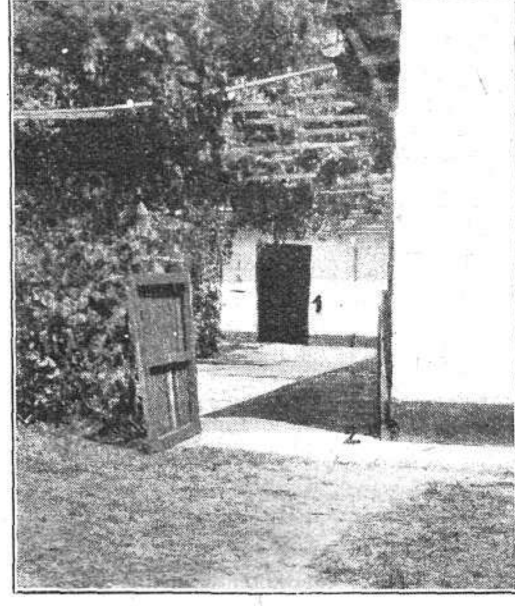
SUICIDIO DEL ESTANCIERO IZAGUIRRE

A corta distancia de la estación Cobo, sobre la línea a Mar del Plata, en la espesura de un bosque, existe una antigua estancia denominada «La Caldera».

Su propietario, don José Francisco Izaguirre, era un hombre de sesenta y siete años de edad, de un vigor extraordinario, oriundo de Tolosa (España). Vino al país cuando aun era un niño, allá por el año 1871, y no tenía más bienes que su deseo de labrarse una posición, pues hasta el pasaje le había sido abonado por un viejo pariente.

Se radicó en Dolores, conchavándose como peón contador de ladrillos. Cuando la revolución de 1874 todos los criollos fueron incorporados al ejército de Buenos Aires, los caballos y carros requisados, de tal modo que Izaguirre se vió privado de todo trabajo.

Conoció a un paisano suyo, joven como él, de apellido Irastorza, quien le notició que en la frontera, en los campos de El Moro, había grandes extensiones de tierra sin explotar y que podían ser arrendadas a vil precio. Allá fueron ambos jóvenes; consiguieron una pequeña majada de ovejas, y luchando contra las inclemencias del desierto y contra el indio, lograron aumentar su caudal.



1. Puerta de la finca del señor Izaguirre. — 2. Sitio en que se encontró el cadáver.

Avanzaron más lejos aún y poblaron los campos desiertos cercanos a Bahía Blanca que hoy rodean la estancia San Román, y después de largos años de ruda labor y de toda clase de privaciones, vieron coronados sus esfuerzos. A los veinte años se hicieron dueños de esos campos que abarcaban una extensión de 35.000 hectáreas y eran propietarios de más de cuarenta mil ovejas.

La fortuna le sonreía. Dividió en lotes su campo, le arrendó a buen precio y fuése a vivir a San Sebastián. Operaciones felices le proporcionaron recursos suficientes para comprar numerosos campos en la provincia de Buenos Aires, campos que arrendaba celebrando sus contratos personalmente, a cuyo efecto hacía frecuentes viajes de Europa a América.

En noviembre del año pasado decidió permanecer en «La Caldera», cerca de Mar del Plata, con su hijo único y universal heredero, el joven Francisco J. Izaguirre.

Vivían ambos en la antigua estancia mencionada, sin más compañía que el peón José Zurita y la esposa de éste, Pilar Novales. Su fortuna se calcula en seis millones de pesos.

En la madrugada del 17 de enero último el joven Izaguirre despertó sobresaltado al oír un ruido extraño. Se asomó a la pieza vecina en que dormía su padre y, viendo que la cama de éste se encontraba vacía, saltó del lecho y se dirigió al patio.

Las primeras luces del día alumbraron un terrible cuadro. En el patio, cerca de una pequeña puerta que da al campo, extendido contra la pared, estaba el cadáver del viejo Izaguirre, quien presentaba una herida de bala en la parte superior del parietal derecho, casi en la línea media. Próximo a la cabeza del cadáver se hallaba el revólver de propiedad de su hijo. El joven Izaguirre, hijo de la víctima, corrió a despertar a los peones, vistióse apresuradamente y, tomando su automóvil, se dirigió a Mar del Plata a dar cuenta de lo ocurrido a las autoridades policiales.

El mismo día el joven Izaguirre era detenido bajo la sospecha de haber tenido participación en la muerte de su padre. Todo conspiraba contra él, a pesar de sus antecedentes de buena conducta y del respeto y cariño que siempre había demostrado a su padre.

El doctor Horacio Oyhanarte fué solicitado para hacerse cargo de su defensa. El defensor se hizo acompañar del doctor Fermín Rodríguez a los efectos de la pericia médico-legal.

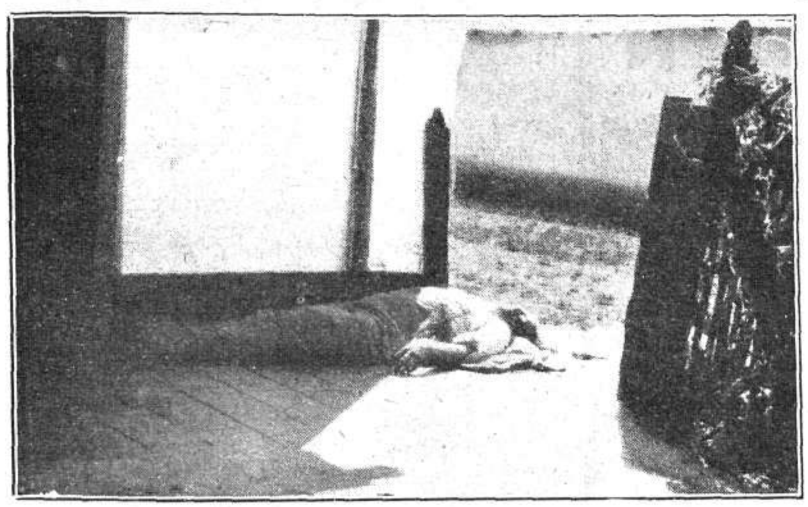
Pocas veces en nuestros anales de la criminalidad se ha presentado un caso más difícil de diagnóstico diferencial entre un homicidio y un suicidio.

Desde el primer momento, a pesar de que una primera autopsia afirmaba que los riñones estaban sanos, el doctor Fermín Rodríguez, de acuerdo con los antecedentes recogidos, sostuvo que debían estar enfermos.

Se hizo una nueva autopsia y efectivamente se encontraron todos los signos anatómicos característicos del mal de Bright. Con estos elementos y las declaraciones terminantes de los que habían estado en contacto con el extinto en los últimos tiempos, se llegó a reconstruir todo el drama.

Izaguirre padecía de insomnios, de grandes dolores de cabeza, de sensaciones de frío que nada podía modificar, y se hallaba en un estado de evidente melancolía, con crisis ansiosas nocturnas que lo llevaron al suicidio.

Una sentencia favorable se dictó, por la cual el hijo infortunado no sólo ha recuperado su libertad, sino también la declaración expresa de que su nombre quedaba a salvo de toda sospecha.



Posición en que se encontró el cadáver.

Bodas de oro y plata



Los esposos Tessi-Migliano festejando el cincuentenario de sus bodas y el enlace de su hija con el señor Trevisol. — General Rojo.



Bodas de oro de los antiguos vecinos señores Ferrere-Bruseau.— 9 de Julio.

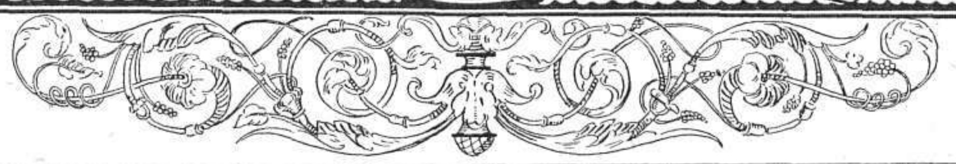


Los esposos Garde y Valerio, rodeados de su familia y allegados, conmemorando el vigésimoquinto aniversario de su enlace. — Riglos (F. C. S.).



Señores Ragin-Recca en la celebración de sus bodas de plata. — Capital.







CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: Dirección: Unión T. 598 (Avenida). — Administración: Unión T. 2316 (Avenida)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR:		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00	Semestre	» » 4.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00	Año	» » 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del cte. año	40 »	Número atrasado del cte. año	50 »		

Para Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, España, Ecuador, Honduras, Méjico, Norte América, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año, $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen.

Los repórteres, *fotógrafos*, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.

Nuestros amiguitos de provincias

ledia Rodríguez. — Gualeguaychú.

N. Faliveni. — Lobería.

N. Lamy. — Lobería.

Adhemar Granca. — General Paz.

Haydée Miconi.— Casilda.

N. Chillemi. — San Luis.

Oscar Ferrari. — Alberti.

N. Mora Olmedo. — San Luis.

Fernando Fabregas. — General Villegas.

Daneri Bustamante. — Gualeleguaychú.

Mari Salama. — Casilda.

Hilda Salvatierra. — Casilda.

Josefa Toscano. — Rosario.

María A. R. Copello. — Rosario

María A. Grasso. — Rosario.

Teresita Imberti. — Saladillo.

Ana María Pascual.—S. Martín.

N. Luque. — Alcorta.

N. Hurtado. — Tres Arroyos.

N. Bartolisi. — Olavarría.

N. Pardo. — Lincoln.

N. Betendolf. — Gualeguaychú.

Lida G. Irurtia.— Rivadavia.

Elvira Videla. — Necochea.

Cora I. Ayhandy. — San Isidro.

Méndez Casariego. — Gualeguaychú.

Juanita Alegre.— Líbano.

N. Fraga. — Gualeguaychú.

Marne Lucca. — Luján.

N. Fraga. — Gualeguaychú.

B. Sobredo. — Gualeguaychú.

Juana Etchenique.—Gral. Pico.

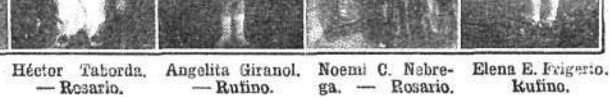
Luisita Fraga. — Gualeguaychú.

Juan A. Pérez. — Rufino.

Héctor O. Cuesta — Líbano.







Marcelo J. Frigeiro. — Rufino.

Antonio J. Fabaz. — Nogoyá.

María A. González. — Los Toldos.

Héctor Taborda. — Rosario.

Angelita Giranol. — Rufino.

Noemi C. Nebrega. — Rosario.

Elena E. Frigerio. Rufino.

Nuestros pequeños visitantes



Isidro, Julia e Hilda Ortega, de marqués, dama antigua y manola.

José Valentín, Cipriano y Josefina Vaquera, de baturros y gitana.

Anita Garofalo y Ezequiel Eric López, de turca y baturro.

Rosa Lombardi y Elena Rosas, de holandesa y mascota.

Rosita y Josefina Bueno, de asturiana y pierrot.

Juanita y Lidia Chiogna, de marquesas.



Carmen Edy y Amanda Otero, de hada y danzarina.

Elvira y Raúl Osuna, de pierrot y payaso.

María y Marcelo Antico Bochatón, de Pompador y arlequín.

Alfredo y Elvira Luioque, de perchenera y jockey.

Indalecio Casais, de mariposa.

Elsa Rossi e Ilda Aita de dama antigua y billiken.



María A. y Carlos Pastore, de siglo XVIII

María y Teresa Stefano, de gitana y holandesa.

Norma y Mario Sulpicio, de dama antigua y doctor.

Lolita Iglesias y Severina Marino, de chula y primavera.

Raquel y José M. Moldes, de maja y fado.

Manolo J. Cauvillo y José Neira, de mascotas de la Musical Hispana.

Martha y Demetrio Cutrachis, de pierrots.



Herminda y Aída Baratelli, de japonesa y sultán.

Luis y Florinda Andriani, de marquesa y paje.

Alfonso y Pilar Alonso Arnald, de oficial y bailarina.

Amada Méndez y Alberto Suárez, de pierrots.

Gayetano y Salvador Luisi, de gaucho y paisana.

María D. y Vicente F. Tangorra, de odalisca y pierrot.







Carmen y Antonio Puga, de ventana y pierrot.

José Salas Enea y Roberto Masante, de margarita y pierrots.

María, Margarita y Blanca Acuña, de gitana, japonesa y holandesa.

María, Julio y Juan Dasso, de niñera, jockey y capitán.

Angélica Dattoli y María Najera, de dama antigua y gitana.

Martha y María A. Barros, de pierrot y fantasía.



PAMPA (Ingeniero Luiggi). —Grupo de señoritas y jóvenes que participaron en el interesante torneo de tennis últimamente celebrado.



PAMPA (Monte Nievas). — Grupo de alumnos que seran beneficiados por la escuela N.° 153, que dirige la señorita Camila H. de Borimonot, y que se inauguró recientemente con gran satisfacción del vecindario.



Esta caja de fierro está expuesta en las vidrieras de nuestro Anexo.

Invitamos al público a visitarnos en nuestro

lujoso **Anexo:**

Lavalle y Talcahuano

CREDITOS





Fundada en 1853



Gratis Catálogo N.º 100

Extraordinarias **rebajas** durante la reconstrucción de nuestro edificio.

ANEXO: **Lavalle 1302**

AGRICULTURA

EL FRESNO Y SU CULTIVO

El fresno común (*Fraxinus excelsior L.*) es un lindo árbol que alcanza, en su mayor desarrollo, hasta 35 y más metros de altura; se caracteriza por su tronco de color gris ceniza, sus ramas robustas y derechas; sus yemas negras, abultadas, de forma cónica; sus hojas compuestas de 5 a 13 hojuelas de color verde azulado; sus flores, muy pequeñas, masculinas, femeninas y hermafroditas sin pétalos, de color purpúreo obscuro, en forma de racimo a lo largo de las ramitas, son tan numerosas, que, abriéndose las yemas florales en primavera temprano, antes que las políferas, colorean todo el árbol dándole un aspecto hermoso; sus frutos, planos y estrechos de 3 a 4 centímetros de largo, cuelgan en grupos, como manojos de llaves; maduran en otoño temprano y se caen dispersados por el viento durante el invierno.

Este árbol prefiere los climas templados, pero se adapta también a los cálidos y fríos; por esto vegeta bien en toda Europa central, Asia occidental y hasta en Siberia; según zonas, se le encuentra hasta 1.300 metros de altura sobre el nivel del mar; en nuestro país, desde la provincia de Buenos Aires al norte, viene bien.

En cuanto a terrenos, los requiere frescos, profundos, de mediana consistencia; pero se adapta igualmente a los húmedos, siempre que no sean muy compactos, y prospera con lozanía extraordinaria a orillas de los ríos y arroyos.



Fresno común: ramas, hojas, flores y frutos.

Se multiplica por semilla, la que, perdiendo pronto su facultad germinativa, debe sembrarse en otoño, o bien extratificarla; su germinación tarda hasta la primavera siguiente; sembrada en primavera, a veces tarda un año en germinar; en cuanto al trasplante y plantación, suele efectuarse como los demás árboles forestales de hojas caducas, a distancia conveniente, según se le destine para bosques o avenidas. El desarrollo de la planta es lento en los primeros años, concentrándose su actividad vegetativa en la raíz, que penetra hasta bastante profundidad; pero después se desenvuelve bien y su crecimiento es normal hasta los 30 ó 40 años; el fresno es muy longevo; puede durar hasta dos siglos.

Este árbol, por su aspecto, forma y matices de sus hojas y fibras, es muy adecuado y hasta hermoso para formación de bosques, parques y avenidas; su madera blanca, sonrosada, a veces veteada, bastante pesada, dura, elástica y flexible, adquiere buen pulimento; se emplea en la fabricación de utensilios domésticos, carrocería, maquinaria; para muebles y ebanistería es muy apreciada; también tiene útiles aplicaciones en la construcción de la armazón y fuselaje de los aeroplanos; como combustible es de buen poder calorífico.

De otras especies de fresnos, el *fraxinus ornus* y el *rotundifolia*, se extrae, por medio de incisiones en la corteza de su tronco y ramas mayores, el *maná*, substancia medicinal, azucarada, conocida por sus efectos ligeramente purgativos.

Las hojas del fresno común constituyen en Europa un buen alimento para los animales vacunos y ovinos, ya frescas o ensiladas; contienen de 10 a 15 por ciento de materias proteicas; y su corteza, por la *fraxinina* que contiene, se emplea como materia curtiente.

Trátase, pues, de un árbol útil y de apreciables condiciones y resultados que lo recomiendan para su mayor cultivo y difusión en nuestras campañas, ya como elemento ornamental y decorativo en parques y avenidas, ya para bosques, para sombra, madera o leña.

COSECHA DE ALFALFA

Son los actuales los últimos cortes de los alfalfares y por tanto hay que cuidar los más mínimos detalles de la cosecha para no malograr el producto y comprometer su conservación.

Cuando las plantas han llegado a su máximo desarrollo y empieza la floración, es el momento mejor para cortar, y si el tiempo amenaza la cosecha del pasto, más vale anticipar que retardar el corte.

Una vez cortada la alfalfa, se la deja en las hileras formadas por la máquina el tiempo necesario para que se deseque, y estando el pasto suficientemente oreado se junta con rastrillo de caballos, formando, con la horquilla, pequeños montones, con los cuales se forman después otros más grandes en los que se deja el pasto para su completa desecación hasta el momento de emparvarlo.

Hay la mayor conveniencia en que todas estas operaciones de la henificación se efectúan en el más breve tiempo posible; en las regiones norte y centro del país, en pleno verano, pueden y deben efectuarse el corte, rastrilleo y amontonamiento en un día, para emparvar a los dos o tres siguientes; pero en las zonas al sud de la provincia de Buenos Aires pueden durar tres o más días: el secreto está en evitar la desecación excesiva, que origina la pérdida o caída de las hojas, que son la parte más nutritiva de la alfalfa, y eliminar los inconvenientes de las lluvias que entorpecen la henificación y deterioran el forraje; para conseguirlo hay que hacer el corte y rastrilleo a tiempo y a la mayor brevedad posible, empleando todo el personal que se necesite, pues día que se gane son toneladas de pasto salvado.

Desecado el pasto en los montones y adquirido su buen color, se llevan los montones al punto donde se levanta la parva; ésta ha de ser de forma rectangular, de regulares dimensiones: 15 metros de largo, 6 de ancho y 6 de altura, y situada en punto alto y seco; se colocan camadas uniformes y bien pisadas, formando paredes inclinadas de la base para afuera, para que el agua de lluvia no deteriore el pasto; a los tres metros de altura se empieza a formar el techo, con su caballete que termina la parva; si es bien hecha y uniformemente pisado el pasto, la forma de la parva resulta correcta, la estabilidad asegurada y el forraje queda en perfecto estado de conservación por tiempo indeterminado.

HUGO MIATELLO,
Ing. Agrónomo.

GANADERIA

LOS PERCHERONES COMO RAZA DE UTILIDAD

Desde la fecha de su introducción en la Argentina, la raza Percherón ha establecido de manera convincente sus derechos a ser considerada muy apropiada para estancias, mientras que su valor como raza para cruzar con animales livianos o pesados mereció dentro de muy breve tiempo la atención de los hacendados progresistas que se dedicaron a la producción de caballos de tiro mediano para usos generales de campo; y una proporción importante de los caballos de silla más valiosos, que se usan en el campo hoy día, posee sangre Percherón.

La Sociedad Rural Argentina, al hacer venir todos los años de Francia un jurado competente para adjudicar los premios en las exposiciones nacionales e internacionales, ha contribuído mucho al progreso y popularidad de la raza, y aquellos de mis lectores partidarios del Percherón leerán con agrado los siguientes párrafos que transcribo de un libro excelente, titulado «Servicio veterinario militar en tiempo de guerra», escrito por el mayor general sir John Moore, director del servicio veterinario del ejército británico en Francia durante la gran guerra. Dice:

«Aunque no tan pesado y fuerte como los mejores de nuestros caballos ingleses de tiro, el Percherón americano o Percherón cruzado, hablando generalmente, dió gran satisfacción y fué apreciado universalmente durante la guerra en Francia. Trabaja bien en yunta, tiene buena constitución, buen apetito, y las piernas y los vasos buenos y sanos.

«La falta de pelo en las piernas constituyó una gran ventaja en comparación con los caballos ingleses de tiro pesado, sobre todo en las temporadas fangosas de invierno. Puede ser descrito como animal mediano pesado, y como tal es bastante grande para todos los propósitos de tiro pesado de la guerra. Como caballo de tiro no lo considero superior en ninguna forma al Shire inglés o al Clydesdale escocés, ni siquiera a lo más inferior de estas razas, a las cuales puede parangonarse; pero no hay duda de que en guerra tiene mayores usos y resiste las fatigas mejor que las razas pesadas. Ciertamente, el Percherón resistió muy bien al clima y sufrió mucho menos de las enfermedades respiratorias que los pesados Shires y Clydesdales.

«Al mismo tiempo es de recordar que las enfermedades respiratorias son debidas a las infecciones, y en animales de toda clase la incidencia de esta enfermedad fué reducida mucho con el procedimiento de tomar estrictamente la temperatura antes de mandar los animales a sus unidades. Además, la mortandad elevada que tuvo lugar entre los caballos Shire y Clydesdale ocurrió durante el primer invierno de la guerra, cuando estaban casi sin abrigo de ninguna especie y expuestos a una lluvia incesante un estado de cosas muy distinto de la amplia y buena acomodación proveída en la época en que comenzaron a llegar los embarques de Percherones de procedencia norteamericana.

«Se puede formar una idea de su utilidad por los registros de un hospital de veterinaria en Francia, en donde, entre 120 caballos de tiro pesado rehusados y vendidos durante un período de dos años, 116 fueron de razas británicas (el oficial director no sabía distinguir entre Clydesdale y Shire), y sólo cuatro fueron Percherones criados en Norte América.»

IDEAS PRACTICAS PARA CRIADORES DE AVES

RAZAS UTILES PARA LA MESA

Además de sus cualidades ya conocidas, es digno de notarse que algunas de las razas mencionadas en las siguientes líneas producen aves de valor para la mesa, mientras que para objetos de cruza son también aves de utilidad. Por ejemplo:

LA RAZA HOUDAN

Como el nombre indica, esta raza se originó en Francia, en la ciudad tocaya y no muy distante de París. Fueron, en realidad, las primeras de las razas francesas de utilidad que se han introducido en este país. Los pollitos de esta raza crecen rápidamente y engordan muy pronto para la mesa. Tienen pechos amplios y muy profundos, bien cubiertos de carnes blancas, y además la ventaja de ser vigorosos, sanos y de fácil cuidado. Estas aves son de formato, talle y configuración tales que garantizan la producción de una carne abundante y jugosa, suculenta y excelente. Una cruza entre una gallina Orpington leonada y un gallo Houdan es insuperable como producto para la mesa. La configuración de estas aves, a propósito para producir carnes abundantes y apetitosas, madurando en poco tiempo si la alimentación que se les da es apropiada, punto importante si es que las crían para vender. Aun en sitios abiertos prosperan y desafían muchos aspectos desfavorables.

PLYMOUTH ROCK

La raza Plymouth Rock también merece atención como producto para la mesa. Hay distintas variedades, pero todas resultan buenas aves para el mercado, sean como pollitos, sean como aves de edad. Es una raza robusta que prospera en cualquier sitio, madura rápidamente y, siendo muy rústica, puede ser criada en los sitios más inclementes. Es una raza muy apropiada para la chacra, y el pellejo y piernas amarillos de los Plymouth Rocks poco disminuyen su valor como ave para la mesa, siendo sus cualidades principales el excelente sabor de sus jugosas carnes. Presentan una abundante y tierna pechuga, lo que es de gran importancia. La raza Rock merece un ensayo y recompensará con creces toda la atención que se le dedique.

LA RAZA ORPINGTON

Se dice que la raza Orpington es la mejor de las razas británicas para uso general, y tanto en la variedad blanca como en la leonada, los alones, piernas y pellejo son blancos, cualidad ésta que es muy apreciada por muchas personas. Es un ave que crece hasta un tamaño grande en muy poco tiempo y que produce carnes abundantes sobre su esqueleto sólido. En algunos casos los pollos competirían, en cuanto a tamaño, con las pavas. Son aves excelentes para la mesa.

INDIAN GAME

(RAZA DE COMBATE)

Sobresaliente como ave para la mesa es esta raza, y la sola objeción a ella, en este país, es el color de las piernas y del pellejo, cosa que no debe ser considerada como un defecto. Es una raza muy rústica y fácil para criar, y sus pechugas son anchas y llevan una abundante cantidad de carnes firmes y jugosas. Cuando el macho es cruzado con otras razas, el resultado es siempre un producto espléndido para la mesa. Además, a las cruzas Game-Dorking y Game-White Orpington, deberán agregarse las cruzas Game-Faverolle y Game-Sussex.

LA RAZA MINORCA

Dudo que la raza Minorca goce de la popularidad que se merece, a pesar de ser un ave hermosa, de porte noble y erecto y de plumaje exquisito. Las piernas son largas y el cuerpo sólido, aunque no tanto como el de la raza Dorking: sin embargo, lo bastante como para rendir abundantes carnes de un sabor y calidad comparable a las del pavo. Estas aves son sanas y fáciles de criar, no propensas a las enfermedades. Crecen a un tamaño grande, engordan y son muy precoces. ¿Qué más se puede pedir? Es una lástima que estas aves tan hermosas no tengan mayores partidarios. Es una raza de utilidad general que pone bien durante el invierno, además de ser excelente para la mesa.

Geo. G. J. Peters

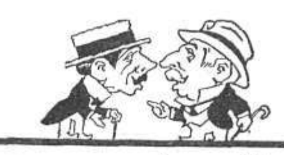
De Territorios

MONTE NIEVES. — Parte de la concurrencia que asistió al acto inaugural de la escuela número 153, en el cual se exteriorizó la satisfacción del vecindario por los beneficios que reportará dicho establecimiento.

COLONIA CASTEX. — Fiesta escolar realizada en la escuela N.º 192 celebrando su inauguración.



Comentarios

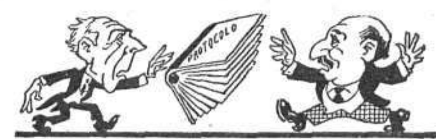


— Le espera un porvenir maravilloso.
— ¿A quién? ¿A Elpidio?
— Sí.
— ¿Se hará oprobioso?
— No; será presidente en absoluto.
— Lo que me dice usted es sorprendente,
porque hoy es, solamente,
presidente en estado de canuto.
— Ya verá usted como se impone el vice.
— Le hace bastante falta. «¡Ay infelice!»





— Los síntomas son buenos. Hasta Loza
le quiere acompañar en su carroza.
— ¿Tiene carroza Loza?
— ¡Mal pensado!
Se lo he dicho en sentido figurado.
Marcó aparta la broza...
— ¿Figurada también?
— Sin duda alguna.
Ya ve que Elpidio es hombre de fortuna.
Le quieren todos. Hasta Alvear le adora
Y él, callado y discreto,
puede esperar ahora
los días de bonanza.
Quizás, un poco inquieto,
ve el supremo bastón en lontananza.
Pero está bien seguro
de que debe triunfar en lo futuro.



— De Matienzo y Gallardo todo el mundo
vió el gesto furibundo.
Quisieron con fiereza
tirarse el protocolo a la cabeza.
¡Fué algo desolador y tremebundo!
Elpidio, muy contento,
la discusión oía
y a cierto amigo suyo le decía:
— Ya se acerca el momento.
Un lenguaje tan duro
en mi honor lo han usado. Estoy seguro.
¡Gallardo insuperable!
¡Matienzo dulce, plácido y afable!

— La intervención a Córdoba demuestra
que la fama de Elpidio va creciendo.
— ¡No me diga! Es un éxito tremendo.
¡Se sentará a la diestra
de Dios padre!
— Y si ocurre un cataclismo,
de seguro el Dios padre será él mismo.

— Elpidio vencerá. Los diputados
andan alborotados.
En la cámara actual nadie se entiende
y ya alguno, de Alvear, ha dicho cosas
demasiado escabrosas.
— ¿Para ayudar a Elpidio?
— Se comprende.
— Asegurarle puedo
que hay cien gonzalezófilos.
— ¡Qué miedo!

— El presidente viaja. Elpidio goza,
al ver que el ministerio, antes unido,
se hunde, se descompone, se destroza,
y que sólo, ¡por suerte!, queda erguido
el quebradizo Loza.
El vice nota que el actual desquicio
sirve para su propio beneficio.
A Le Breton ve que anda
corriendo por cualquier pretexto fútil,
y dice:
— Está probado que la banda
no es un adorno inútil.

— ¡Elpidio venturoso! Se aproxima
el día que esperaba
y subirá a la cima.
¡Hoy, al pensarlo, se le cae la baba!
No la baba vulgar de un ambicioso,
¡no!, la baba gloriosa de un coloso,
de un cordobés sublime,
que, lejos del poder, padece y gime.

— ¡Elpidio insigne! Sueña
y su cara, antes triste, ya es risueña.
— ¿No le engaña el deseo?
— No tiene miedo a nada.
Su opinión, bien fundada,
es la opinión de Hipólito.
— Lo creo.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, cuentos, novelas y notas: El terror en Pamplinópolis, por **Rafael Ruiz López.** El quijotismo de míster Galvin Bunton, por **Francisco Grandmontagne.** Anita, por **Pablo Aldin.** La timidez amorosa, por **Eugenio Díaz Romero.** Las rosas amarillas, por **Jose Muzilli.** Los relojes que llevamos adentro, por **B. González Arrili.** Con llantas de goma, por **El Vizconde de Lascano Tegui.** Horas pasadas, por **H. Fernández Méndez.** Mercedes de Lasala y Riglos, por **Alberto Meyer Arana.** La piedra movediza del Tandil, por **Alberto I. Gache.** La isla del terror, por **Ralph Stock.** El jarrón chino, por **Hedly Barker.** El mejor tesoro, por **Prudencio Canitrot.** El último adiós, por **Adrien Vely.** Hombres célebres: Cervantes, por **Eduardo del Saz.** El Colegio de Huérfanos Militares (Instituto general Belgrano), por **Redactor.**